



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

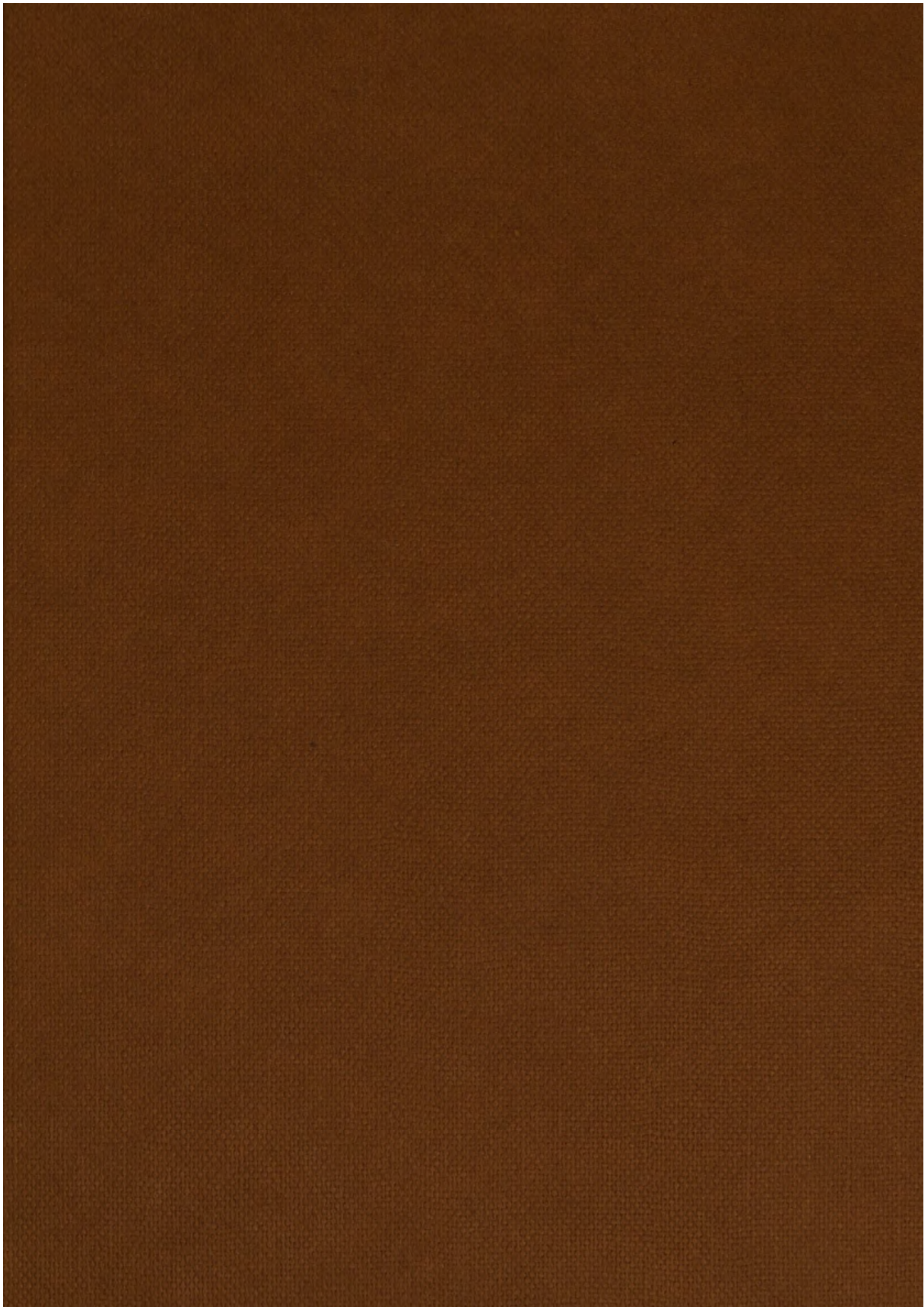
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



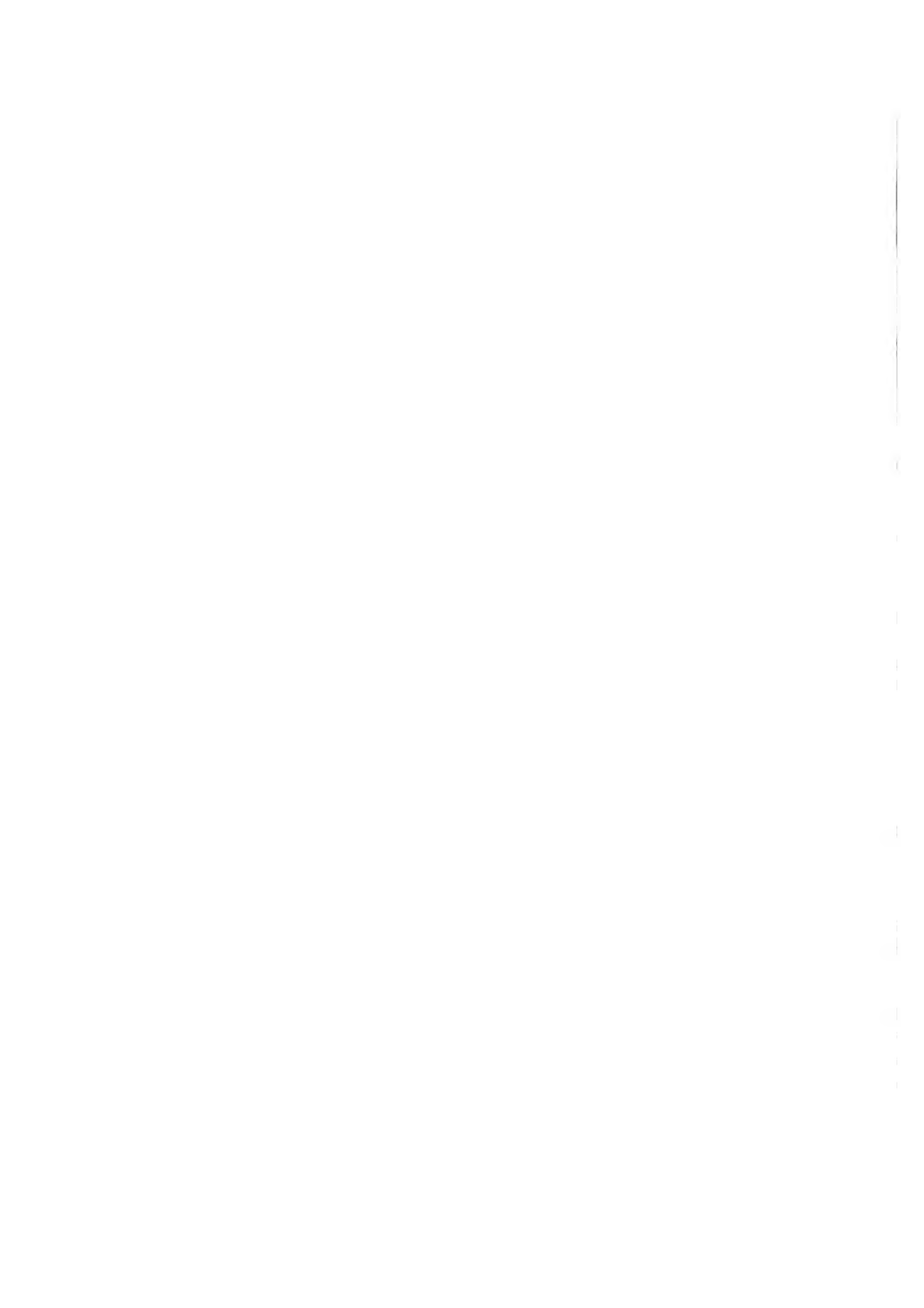
OXFORD UNIVERSITY



ST. GILES', OXFORD OX1 3NA

Vet Spec. 71 P. 259





COMEDIA FAMOSA:
**LAS MOCEDADES
 DEL CID.**
 PRIMERA PARTE,
 POR DON GUILLEM DE CASTRO.



LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

El Rey Don Fernando.

La Reyna, su muger.

El Principe Don Sancho.

La Infanta Doña Urraca.

Diego Laínez, padre del
 Cid.

Rodrigo, el Cid.

El Conde Lozano.

Ximena Gomez, hija del
 Conde.

Arias Gonzalo.

Peranzules.

Hernan Diaz, y Bermu-
 do Lain, hermanos
 del Cid.

Elvira, criada de Xime-
 na Gomez.

Un Maestro de armas del
 Principe.

Don Martin Gonzalez.

Un Rey Moro.

Quatro Moros.

Un Pastor.

Dos, ó tres Pages.

Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Don Fernando, y Diego Laínez,
 los dos de barba blanca, y el Diego Laínez de
 crepito. Arrodillase delante del
 Rey, y dize:

Dieg. Lain. Es gran premio à mi lealtad.

Rey. A lo que debo me obligo.

Dieg. Lain. Honrale tu Magestad.

Rey. Honro à mi sangre en Rodrigo,
 Diego Laínez, alzado.

Mis propias armas le he dado
 para armalle Caballero.

Dieg. Lain. Ya, Señor, las ha velado,
 y ya viene. Rey. Ya le espero.

Dieg. Lain. Excesivamente honrado.

Pues Don Sancho mi Señor,
 mi Principe, y mi Señora
 la Reyna, le son, Señor,
 padrinos. Rey. Pagan agora
 lo que deben à mi amor.

Salen la Reyna, y el Principe Don Sancho,
 la Infanta Doña Urraca, Ximena Gomez, el
 Conde Lozano, Arias Gonzalo, y
 Peranzules.

Urraca. Qué te parece, Ximena,
 de Rodrigo? Ximena. Que es galan,
 y que sus ojos le dan
 al alma sabrosa pena. Ap.

Rey. ¿Qué bien las armas te están?

- Bien te asientan. *Rod.* ¿No era llano,
pues tu les diste los ojos,
y Arias Gonzalo la mano?
Arias. Son del Cielo tus despojos,
y es tu valor Castellano.
Rey. ¿Qué os parece mi ahijado?
D. S. ¿No es galan, fuerte, y lucido?
Con. Bravamente le han honrado
los Reyes. *Per.* Estremo ha sido.
Rod. Besaré lo que ha pisado
quien tanta merced me ha hecho.
Rey. Mayores las merecias;
¿qué robusto, qué bien hecho!
bien te vienen armas mias.
Rod. Es tuyo tambien mi pecho.
Rey. Lleguemonos al altar
del Santo Patron de España.
Dieg. La. No hay mas glorias que esperar.
Rod. Quien te sirve y te acompaña,
al Cielo puede llegar.
*Corren una cortina, y parece el altar de San-
tiago, y en él una fuente de plata, una es-
pada y unas espuelas doradas.*
Rey. ¿Rodrigo, quereis ser Caballero?
Rod. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
¿Rodrigo, quereis ser Caballero?
Rod. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
¿Rodrigo, quereis ser Caballero?
Rod. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
Cinco batallas campales
venció en mi mano esta espada,
y pienso dexarla honrada
á tu lado. *Rod.* Estremos tales
mucho haran, Señor, de nada.
Y así porque su alabanza
llegue hasta la esfera quinta,
ceñida en tu confianza
la quitaré de mi cinta,
colgaréla en mi esperanza.
Y por el ser que me ha dado
el tuyo, que el Cielo guarde,
de no volvermela al lado
hasta estar asegurado
de no hacertela cobarde:
que será, habiendo vencido
cinco campales batallas.
- Con.* Ofrecimiento atrevido.
Rey. Yo te daré para dallas
la ocasion que me has pedido:
Infanta y vos le poné
la espuela. *Rod.* Bien soberano.
Urr. Lo que me mandas haré.
Rod. Con un favor de tal mano
sobre el mundo pondré el pie.
Ponele las espuelas.
Urr. Pienso que te havré obligado,
Rodrigo, acuerdate de esto.
Rod. Al Cielo me has levantado.
Xim. Con la espue a que le ha puesto,
el corazon me há picado.
Rod. Y tanto servirte espero,
como obligado me hallo.
Reyn. Pues eres ya Caballero,
vé á ponerte en un caballo,
Rodrigo, que darte quiero.
Y yo y mis Damas saldremos
á verte salir en él.
D. S. A Rodrigo acompañemos.
Rey. Principe, salid con él.
Per. Ya éstas honras son estremos. *Ap.*
Rod. ¿Qué vasallo mereció
ser de su Rey tan honrado?
D. S. Padre, y quando podré yo
ponerme una espada al lado?
Rey. Aun no es tiempo. *D. S.* ¿Cómo no?
Rey. Pareceráte pesada,
que tus años tiernos son.
D. S. Ya desnuda, ó ya embaynada,
las alas del corazon
hacerá ligera la espada.
Yo, señor, quando su azero
miro de la punta al pomo,
con tantos brios le altero,
que á ser un monte de plomo,
me pareciera ligero.
Y si Dios me da lugar
de ceñilla, y satisfecho
de mi pujanza, llevar
en hombros, espalda y pecho,
gola, peto y espaldar,
verá el mundo que me fundo
en ganalle; y si legano
verán mi valor profundo,
sustentando en cada mano
un polo de los del mundo.

Rey. Sois muy mozo, Sancho, y con la edad dareis desvío à ese brio. D. S. Imaginad que pienso tener mas brio quanto tenga mas edad.

Rod. En mi tendrá vuestra Alteza para todo un fiel vasallo.

Con. ¡Qué brava naturaleza!

D. S. Ven, y pondraste à caballo.

Per. Será la misma braveza.

Rey. Vamos à vellos. Dieg. Lain. Bendigo, hijo, tan dichosa palma.

Rey. ¡Qué de pensamientos sigo!

Xim. Rodrigo me lleva el alma. Ap.

Urr. Bien me parece Rodrigo. Ap.

Vanse, y quedan el Rey, el Conde Lozano, Diego Lainez, Arias Gonzalo, y Peranzules.

Rey. Conde de Orgaz, Peranzules, Lainez, Arias Gonzalo, los quatro que haceis famoso nuestro Consejo de estado, esperad, bolved, no os vais, y sentaos, que tengo que hablaros. Sientanse todos quatro, y el Rey en medio de ellos.

Murió Gonzalo Bermudez, que del Principe Don Sancho fue Ayo, y murió en el tiempo que mas le importaba el Ayo. Pues dexando estudio y letras el Principe tan temprano, tras su inclinación le llevan guerras, armas y caballos: y siendo de condición tan indomable y tan bravo, que tiene asombrado el mundo con sus prodigios estraños: un vasallo ha menester que tan leal, como sabio, enfrene sus apetitos con prudencia y con recato. Y así yo viendo, parientes mas amigos, que vasallos, que es Mayordomo mayor de la Reyna Arias Gonzalo, y que de Alonso y Garcia tiene la cura à su cargo Peranzules, y que el Conde,

por muchas causas Lozano, para mostrar que lo es, viste azero, y corre el campo: quiero que à Diego Lainez tenga el Principe por Ayo. Pero es mi gusto que sea con parecer de los quatro, columnas de mi corona, y apoyos de mi cuidado.

Arias. ¿Quièn como Diego Lainez puede tener à su cargo lo que importa tanto à todos, y al mundo le importa tanto?

Per. Merece Diego Lainez tal favor de tales manos.

Con. Si merece, y mas agora que à ser contigo ha llegado preferido à mi valor tan à costa de mi agravio. Haviendo yo pretendido el servir en este cargo al Principe mi Señor, que el Cielo guarde mil años; debieras mirar, buen Rey, lo que siento, y lo que callo, por estar en tu presencia, si es que puedo sufrir tanto. Si el viejo Diego Lainez con el peso de los años cada ya, ¿cómo puede, siendo caduco, ser sabio? Y quando al Principe enseñe lo que entre ejercicios varios debe hacer un Caballero en las plazas y en los campos; ¿podrá para dalle exemplo, como yo mil veces hago, hacer una lanza hastillas, desalentando un caballo? Si yo: Rey. Baste. D. L. Nunca, Conde, anduvistes tan lozano; que estoy caduco confieso, que el tiempo en fin puede tanto. Mas caducando, durmiendo, feneciendo, delirando, puedo, puedo enseñar yo lo que muchos ignoraron. Que si es verdad que se muere, qual se vive, agonizando,

para vivir daré exemplos,
y valor para imitallos.

Si ya me faltan las fuerzas
para con pies y con brazos

hacer de lanzas hastillas,
y desalentar caballos;

de mis hazañas escritas

darè al Principe un traslado,

y aprenderá en lo que hize,

sino aprende en lo que hago.

Y verá el mundo y el Rey,

que ninguno en lo criado

merece: Rey. Diego Lainez.

Con. Yo lo merezco: Rey. Vasallos.

Con. Tambien como tú y mejor.

Rey. Conde. Dieg. Lain. Recibes engaño.

Con. Yo digo: Rey. Soy vuestro Rey.

D. L. ¿ No dices? Con. Dirá la mano

lo que ha callado la lengua.

Dale una bofetada.

Per. Tente. D. L. ¡ Hay viejo desdichado!

Rey. ¿ A de mi guarda? D. L. Dexadme.

Rey. Prendedle. Con. Estás enojado.

Espera, escusa alborotos,

Rey poderoso, Rey magno,

y no los habrá en el mundo

de havellos en tu palacio,

y perdona esta vez

à esta espada y esta mano

el perderte aqui el respeto,

pues tantas, y en tantos años

fue apoyo de tu corona,

caudillo de tus soldados,

defendiendo tus fronteras,

y vengando tus agravios.

Considera que no es bien

que prendan los Reyes sabios

a los hombres como yo,

que son de los Reyes manos;

alas de su pensamiento,

y corazon de su estado.

Rey. Ola? Per. Señor? Ari. Señor? Rey. Conde?

Con. Perdona. Rey. Espera, villano.

Vase el Conde.

Seguidle. Arias. Parezca agora

tu prudencia, gran Fernando.

Dieg. Lain. Llamadle, llamad al Conde,

que venga à exercer el cargo

de Ayo de vuestro hijo,

que podrá mas bien honrallos

pues que yo sin honra quedo,

y èl lleva altivo y gallardo

añadido al que tenia

el honor que me ha quitado.

Y yo me iré, si es que puedo,

tropezando en cada paso

con la carga de la afrenta

sobre el peso de los años,

donde mis agravios llore

hasta vengar mis agravios.

Rey. Escucha, Diego Lainez.

Dieg. Lain. Mal parece un afrentado

en presencia de su Rey.

Rey. Oid. Dieg. Lain. Perdonad, Fernando;

¡ hay sangre que honró à Castilla!

Vase Diego Lainez.

Rey. Loco estoy. Arias. Vá apasionado.

Rey. Tiene razon: ¿ que harè, amigos?

¿ prenderè al Conde Lozano?

Arias. No, Señor, que es poderoso,

arrogante, rico y bravo,

y aventuras en tu imperio

tus Reynos y tus vasallos.

Demás de que en casos tales

es negocio averiguado,

que el prender al delinquente

es publicar el agravio.

Rey. Bien dices: vè Peranzules

siguiendo al Conde Lozano,

sigue tú à Diego Lainez:

decid de mi parte à entrambos,

que pues la desgracia ha sido

en mi aposento cerrado,

y està seguro el secreto,

que ninguno à publicallo

se atreva, haciendo el silencio

perpétuo, y que yo lo mando

so pena de mi desgracia.

Per. Notable razon de estado.

Rey. Y dile à Diego Lainez

que su honor tomo à mi cargo,

y que vuelva luego à verme;

y di al Conde que le llamo,

y le aseguro; y veremos

si puede haver medio humano

que componga estas desdichas.

Per. Iremos. Rey. Volved volando.

Arias. Mi sangre es Diego Lainez.

Per.

Per. Del Conde soy primo hermano.

Rey. Rey soy mal obedecido,
castigarè mis vasallos. *Vanse.*

*Sale Rodrigo con sus hermanos, Hernan Diaz,
y Bermudo Lain, que le salen quitando las armas.*

Rod. Hermanos, mucho me honrais.

Ber. A nuestro hermano mayor
servimos. *Rod.* Todo el amor,
que me debeis, me pagais.

Her. Con todo havemos quedado,
que es bien que lo confesemos,
invidiando los extremos
con que del Rey fuiste honrado.

Rod. Tiempo, tiempo vendrà, hermanos,
en que el Rey, placiendo à Dios,
pueda emplear en los dos
sus dos liberales manos:
y os dè con los mismos modos
el honor que mereci;
que el Rey, que me honra à mi,
honra tiene para todos.
Id colgando con respeto
sus armas, que mias son;
à cuyo heroyco blason
otra vez juro y prometo
de no ceñirme su espada,
que colgada aqui estara
de mi mano, y està ya
de mi esperanza colgada;
hasta que llegue à vencer
cinco batallas campales.

Ber. ¿Y quando, Rodrigo, sales
al campo? *Rod.* A tiempo ha de ser.
*Sale Diego Lainex con el bacuto partido
en dos partes.*

Dieg. Lain. ¿Agora cuelgas la espada,
Rodrigo? *Her.* Padre. *Ber.* Señor.

Rod. ¿Què tienes? *D. L.* No tengo honor: *Ap.*
hijos. *Rod.* Dilo. *D. L.* Nada, nada.
Dexadme solo. Rod. ¿Què ha sido?
de honra son estos enojos,
vertiendo sangre los ojos,
con el bacuto partido.

D. L. Salios fuera. *Rod.* Si me das
licencia, tomar quisiera
otra espada. *D. L.* Esperad fuera,
salte, salte como estás.

Her. Padre. *Ber.* Padre. *D. L.* Mas se aumenta

mi desdicha. *Rod.* Padre amado.

D. L. Con una afrenta os he dado
à cada uno una afrenta. *Ap.*

Dexadme solo. Ber. Cruel
es su pena. *Her.* Yo la siento.

D. L. Que se caerà este aposento,
si hay quatro afrentas en èl. *Ap.*

¿No os vais? *Rod.* Perdona. *D. L.* ¿Què poca
es mi suertel? *Rod.* ¿Què sospecho?
pues ya el honor en mi pecho
toca à fuego, al arma toca.

Vanse los tres.

D. L. ¡Cielos! peno, muero, rabio,
no mas baculo rompido,
pues sustentar no ha podido,
si no al honor, al agravio.
Mas no os culpo como sabio,
mal he dicho, perdonad,
que es ligera autoridad
la vuestra, y solo sustenta
no la carga de una afrenta,
sino el peso de una edad.
Antes con mucha razon
os vengo à estar obligado,
pues dos paos me haveis dado,
con que vengue un bofeton.
Mas es liviana opinion,
que mi honor fundarse quiera
sobre cosa tan ligera.
Tomando esta espada, quiero
llevar baculo de acero,
y no espada de madera.

*Ha de haver unas armas colgadas en el tabla-
do, y algunas espadas.*

Si no me engaño, valor
tengo que mi agravio siente;
en ti, en ti, espada valiente,
ha de fundarse mi honor.

De Mudarra el vengador
eres, tu acero afamolo
desde el uno al otro polo:
pues vengaron tus heridas
la muerte de siete vidas,
venga en mí un agravio solo.

¿Esto es blandir, ò temblar?
pulso tengo todavia,
aun hierbe mi sangre fria,
que tiene fuego el pesar.
Bien me puedo aventurar;

mas, ¡hai Cielo! engaño es,
 que qualquier tajo, ò revès
 me lleva tras sí la espada,
 bien en mi mano apretada,
 y mal segura en mis pies.
 Ya me parece de plomo,
 ya mi fuerza desfallece,
 ya caigo, ya me parece
 que tiene à la punta el pomo.
 ¿Pues què he de hacer? ¿cómo, cómo,
 con què, con qué confianza
 darè paso à mi esperanza?
 quando funda el pensamiento
 sobre tan flaco cimiento
 tan importante venganza.
 ¡O caduca edad cansadal
 estoy por pasarme el pecho,
 ¿ah tiempo ingrato, què has hecho?
 perdonad valiente espada;
 y estad desnuda y colgada,
 que no he de embaynaros, no:
 que pues mi vida acabò
 donde mi afrenta comienza,
 teniendo os à la verguenza
 direis la que tengo yo.
 Desvaneceme la pena:
 mis hijos quiero llamar;
 que aunque es desdicha tomar
 venganza con mano agena,
 el no tomalla condena
 con mas veras al honrado:
 en su valor he dudado,
 teniendome suspendido
 el suyo por no sabido,
 y el mio por acabado.
 ¿Què hare? no es mal pensamiento.

Hernan Diaz? *Sale Hernan Diaz.*

Her. ¿Què me mandas?

D. L. Los ojos tengo sin luz,
 la vida tengo sin alma.

Her. ¿Què tienes? D. L. ¡Hai hijol! ¡hai hijol!
 dame la mano; estas ansias
 con este rigor me aprietan.

*Tomale la mano à su hijo, y aprietasela
 lo mas fuerte que pudiere.*

Her. Padre, padre, que me matas;
 suelta por Dios, suelta, ¡hai Cielol!

D. L. ¿Qué tienes? ¿què te desmaya?
 ¿què lloras medio muger?

Her. Señor: D. L. Vete, vete, calla,
 ¿yo te di el ser? no es posible,
 salte fuera. Her. Cosa estraña. *Vase.*

D. L. Si asi son todos mis hijos,
 buena queda mi esperanza.
 Bermudo Lain? *Sale Bermudo Lain.*

Ber. Señor?

D. L. Una congoja, una basca
 tengo, hijo, llega, llega,
 dame la mano. *Aprietale la mano.*

Ber. Tomalla
 puedes. ¿Mi padre qué haces?
 suelta, dexa, quedo, basta,
 ¿con las dos manos me aprietas?

D. L. ¿Ah infame, mis manos flacas
 son las garras de un Leon?
 y aunque lo fueran, bastàran
 à mover tus tiernas quexas?
 ¿tù eres hombre? vete infamia
 de mi sangre. Ber. Voy corrido. *Vase.*

D. L. ¿Hay tal pena? ¿hay tal desgracia?
 ¿en qué columnas estriva
 la nobleza de una casa
 que diò sangre à tantos Reyes?
 Todo el aliento me falta.
 Rodrigo? *Sale Rodrigo.*

Rod. Padre, Señor,
 ¿es posible que me agravias?
 si me engendraste el primero,
 ¿cómo el postrero me llamas?

D. L. ¡Hai hijol! muero. Rod. ¿Què tienes?

D. L. Pena, pena, rabia, rabia.
Muerdele un dedo de la mano fuertemente.

Rod. Padre soltad en mal hora,
 soltad padre en hora mala;
 si no fuerades mi padre
 dieraos una bofetada.

D. L. Ya no fuera la primera.

Rod. ¿Cómo? D. L. Hijo, hijo del alma
 ese sentimiento adoro,
 esa cólera me agrada,
 esa braveza bendigo,
 esa sangre alborotada
 que ya en tus venas rebienta,
 que ya por tus ojos salta,
 es la que me diò Castilla,
 y la que te diò heredada
 de Lain Calvo y de Nuño,
 y la que afrentò en mi cara

el Conde , el Conde de Orgáz,
ese à quien Lozano llaman.

Rodrigo , dame los brazos:
hijo , esfuerza mi esperanza,
y esta mancha de mi honor,
que al tuyo se estiende , lava
con sangre , que sangre sola
quita semejantes manchas.

Si no te llamè el primero
para hacer esta venganza,
fue porque mas te queria,
fue porque mas te adoraba.

Y tus hermanos quisiera
que mis agravios vengàran,
por tener seguro en ti
el mayorazgo en mi casa.

Pero pues los vi al proballos
tan sin brios , tan sin alma,
que doblaron mis afrentas,
y crecieron mis desgracias:

à ti te toca , Rodrigo,
cobra el respeto à estas canas.

Poderoso es el contrario,
y en palacio y en campaña
su parecer el primero,
y suya la mejor lanza.

Pero pues tienes valor,
y discurso no te falta:
quando à la verguenza miras
aquí ofensa , y allí espada,
no tengo mas que decirte,
pues ya mi aliento se acaba,
y voy à llorar afrentas,
mientras tú tomas venganzas.

Vase Diego Laínez , dexando solo à Rodrigo.

Rod. Suspenso de aflixido

estoy : ¿Fortuna , es cierto lo que veo?
tan en mi daño ha sido
tu mudanza , que estuya , y no la creo.

¿Posible pudo ser , que permitiese
tu inclemencia , que fuese
mi padre el ofendido ? ¿extraña penal
y el ofensor el padre de Ximena?

¿Què harè , suerte atrevida?
si èl es el alma que me diò la vida;
que harè , ¡ terrible calmal
si ella es la vida que me tiene el alma?
mezclar quisiera en confianza tuya
mi sangre con la suya;

¿y he de verter su sangre ? ¡brava penal!
¿yo he de matar al padre de Ximena?

Mas ya ofende esta duda
al santo honor que mi opinion sustenta,
razon es que sacuda

de amor el yugo , y la cerviz esenta
acuda à lo que soy , que habiendo sido
mi padre el ofendido,

poco importa que fuese , ¡amarga penal
el ofensor el padre de Ximena.

¿Què imagino ? pues que tengo
mas valor que pocos años,
para vengar à mi padre,
matando al Conde Lozano.

¿Què importa el bando temido
del poderoso contrario?
aunque tenga en las montañas
mil amigos Asturianos.

¿Y què importa que en la Corte
del Rey de Leon Fernando
sea su voto el primero,
y en guerra el mejor su brazo?

Todo es poco , todo es nada
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
à la sangre de Lain Calvo.

Daràme el Cielo ventura,
si la tierra me dà campo,
aunque es la primera vez
que doy el valor al brazo.

Llevarè esta espada vieja
de Mudarra el Castellano,
aunque està bota y mohosa
por la muerte de su amo.

Y si le pierdo el respeto,
quiero que admita en descargo
del ceñirmela ofendido,
lo que la digo turbado.

Haz cuenta , valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe,
y que con mi brazo riñe
por su honra maltratada.

Bien sè que te correràs
de venir à mi poder,
mas no te podràs correr
de verme echar pàsò atras.

Tan fuerte como tu acero
me veràs en campo armado:
segundo dueño has cobrado

tan bueno como el primero.
Pues quando alguno me venza,
corrido del torpe hecho
hasta la cruz en mi pecho
te esconderè de verguenza.

Vase.

Salen à la ventana Doña Urraca y Ximena Gomez.

Urr. ¡ Què general alegria
tiene toda la ciudad
con Rodrigo! *Xim.* Asi es verdad,
y hasta el Sol alegra el dia.

Urr. Serà un bravo Caballero,
galan, bizarro y valiente.

Xim. Luce en èl gallardamente
entre lo hermoso lo fiero.

Urr. ¡ Con què brio, què pujanza,
gala, esfuerzo y maravilla,
afirmandose en la silla
rompiò en el ayre una lanza!
Y al saludar no le viste
què à tiempo picò el cavallo?

Xim. Si llevò para picallo
la espuela que tù le diste,
¿ qué mucho? *Urr.* Ximena, tente,
porque ya el alma recela
que no ha picado la espuela
al caballo solamente.

Salen el Conde Lozano, y Peranzales, y algunos criados.

Con. Confieso, que fue locura,
mas no la quiero enmendar.

Per. Querràlo el Rey remediar
con su prudencia y cordura.

Con. ¿ Que ha de hacer? *Per.* Escucha ahora,
ten fiema, procede à espacio.

Xim. A la puerta de palacio
llega mi padre, y Señora,
algo viene alborotado.

Urr. Mucha gente le acompaña.

Per. Es tu condicion estraña.

Con. Tengo condicion de honrado.

Per. ¿ Y con ella has de querer
perderte? *Con.* Perderme no,
que los hombres como yo
tienen mucho que perder;
y ha de perderse Castilla
antes que yo. *Per.* ¿ Y no es razon
el dar tù? *Con.* Satisfaccion,
ni dalla, ni recibilla.

Per. ¿ Por què no? no digas tal,
¿ què duelo en su ley lo escribes?

Con. El que la dà y la recibe
es muy cierto quedar mal.

Porque el uno pierde honor,
y el otro no cobra nada;
el remitir à la espada
los agravios es mejor.

Per. ¿ Y no hay otros medios buenos?

Con. No dicen con mi opinion;
al dalle satisfaccion
no he de decir por lo menos,
que sin mi y conmigo estaba
al hacer tal desatino;
ò porque sobra el vino,
ò porque el seso faltaba.

Per. Es asi. *Con.* Y no es desvario
el no advertir, que en rigor
pondrè un remiendo en su honor,
quitando un giron del mio.
Y en haviendo sucedido,
havremos los dos quedados;
èl con honor remendado,
y yo con honor perdido.

Y será mas en su daño
remiendo de otro color,
que el remiendo en el honor
ha de ser del mismo paño.
No ha de quedar satisfecho
de esa suerte: cosa es clara,
si sangre llamè à su cara,
saque sangre de mi pecho.
Que manos tendrè y espada
para defenderme de èl.

Per. Esa opinion es cruel.

Con. Esta opinion es honrada:
procure siempre acertalla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defendalla, y no enmendalla.

Per. Advierte bien lo que haces,
que sus hijos: *Con.* Calla amigo,
¿ y han de competir conmigo
un caduco y tres rapaces?

Vanse.

Sale Rodrigo.

Xim. Parece que està enojado
mi padre, ¡ hai Dios! ya se van.

Urr. No te aflijas, tratarán
allà en su razon de estado.

Rodrigo viene. *Xim.* Y tambien trae demudado el semblante.
Rod. Qualquier agravio es gigante en el honrado, ¡hai, mi bien!
Urr. Rodrigo, ¡què caballero pareces! *Rod.* ¡Hai prenda amadal
Urr. ¡Què bien te asienta la espada sobre seda, y sobre acerol
Rod. Tal merced: *Xim.* Alguna pena señala: ¿què puede ser?
Urr. Rodrigo. *Rod.* ¿Què he de verter sangre del alma? ¡Hai Ximena!
Xim. O fueron vanos antojos, ò pienso que te has turbado.
Rod. Si, que las dos haveis dado dos causas à mis dos ojos. Pues lo fueron de este efecto el darme con tal ventura Ximena amor y hermosura, y tù hermosura y respeto.
Xim. Muy bien ha dicho, y mejor dixera, si no igualára la hermosura. *Urr.* Yo trocára con el respeto el amor. *Ap.* Mas bien huviera acertado, si mi respeto nõ fuera; pues solo tu amor pusiera tu hermosura en su cuidado. Y no te causará enojos el vér igualarme à ti en ella. *Xim.* Solo senti el agravio de tus ojos; porque yo más estimára el vér estimar mi amor, que mi hermosura. *Rod.* ¡Origor de fortuna! ¡ò suerte avaral *Ap.* Con glorias creces mi pena.
Urr. Rodrigo. *Xim.* ¿Què puede ser?
Rod. Señora, ¿què he de verter sangre del alma? ¡hai Ximena! Ya sale el Conde Lozano, ¿còmo, ¡terribles enojos! teniendo el alma en los ojos, pondré en la espada la mano.
Salen el Conde Lozano, y Perankules, y los criados.
Per. De lo hecho te contenta, y tèn por carcel tu casa.
Rod. El amor allí me abrasa, *Ap.*

y aqui me yela el afrenta.
Con. Es mi carcel mi alvedrio, si es mi casa. *Xim.* ¿Què tendrà ya està hecho brasa, y ya està como temblando de frio.
Urr. Hàcia el Conde està mirando Rodrigo, el color perdido; ¿què puede ser? *Rod.* Si el que he sido, soy siempre, ¿què estoy dudando?
Xim. ¿Què mira? ¿à què me condena?
Rod. Mal me puedo resolver.
Xim. ¡Hai triste! *Rod.* ¿Què he de verter *Ap.* sangre del alma? ¡Hay Ximena! ¿Que espero? ¡ò amor gigante! ¿en què dudo? ¿honor, què es esto? en dos balanzas he puesto ser honrado y ser amante.
Salen Diego Lainex y Arias Gonzalo.
Mas mi padre es este, rabio ya por hacer su venganza; que cayó la una balanza con el peso del agravio. Cobardes mis bríos son, pues para què me animára have de vér en su cara señalado el bofeton.
Dieg. Lain. Notables son mis enojos: debe dudar, y temer; ¿què mira? ¿si echa de vér que le animo con los ojos?
Arias. Diego Lainex, ¿què es esto?
Dieg. Lain. Mal te lo puedo decir.
Per. Por acá podremos ir, que està ocupado aquel puesto.
Con. Nunca sape andar torciendo ni opiniones, ni caminos.
Rod. Perdonad, ojos divinos, si voy à matar muriendo.
¿Conde? *Con.* ¿Quièn es? *Rod.* A esta parte quiero decirte quièn soy.
Xim. ¿Què es aquello? ¡muerta estoy!
Con. ¿Què me quierés? *Rod.* Quiero hablarte. ¿Aquel viejo que està allí, ¿sabes quièn es? *Con.* Ya lo sè.
¿Por què lo dices? *Rod.* ¿Por què? Habla baxo, escucha. *Con.* Di.
Rod. ¿No sabes que fue despojos de honra y valor? *Con.* Si seria.
Rod. ¿Y què es sangre suya y mia

la que yo tengo en los ojos
sabes? *Con.* Y el sabello (acorta
razones) ¿qué ha de importar?

Rod. Si vamos à otro lugar
sabrás lo mucho que importa.

Con. Quita rapaz, ¿puede ser?
vete novel caballero,
vete, y aprende primero
à pelear y à vencer:
y podràs despues honrarte
de verte por mi vencido;
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Dexa agora tus agravios,
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien
tiene la leche en los labios.

Rod. En ti quiero comenzar
à pelear y aprender;
y veras si sè vencer,
verè si sabes matar.
Y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro,
que el corazon es maestro
de esta ciencia no aprendida.
Y quedarè satisfecho,
mezclando entre mis agravios
esta leche de mis labios,
y esa sangre de tu pecho.

Per. Condest. Arias. Rodrigo: *Xim.* ¡Hai de mil!

Dieg. Lain. El corazon se me abrasa.

Rod. Qualquier sombra de esta casa
es sagrado para ti.

Xim. ¿Contra mi padre, Señor?

Rod. Y asi no te mato agora,

Xim. Oye. *Rod.* Perdonad, Señora,
que soy hijo de mi honor.

Sigueme, Conde. Con. Rapaz,

con sobervia de gigante,

matárete, si delante

te me pones; vete en paz.

Vete, vete, si no quieres

que como en cierta ocasion

dà à tu padre un bofetón,

te dè à ti mil puntapiés.

Rod. Ya es tu insolencia sobrada.

Xim. ¡Con cuánta razon me affixo!

Dieg. Lain. Las muchas palabras, hijo,
quitan la fuerza à la espada.

Deten la mano violenta,

Rodrigo. Urr. ¡Trance feroz!

Dieg. Lain. Hijo, hijo, con mi voz
te envio ardiendo mi afrenta.

*Entranse acucbillando el Conde y Rodrigo, y
todos tras ellos, y dicen dentro lo siguiente.*

Con. Muerto soy. *Xim.* ¡Suerte inhumana!
¡hai padre! *Per.* Matadle, muera.

Urr. ¿Qué haces, Ximena? *Xim.* Quisiera
echarme por la ventana.

Pero volarè corriendo,
ya que no baxo volando.

Padre. D. L. Hijo. Urr. ¡Hai Dios!

Sale Rodrigo acucbillandose con todos.

Rod. Matando

he de morir. *Urr.* ¿Qué estoy viendo?

1. Muera, que al Conde matò.

2. Prendedlo. *Urr.* Espera, ¿qué haceis?
ni le prendais ni mateis,
mirad que lo mando yo;
que estimo mucho à Rodrigo,
y le ha obligado su honor.

Rod. Bella Infanta, tal favor
con toda el alma bendigo.

Mas es la causa estremada

para tan pequeño eteto
interponer tu respeto,
donde sobrara mi espada.

No matallos ni vencellos
pudieras mandarme à mi,

pues por respetarte à ti
los dexo con vida à ellos.

Quando me quieras honrar
con tu ruego y con tu voz,

detèn el viento veloz,
para el indomito mar.

Y para parar el sol

te le opon con tu hermosura,
que para estos fuerza pura

sobra en mi brazo Español;
y no irán tantos viniendo,

como parare matando.

Urr. Todo se va alborotando,
Rodrigo, à Dios te encomiendo.

Y el sol, el viento y el mar

pienso, si te han de valer,
con mis ruegos detener,

y con mis fuerzas parar.

Rod. Beso mil veces tu mano,

seguidme. 2. Vete al abismo.
3. Sigate el demonio mismo.
Urr. O valiente Castellano.



JORNADA SEGUNDA.

Sale el Rey Don Fernando, y algunos criados con él.

Rey. ¿Qué ruido, grita y lloro,
que hasta las nubes abrasa,
rompe el silencio en mi casa,
y en mi respeto el decoro?
Arias Gonzalo, ¿qué es esto?

Sale Arias Gonzalo.

Arias. Una grande adversidad:
perderàse esta ciudad,
si no lo remedias presto.

Sale Peranzules.

Rey. ¿Pues que ha sido? Per. Un enemigo.

Rey. ¿Peranzules? Per. Un rapaz
ha muerto al Conde de Orgaz.

Rey. ¡Valame Dios! ¿es Rodrigo?

Per. El es, y en tu confianza
pudo alentar su osadia.

Rey. Como la ofensa sabia,
luego caí en la venganza.

Un gran castigo he de hacer.

¿Prendieronle? Per. No, señor.

Arias. Tiene Rodrigo valor,
y no se dexó prender.

Fuèse, y la espada en la mano,

llevando à compas los pies,

pareció un Roldan Francès,

pareció un Héctor Troyano.

Salen por una puerta Ximena Gomez, y por otra Diego Lainex, ella con un pañuelo lleno de sangre, y él teñido en sangre el carrillo.

Xim. Justicia, justicia pido.

Dieg. Lain. Justa venganza he tomado.

Xim. Rey, à tus pies he llegado.

Dieg. Lain. Rey, à tus pies he venido.

Rey. ¡Con quanta razon me aflixol
¡qué notable desconcierto!

Xim. Señor, à mi padre han muerto.

Dieg. Lain. Señor, matóle mi hijo:
fue obligacion sin malicia.

Xim. Fue malicia y confianza.

Dieg. Lain. Hay en los hombres venganza.

Xim. Y havrà en los Reyes justicia.

Esta sangre limpia y clara
en mis ojos considera.

Dieg. Lain. Si esa sangre no saliera,
¿cómo mi sangre quedàra?

Xim. Señor, mi padre he perdido.

Dieg. Lain. Señor, mi honor he cobrado.

Xim. Fue el vasallo mas honrado.

Dieg. Lain. Sabe el Cielo quien lo ha sido.

Pero no os quiero afligir:

sois muger, decid, señora.

Xim. Esta sangre dirà agora

lo que no acierto à decir.

Y de mi justa querella

justicia asi pediré,

porque yo solo sabré

mezclar lagrimas con ella.

Yo vè con mis propios ojos

teñido el luciente azeró,

mira si con causa muero

entre tan justos enojos.

Yo llegué casi sin vida,

y sin alma, ¡triste yo!

à mi padre, que me habló

por la boca de la herida.

Atajòle la razon

la muerte, que fue cruel,

y escribió en este papel

con sangre mi obligacion.

A tus ojos poner quiero

letras que en mi alma estan,

y en los mios como iman

sacan lagrimas de azeró.

Y aunque el pecho se desangre

en su misma fortaleza,

costar tiene una cabeza

cada gota de esta sangre.

Rey. Levantad. Dieg. Lain. Yo vè, Señor,

que en aquel pecho enemigo

la espada de mi Rodrigo

entraba à buscar mi honor.

Llegué, y hallèle sin vida,

y puse con alma esenta

el corazon en mi afrenta,

y los dedos en su herida.

Lavé con sangre el lugar

adonde la mancha estaba;

porque el honor que se lava,
con sangre se ha de lavar.

Tú, Señor, que la ocacion
viste de mi agravio, advierte
en mi cara de la suerte
que se venga un bofetón.

Que no quedara contenta,
ni lograda mi esperanza,
si no vieras la venganza
adonde viste la afrenta.

Agora, si en la malicia,
que à tu respeto obligó,
la venganza me tocó,
y te toca la justicia:

hazla en mí, Rey soberano,
pues es propio de tu Alteza
castigar en la cabeza
los delitos de la mano.

Y solo fue mano mia
Rodrigo, yo fui el cruel,
que quise buscar en él
las manos que no tenia.

Con mi cabeza cortada
quede Ximena contenta,
que mi sangre sin mi afrenta
saldrá limpia, y saldrá honrada:

Rey. Levanta; y sosiegate,
Ximena. Xim. Mi llanto crece.

*Salen Doña Urraca y el Principe Don San-
cho con quien les acompaña.*

Urr. Llega, hermano, y favorece
à tu Ayo. D. S. Así lo haré.

Rey. Consolad, Infanta, vos
à Ximena, y vos id preso.

D. S. Si mi padre gusta de eso,
presos iremos los dos.
Señale la fortaleza,
mas tendrá su Magestad
à estas canas mas piedad.

Dieg. Lain. Demos los pies vuestra Alteza.

Rey. A castigalle me aplico.
Fue gran delito. D. S. Señor,
fue la obligacion de honor,
y soy yo el que lo suplico.

Rey. Casi à mis ojos matar
al Conde, tocó en traicion.

Urr. El Conde le dió ocasion.

Xim. El la pudiera escusar.

D. S. Pues por Ayo me le has dado,

hazle à todos preferido,
pues que para havello sido
le importaba el ser honrado.

¡Mi Ayo bueno estaria
preso mientras vivo estoy!

Per. De tus hermanos lo soy,
y fue el Conde sangre mia.

D. S. ¿Qué importa? Rey. Baste. D. S. Señor,
en los Reyes soberanos
siempre menores hermanos
son criados del mayor.

¿Con el Principe heredero
los otros se han de igualar?

Per. Preso le manda llevar.

D. S. No hará el Rey, si yo no quiero.

Rey. Don Sancho: Xim. ¡El alma desmayal!

Arias. Su braveza maravilla.

D. S. Ha de perderse Castilla
primero que preso vaya.

Rey. Pues vos le haveis de prender.

Dieg. Lain. ¿Qué mas bien puedo esperar?

D. S. Si à mi cargo ha de quedár,
yo su Alcayde quiero ser.

Siga entre tanto Ximena
su justicia. Xim. Harto mejor
persiguiré el matador.

D. S. Conmigo vá. Rey. En hora buena.

Xim. ¡Hai Rodrigo! pues me obligas,
si te persigo, verás.

Ap.

Urr. Yo pienso velle mas,
quanto tú mas le persigas.

Ap.

Arias. Sucesos han sido estraños.

D. S. Pues yo tu Principe soy,
vè confiado. Dieg. Lain. Si voy,
guardete el Cielo mil años.

Sale un Page, y habla à la Infanta.

Page. A su casa de placer
quiere la Reyna partir:
manda llamarte. Urr. Havré de ir,
con causa debe de ser.

Rey. Tú, Ximena, tèn por cierto
tu consuelo en mi rigor.

Xim. Haz justicia. Rey. Tèn valor.

Xim. ¡Hai Rodrigo, qué me has muerto!
*Vanse, y salen Rodrigo, y Elvira, criada
de Ximena.*

Elvi. ¿Qué has hecho, Rodrigo? Rod. Elvira,
una infelice jornada:
à nuestra amistad pasada,

y à mis desventuras mira.

Elv. No mataste al Conde? *Rod.* Es cierto, importabale à mi honor.

Elv. Pues, Señor, ¿quàndo fue casa del muerto sagrado del matador?

Rod. Nunca al que quiso la vida: pero yo busco la muerte en su casa. *Elv.* ¿De què suerte?

Rod. Està Ximena ofendida.

De sus ojos soberanos siento en el alma el disgusto, y por ser justo vengo à morir en sus manos, pues estoy muerto en su gusto.

Elv. ¿Què dices? vete, y reporta tal intento, porque està cerca palacio, y vendrà acompañada. *Rod.* ¿Qué importa? En público quiero hablalla, y ofrecèlle la cabeza,

Elv. ¡Què estrañezal eso fuera (vete, calla) locura, y no gentileza:

Rod. ¿Pues qué haré? *Elv.* ¿Qué siento? ¡hai Ella vendrà, ¿qué rezelo? (Dios!

Ya viene, ¡valgame el Cielol perdidos somos los dos.

A la puerta del retrete te cubre de su cortina.

Rod. Eres divina. *Escondese Rodrigo.*

Elv. Peregrino fin promete ocasion tan peregrina.

Salen Ximena Gomez, Peranzules, y quien los acompañe.

Xim. Tio, dexadme morir.

Per. Muerto voy, ¡ah pobre Conde!

Xim. Y dexatme sola adonde ni aun quejas puedan salir.

Vanse Peranzules, y los demas que salieron acompañando à Ximena.

Elvira, solo contigo quiero descansar un poco; mi mal toco *Sientase en una almohada.*

con toda el alma: Rodrigo matò à mi padre. *Rod.* Estoy loco.

Xim. ¿Què sentirè, si es verdad?

Elv. Di, descansa. *Xim.* ¡Hai afligida! que la mitad de mi vida

ha muerto la otra mitad.

Elv. No es posible consolarte.

Xim. ¿Qué consuelo he de tomar, si al vengar de mi vida la una parte, sin las dos hé de quedar?

Elv. Siempre quieres à Rodrigo: que matò à tu padre, mira.

Xim. Si, y aun preso, ¡hai Elvira! es mi adorado enemigo.

Elv. ¿Piensas perseguille? *Xim.* Si, que es de mi padre el decoro, y asi lloro el buscar lo que perdì, persiguiendo lo que adoro.

Elv. ¿Pues cómo haràs, no lo entiendo, estimando el matador y el muerto? *Xim.* Tengo valor, y havre de matar muriendo.

Seguirèle hasta vengarme.

Sale Rodrigo, y arrodillase delante de Ximena.

Rod. Mejor es que mi amor firme con rendirme

te dè el gusto de matarme, sin la pena del seguirme.

Xim. ¿Qué has emprendido? ¿què has hecho? ¿eres sombra, eres vision?

Rod. Pasa el mismo corazon, que pienso que està en tu pecho.

Xim. ¡Jesus! ¿Rodrigo, Rodrigo en mi casa? *Rod.* Escucha. *Xim.* Muero.

Rod. Solo quiero que en oyendo lo que digo, respondas con este acèro.

Dale su daga.

Tu padre el Conde Lozano en el nombre y en el brio, puso en las canas del mio la atrevida injusta mano.

Y aunque me vi sin honor, se malogrò mi esperanza en tal mudanza,

con tal fuerza, que tu amor puso en duda mi venganza.

Mas en tan gran desventura lucharon à mi despecho contrapuestos en mi pecho mi afrenta con tu hermosura.

Y tú, Señora, vencieras,
à no haver imaginado,
que afrentado,
por infame aborrecieras
quien quisiste por honrado.
Con este buen pensamiento
tan hijo de tus hazañas,
de tu padre en las entrañas
entro mi estoque sangriento.
Cobré mi perdido honor,
mas luego à tu amor rendido
he venido,
porque no llares rigor
lo que obligacion ha sido.
Donde disculpada veas
con mi pena mi mudanza,
y donde tomes venganza,
si es que venganza deseas.
Toma, y porque à entrambos quadre
un valor y un alvedrio,
haz con brio
la venganza de tu padre,
como hice la del mio.
Xim. Rodrigo, Rodrigo, ¡hai tristel
yo confieso, aunque la sienta,
que en dár venganza à tu afrenta
como çaballero hiciste.
No te doy la culpa à tí
de que desdichada soy,
y tal estoy,
que havré de emplear en mí
la muerte que no te doy.
Solo te culpo agraviada,
el ver que a mis ojos vienes
à tiempo que aun fresca tienes
mi sangre en mano y espada.
Pero no à mi amor rendido,
sino à ofenderme has llegado,
confiado

de no ser aborrecido,
por lo que fuiste adorado.
Mas vete, vete, Rodrigo,
disculparà mi decoro
con quien piensa que te adoro
el saber que te persigo.
Justo fuera, sin oírte,
que la muerte hiciera darte;
mas soy parte
para solo perseguirte,
pero no para matarte.
Vete, y mira à la salida
no te vean, si es razon
no quitarme la opinion,
quien me ha quitado la vida.

Rod. Logra mi justa esperanza,
matame. *Xim.* Dexame. *Rod.* Espera,
considera,

que el dexarme es la venganza,
que el matarme nó lo fuera.

Xim. Y aun por eso quiero hacella.

Rod. Loco estoy: estás terrible:

¿me aborreces? *Xim.* No es posible,
que predominas mi estrella.

Rod. ¿Pues tu rigor què hacer quiere?

Xim. Por mi honor, aunque muger,
he de hacer

contra tí quanto pudiere,
deseando no poder.

Rod. ¡Hai Ximena! ¿quién dixera?

Xim. ¡Hai Rodrigo! ¿quien pensara?

Rod. Que mi dicha se acabara.

Xim. Y que mi bien feneciera.

Mas ¡hai Dios! que estoy temblando
de que han de verte saliendo.

Rod. ¿Què estoy viendo?

Xim. Vete, y dexame penando.

Rod. Quedate, irème muriendo.

Vanse los tres.

Sale Diego Lainex solo.

Diego Lainex. No la ovejuela su pastor perdido,
ni el leon que sus hijos le han quitado,
balò quexosa, ni bramò ofendido,
como yo por Rodrigo (¡hai hijo amado!)
voy abrazando sombras descompuesto
entre la obscura noche que ha cerrado.
Díle la seña, y señálele el puesto
donde acudiese, en sucediendo el caso.
¿Si me havrà sido inobediente en esto?

Pero no puede ser, ¡mil penas pasol
Algun inconveniente le havrá hecho,
mudando la opinjon, torcer el paso.
¡Què elada sangre me rebienta el pechol
¡Si es muerto, herido, ò preso? ¡hai Cielo santol
¡y quántas cosas de pesar sospecho!
¿Què siento? ¿es èl? mas no merezco tanto.
Serà que corresponden à mis males
los ecos de mi voz y de mi llanto.
Pero entre aquellos secos pedregales
vuelvo à oir el galope de un caballo,
de èl se apea Rodrigo, ¿hay dichas tales?

Sale Rodrigo.

¿Hijo? *Rod.* ¿Padre? *Dieg. Lain.* ¿Es posible que me hallo
entre tus brazos? Hijo, aliento tomo
para en tus alabanzas empleallo.

¿Cómo tardaste tanto? pies de plomo
te puso mi deseo; y pues veniste,
no he de cansarte preguntando el como.
Bravamente probaste, bien lo hiciste,
bien mis pasados brios imitaste,
bien me pagaste el ser que me debiste.
Toca las blancas canas que me honraste,
llega la tierna boca a la mexilla
donde la mancha de mi honor quitaste.
Sobervia el alma a tu valor se humilla,
como conservador de la nobleza,
que ha honrado tantos Reyes en Castilla.

Rod. Dame la mano, y alza la cabeza,
à quien como la causa se atribuya,
si hay en mi algun valor y fortaleza.

Dieg. Lain. Con mas razon besàra yo la tuya,
pues si yo te di el ser naturalmente,
tù me le has vuelto à pura fuerza suya.

Mas serà no acabar eternamente,
si no doy à esta planca desvios:
hijo, ya tengo prevenida gente.
Con quinientos hidalgos, deudos mios,
(que cada qual tu gusto solicita)
sal en campaña à exercitar tus brios.
Vè, pues la causa y la razon te incita,
donde están esperando en sus caballos,
que el menos bueno à los del Sol imita.
Buena ocasion tendràs para empleallos,
pues Moros fronterizos arrogantes
al Rey le quitan tierras y vasallos.
Que ayer con melancolicos semblantes
el Consejo de Guerra y el de Estado
lo supo por espías vigilantes.

Las fertiles campañas han talado
de Burgos, y pasando montes de Oca,
de Nagera, Logroño y Bilforado,
con suerte mucha, y con verguenza poca
se llevan tanta gente aprisionada,
que ofende al gusto, y el valor provoca.
Sal-les al paso, emprende esta jornada,
y dando brio al corazon valiente,
pruebe la lanza quien probò la espada.
Y el Rey, sus Grandes, la plebeya gente,
no diràn que la mano te ha servido
para vengar agravios solamente.

Sirve en la guerra al Rey, que siempre ha sido
digna satisfaccion de un caballero
servir al Rey, à quien dexò ofendido.

Rod. Dame la bendicion. *Dieg. Lain.* Hacello quiero.

Rod. Para esperar de mi obediencia palma,
tu mano beso, y à tus pies la espero.

Dieg. Lain. Tomala con la mano, y con el alma. *Vanse.*

Sale la Infanta Doña Urraca, asomada à una ventana.

Urr. ¡Què bien el campo, y el monte

le parece à quien lo mira,
hurtando el gusto al cuidado,
y dando el alma à la vista!
en los llanos y en las cumbres,
què à concierto se divisan
aqui los pimpollos verdes,
y alli las pardas encinas.
Si acullà brama el leon,
aqui la mansa avecilla
parece, que su braveza
con sus cantares mitiga.

Despeñandose el arroyo,
señala, que como estiman
sus aguas la tierra blanda,
huyen de las peñas vivas.
Bien merecen estas cosas
tan bellas y tan distintas,
que se imite à quien las goza,
y se alabe à quien las cria.

Bienaventurado aquel
que por sendas escondidas
en los campos se entretiene,
y en los montes se retira.
Con tan buen gusto la Reyna
mi madre, no es maravilla,
si en esta casa de campo
todos sus males alivia.

Saliò de la Corte huyendo
de entre la confusa grita,
donde unos toman venganza,
quando otros piden justicia.
¿Què se havrà hecho Rodrigo?
que con mi presta venida
no he podido saber de él,
si esta en salvo, ò si peligrà.
No sè què tengo, que el alma
con cierta melancolia
me desvela en su cuidado;
¡mas hai! estoy divertida.
Una tropa de caballos
dàn polvo al viento que imitan,
todos à punto de guerra.
¡Jesus, y què hermosa vistan!
Saber la ocasion deseo,
la curiosidad me incita.
Ah caballeros, ah hidalgos.
Yà se paran, y ya miran.
Ah Capitan, el que lleva
banda y plumas amarillas;
ya de los otros se aparta,
la lanza à un arbol arrima.
Yà se apea del caballo;
ya de su lealtad confia;
ya el cimientto de està torre,
que es todo de peña viva,
trepa con ligeros pies;
ya los miradores mira;

aun no me ha visto. ¿Qué veo?
ya le conozco, ¿hay tal dicha?

Sale Rodrigo.

Rod. La voz de la Infanta era;
ya casi las tres esquinas
de la torre he rodeado.

Urr. ¿Ah Rodrigo? **Rod.** Otra vez grita.

Por respetar á la Reyna
no respondo, y ella misma
me hizo dexar el caballo;
mas, Jesus, ¿señora mia?

Urr. Dios te guarde, ¿dónde vas?

Rod. Donde mis hados me guian,
dichosos, pues me guiaron
á merecer esta dicha.

Urr. ¿Esta es dicha? no, Rodrigo,
la que pierdes lo serías
bien me lo dice por señas
la sobrevista amarilla.

Rod. Quien con esperanzas vive,
desesperado camina.

Urr. Luego no las has perdido.

Rod. A tu servicio me animan.

Urr. ¿Saliste de la ocasion
sin peligro y sin heridas?

Rod. Siendo tú mi defensora,
advierte cómo saldría.

Urr. ¿Dónde vas? **Rod.** A vencer Moros,
y así la gracia perdida
cobrar de tu padre el Rey.

Urr. ¡Qué notable gallardía! *Ap.*

¿Quién te acompaña? **Rod.** Esta gente
me ofrece quinientas vidas,
en cuyos hidalgos pechos
hierbe también sangre mía.

Urr. Galán vienes, bravo vas,
mucho vales, mucho obligas;
bien me parece, Rodrigo,
tu gala y tu valentía.

Rod. Estimo con toda el alma
merced que fuera divina;
mas mi humildad en tu alteza
mis esperanzas marchita.

Urr. No es imposible, Rodrigo,
el igualarse las dichas
en desiguales estados,
si es la nobleza una misma.

Dios te vuelva vencedor,
que después: **Rod.** Mil años vivas.

Urr. ¿Qué he dicho?

Rod. Tu bendición
mis victorias facilita.

Urr. Mi bendición; ¡hai Rodrigo!
si las bendiciones mías
te alcanzan, serás dichoso.

Rod. Con no más de recibillas
lo seré, divina Infanta.

Urr. Mi voluntad es divina.

Dios te guíe, Dios te guarde,
como te esfuerza, y te anima,
y en número tus victorias
con las estrellas compitan.

Por la redondez del mundo,
después de ser infinitas,
con las plumas de la fama
el mismo sol las escriba.

Y vé agora confiado
que te valdré con la vida:
fía de mí estas promesas
quien plumas al viento fía.

Rod. La tierra que ves, adoro,
pues no puedo la que pisas;
y la eternidad del tiempo
alargue á siglos tus días.

Oyga el mundo tu alabanza
en las bocas de la envidia,
y más que merecimientos
te dé la fortuna dichas.

Y yo me parto en tu nombre,
por quien venzo mis desdichas,
á vencer tantas batallas
como tú me pronosticas.

Urr. De este cuidado te acuerda.

Rod. Lo divino no se olvida.

Urr. Dios te guíe. **Rod.** Dios te guarde.

Urr. Vé animoso. **Rod.** Tú me animas;
toda la tierra te alabe.

Urr. Todo el Cielo te bendiga. *Vanse.*

Gritan de adentro los Moros, y sale bu-
yendo un Pastor.

Moro. Li, li, li, li. **Pastor.** Jesus mio,

¿qué de miedo me acompaña!

Moros cubren la campaña;
mas de sus fieros me río,
de su lanza y de su espada,
como suba, y me remonte
en la cumbre de aquel monte
todo de peña tajada.

*Sale un Rey Moro , y quatro Moros con él,
y el Pastor èntrase buyendo.*

Rey. Atad bien esos Christianos,
con mas concierto que priesa
id marchando. 1. ¡Brava presal

Rey. Es hazaña de mis manos.
Con asombro y maravilla,
pues en su valor me fundo,
sepa mi poder el mundo,
pierda su opinion Castilla.
¡Para que te llaman Magno,
Rey Fernando , en paz y en guerra?
pues yo destruyo tu tierra
sin openerte à mi mano.
Al que grande te llamó,
vive el Cielo , que le coma,
porque despues de Mahoma
ninguno mayor que yo.

Sale el Pastor sobre la peña.

Pastor. Si es mayor el que es mas alto,
yo lo soy entre estos cerros:
¿que apostaremos , ¡ah perros!
que no me alcanzais de un salto?

2. ¿Que te alcanza una saeta?

Pas. Si no me escondo , si haràs
Morillos , bolvè , esperà,
que el Christiano os acometa.

3. Oye , Señor , por Mahoma,
que Christianos::**Rey.** ¿Que os espanta?

4. Allí polvo se levanta.

1. Y allí un estandarte asoma.

2. Caballos deben de sèr.

Rey. Logren pues mis esperanzas.

3. Ya se parecen las lanzas.

Rey. Ea , morir , ò vencer.

Toque dentro una trompeta.

2. Ya la bastarda trompeta
toca al arma.

Dicen dentro à voces. Santiago.

Rey. ¡Mahoma ! haced lo que hago.

Otra vez dentro. Cierra España.

Rey. ¡O gran profeta!

*Vanse , y suena la trompeta y caxas de guerra,
y ruido de golpes dentro.*

Pas. Bueno , ¡mire lo que và
de Santiago à Mahoma?
¡que bravo herir ! puto , toma
para peras: bueno và.
Boto à San , braveza es

lo que hacen los Christianos;
ellos matan con las manos,
sus caballos con los pies.

¡Que lanzadas ! pardiez toros
menos bravos , que ellos son;
asi calo yo un melon,
como despachurran Moros.
El que como cresta el gallo
trahe un penacho amarillo,
¡ò lo que hice ! por decillo
al cura quiero mirarlo.

Pardios no tantas hormigas
mato yo en una patada,
ni siego en una manada
tantos manojos de espigas,
como èl derriba cabezas.
¡O hi de puta ! es de modo,
que và saipicado todo
de sangre Mora : bravezas
hace , voto al soto : ya
huyen los Moros. Ah galgos,
ea , Christianos hidalgos,
seguidos , matà , matà.
Entre las peñas se meten
donde no sirven caballos;
ya se apean , alcanzallos
quieren : de nuevo acometen.

*Salen Rodrigo y el Rey Moro , cada uno
con los suyos acucillandose.*

Rod. Tambien pelean à pie
los Casteilanos , Morillos;
à matallos , à seguillos.

Rey. Tente , espera. **Rod.** Rindete.

Rey. Un Rey à tu valentia
se ha rendido , y à tus leyes.

Rindesele el Rey.

Rod. Toca al arma : quatro Reyes
he de vencer en un dia.

Vanse todos , llevandose presos à los Moros.

Past. Pardios que he havido placer
mirandolos desde afuera:
las cosas de esta manera
de tan alto se han de ver.

*Èntrase el Pastor , y salen el Principe Don
Sancho , y un Maestro de armas con sendas
espadas negras , y tirandole el Principe , y tras
èl reportandole Diego Lainex.*

Maestro. Principe , señor , señor::

Dieg. Lain. Reportese vuestra Alteza,

que

que sin causa la braveza
desacredita el valor.

D. S. ¿Sin causa? *D. L.* Vete, que enfadas
al Principe; *Entrase el Maestro.*
¿quàl ha sido?

D. S. Al batallar, el ruido
que hicieron las dos espadas;
y à mi el rostro señalado.

D. L. ¿Hate dado? *D. S.* No, el pensar
que à querer, me pudo dar,
me ha corrido, y me ha enojado.
Y à no escaparse el Maestro,
yo le enseñara á saber;
no quiero mas aprender.

Dieg. Lain. Bastantemente eres diestro.

D. S. Quando tan diestro no fuera,
tampoco importara nada.

D. L. ¿Còmo? *D. S.* Espada contra espada
nunca por eso temiera.

Otro miedo el pensamiento
me aflige, y me atemoriza;
con un arma arrojadiza
señala en mi nacimiento

que han de matarme, y serà
cosa muy propinqua mia

la causa. *Dieg. Lain.* ¿Y melancolia
te dá eso? *D. S.* Sì me dà.

Y haciendo discursos vanos,
pues mi padre no ha de ser,
vengo à pensar, y à temer
que lo seràn mis hermanos.

Y asi los quiero tan poco,
que me ofenden. *D. L.* ¡Cielo santol

à no respetarte tanto,
te dixera: *D. S.* ¿Què soy loco?

Dieg. Lain. Que lo fue quien à esta edad
te ha puesto en tal confusion.

D. S. ¿No tiene demostracion
esta ciencia? *D. L.* Asi es verdad.

Mas ninguno la aprendió
con certeza. *D. S.* Luego di,

¿locura es creella? *Dieg. Lain.* Sì.

D. S. ¿Seràlo el temerla? *Dieg. Lain.* No.

D. S. ¿Es mi hermana? *Dieg. Lain.* Sì señor.

*Sale Doña Urraca y un Page, que le saca
un venablo tinto en sangre.*

Urr. En esta suerte ha de ver
mi hermano, que aunque muger,
tengo en el brazo valor.

Hoy, hermano: *D. S.* ¿Còmo asi?

Urr. Entre unas peñas: *D. S.* ¿Què fue?

Urr. Este venablo tiré,
con que matè un javalì,
viniendo por el camino
cazando mi madre y yo.

D. S. Sangriento està; ¿y le arrojò
tu mano? ¡Hai Cielo divino!

¿Mira, si tengo razon? *Entre los dos.*

Dieg. Lain. Ya he caido en tu pesar.

Urr. ¿Que te ha podido turbar
el gusto? *D. S.* Cierta ocasion,
que me dá pena. *Dieg. Lain.* Señora,
una necia astrologia
le causa melancolia,
y tù la creciste agora.

Urr. Quien viene à dalle contento,
¿còmo su disgusto aumenta?

Dieg. Lain. Dice, que à muerte violenta
le inclina su nacimiento.

D. S. Y con una arma arrojada
herido en el corazon.

Dieg. Lain. Y como en esta ocasion
la viò en tu mano. *Urr.* ¡Hai cuitadal!

D. S. Alteròme de manera,
que me ha salido à la cara.

Urr. Si disgustarte pensara
con ella, no la truxera.
¿Mas tù credito has de dar
à lo que abominan todos?

D. S. Con todo buscaré modos
como poderme guardar.
Mandarè hacer una plancha,
y con ella cubrirè
el corazon, sin que esté
mas estrecha, ni mas ancha.

Urr. Guarda con mas prevencion
el corazon, mira bien
que por la espalda tambien
hay camino al corazon.

D. S. ¿Què me has dicho? que imagino
que tù de tirar te alabes
un venablo, y de que sabes
del corazon el camino.

Por las espaldas, traidora,
temo que causa has de ser
tù de mi muerte: muger,
estoy por matarte agora,
y asegurar mis enojos.

D. L. ¿Qué haces, Príncipe? *D. S.* ¿Qué siento?
ese venablo sangriento
rebienta sangre en mis ojos.

Urr. Hermano, el rigor reporta
de quien justamente huyo;
¿no es mi padre como tuyo
el Rey mi señor? *D. S.* ¿Qué importa?
Que eres de mi padre hija,
pero no de mi fortuna:
nacì heredando. *Urr.* Importuna
es tu arrogancia y prolija.

D. L. El Rey viene. *D. S.* ¡Qué despechol

Urr. ¡Qué hermano tan enemigo!
Salen el Rey Don Fernando y el Rey Moro,
que embia Rodrigo, y otros que
le acompañan.

Rey. Diego, tu hijo Rodrigo
un gran servicio me ha hecho.
Y en mi palabra fiado
licencia le he concedido
para verme. *Dieg. Lán.* ¿Y ha venido?

Rey. Sospecho que havrà llegado.

Y en prueba de su valor::

Dieg. Lán. Grande fue la dicha mia.

Rey. Hoy à mi presencia embia
un Rey por su Embaxador.

Sientase el Rey.

Volviò por mì y por mis greyes:
muy obligado me hallo.

Rey Moro. Tienes, señor, un vasallo
de quien lo son quatro Reyes.

En esquadrones formados
tendidas nuestras vanderas,

corriamos tus fronteras,

venciamos tus soldados,

talabamos tus campañas,

cautivabamos tus gentes,

sujetando hasta las fuentes

de las sobervias montañas:

quando gallardo y ligero

el gran Rodrigo llegò;

peleò, rompiò, matò,

y venciòme á mì el primero.

Vinieronme á socorrer

tres Reyes, y su venir

tan solo pudo servir

de dalle mas que vencer.

Pues su esfuerzo varonil

los nuestros dexando atrás,

quinientos hombres, no mas,
nos vencieron à seis mil.

Quitònos el Español
nuestra opinion en un dia,
y una presa, que valia
mas oro que engendra el sol;
y en su mano vencedora
nuestra divisa Otomana,
sin venir lanza Christiana,
sin una cabeza Mora.

Viene con todo triunfando
entre aplausos excesivos,
atropellando cautivos,
y vanderas arrastrando,
asegurando esperanzas,
obligando corazones,
recibiendo bendiciones,
y despreciando alabanzas.
Y ya llega à tu presencia.

Urr. ¡Venturosa suerte mia!

Dieg. Lán. Para llorar de alegria
te pido, señor, licencia.
Y para abrazalle, ¡hai Dios!
antes que llegue à tus pies.

Entra Rodrigo, y abrazanse.

¡Estoy loco! *Rod.* Causa es
que nos disculpa à los dos.
Pero ya esperando estoy
tu mano y tus pies, y todo.

Arrodillase delante el Rey.

Rey. Levanta, famoso Godo,
levanta. *Rod.* Tu hechura soy.

¿Mi Príncipe? *D. S.* ¿Mi Rodrigo?

Rod. Por tus bendiciones llevo

estas palmas. *Urr.* Ya de nuevo,
pues te alcanzan, te bendigo.

R. M. ¿Gran Rodrigo? *Rod.* ¿O Almanzor?

R. M. Dame la mano el mio Cide.

Rod. A nadie mano se pide
donde está el Rey mi señor.

A èl le presta la obediencia.

Rey Moro. Ya me sujeto à sus leyes
en nombre de otros tres Reyes
y el mio. ¡O Ala! paciencia.

D. S. El mio Cid le ha llamado.

Rey Moro. En mi lengua es mi señor,
pues ha de serlo el honor
merecido y alcanzado.

Rey. Ese nombre le està bien.

Rey Moro. Entre Moros le ha tenido.

Rey. Pues allà le ha merecido,
en mis tierras se le den.
Llamalle el Cid es razon,
y añadirà , porque asombre,
à su apellido este nombre,
y à su fama este blason.

*Sale Ximena Gomez enlutada , con quatro
Escuderos tambien enlutados
con sus lobas.*

Escudero 1. Sentado està el señor Rey
en su silla de respaldo.

Xim. ¿Para arrojarme à sus pies
què importa que està sentado?
Si es magno , si es justiciero,
premie al bueno , y pene al malo;
que castigos y mercedes
hacen seguros vasallos.

Dieg. Lain. Arrastrando luengos lutos
entraron de quatro en quatro
Escuderos de Ximena,
hija del Conde Lozano.
Todos atentos la miran,
suspensio quedò palacio,
y para decir sus quejas
se arrodilla en los estrados.

Xim. Señor , hoy hace tres meses
que murió mi padre à manos
de un rapaz , à quien las tuyas
para matador criaron.
Don Rodrigo de Bivar
sobervio , orgulloso y bravo
profanò tus leyes justas,
y tù le amparas ufano.
Son tus ojos sus espías,
tu retrete su sagrado,
tu favor sus alas libres,
y su libertad mis daños.
Si de Dios los Reyes justos
la semejanza y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos;
no debiera de ser Rey
bien temido y bien amado,
quien desmaya la justicia
y esfuerza los desacatos.
A tu justicia , señor,
que es arbol de nuestro amparo,
no se arrimen malhechores

indignos de vér sus ramos.
Mal lo miras , mal lo sientes,
y perdona , si mal hablo;
que en boca de una muger
tiene licencia un agravio.

¿Què dirà , què dirá el mundo
de tu valor, gran Fernando,
si al ofendido castigas,
y si premias al culpado?

*Rey , Rey justo , en tu presencia
advierde bien como estamos,
él ofensor , yo ofendida,
yo gimiendo , y èl triunfando;
èl arrastrando vanderas,
y yo lutos arrastrando;
èl levantando trofeos,
y yo padeciendo agravios;
èl sobervio , yo encogida;
yo agraviada , y èl honrado;
yo afligida , y èl contento;
èl riendo , y yo llorando.*

Rod. Sangre os dieran mis entrañas
para llorar , ojos claros.

Xim. ¡Hai Rodrigo ! ¡hai honra ! ¡hai ojos!
¿adònde os lleva el cuidado?

Rey. No haya mas , Ximena , baste;
levantaos , no lloreis tanto;
que ablandaràn vuestras quejas
entrañas de azero y marmol:
que podrá ser que algun dia
troqueis en placer el llanto;
y si he guardado à Rodrigo,
quizà para vos le guardo.
Pero por haceros gusto,
vuelva à salir desterrado,
y huyendo de mi rigor
exercite el de sus brazos,
y no asista en la ciudad
quien tan bien prueba en el campo.
Pero si me dais licencia,
Ximena , sin enojaros,
en premio de estas victorias
ha de llevarse este abrazo.

Rod. Honra , valor , fuerza y vida,
todo es tuyo , gran Fernando;
pues siempre de la cabeza
baxa el vigor à la mano.
Y asi te ofrezco à los pies
esas vanderas que arrastro,

esos Moros que cautivo,
y esos haberes que gano.

Rey. Dios te me guarde, el mio Cid.

Rod. Beso tus heroicas manos,
y à Ximena dexo el alma.

Xim. ¿Què la opinion pueda tanto,
que persigo lo que adoro?

Urr. Tiernamente se han mirado;
no le ha cubierto hasta el alma
à Ximena el luto largo,
¡hai Cielo! pues no han salido
por sus ojos sus agravios.

D. S. Vamos, Diego, con Rodrigo,
que yo quiero acompañarlo,
y verme entre sus trofeos.

Dieg. Lain. Es honrarme, y es honrallo;
¡hai hijo del alma mial!

Xim. ¡Hai enemigo adorado!

Rod. ¡O amor, en tu sol me hiel!

Urr. ¡O amor, en zelos me abraso.



JORNADA TERCERA.

*Salen Arias Gonzalo y la Infanta
Doña Urraca.*

Arias. Mas de lo justo adelantas,
señora, tu sentimiento.

Urraca. Con mil ocasiones siento,
y lloro con otras tantas.

Arias Gonzalo, por padre
te he tenido. *Arias.* Y soylo yo
con el alma. *Urr.* Ha que murió,

y está en el Cielo mi madre
mas de un año, y es crueldad
lo que esfuerzan mi dolor
mi hermano con poco amor,
mi padre con mucha edad.

Un mozo que ha de heredar,
y un viejo que ha de morir,
me dan penas que sentir,
y desdichas que llorar.

Arias. ¿Y no alivia tu cuidado
el ver que aun viven los dos,
y entre tanto querrà Dios
pasarte à mejor estado?

A otros Reynos, y à otro Rey
de los que te han pretendido.

Urr. ¿Yo un extraño por marido?

Arias. ¿No lo siendo de tu ley,
què importa? *Urr.* ¿Asi me destierra
la piedad que me criò?

Ap. mejor le admitiera yo
de mi sangre y de mi tierra;

Ap. que mas quisiera mandar
una ciudad, una villa,
una aldea de Castilla,

Ap. que en muchos Reynos reynar.

Arias. Pues pon, señora, los ojos
en uno de tus vasallos.

Urr. Antes havré de quitellos
à costa de mis enojos.

Mis libertades te digo
como al alma propia mia.

Arias. Di, no dudes. *Urr.* Yo querria
al gran Cid, al gran Rodrigo:

castamente me obligò,
pensè casarme con él.

Arias. ¿Pues quièn lo estorva? *Urr.* Es cruel
mi suerte, y honrada yo.

Ximena y él se han querido,
y despues del Conde muerto

se adoran. *Arias.* ¿Es cierto? *Urr.* Cierto
serà, que en mi daño ha sido.

Quanto mas su padre llora,
quanto mas justicia sigue,

y quanto mas le persigue,
es cierto que mas le adora.

Y èl la idolatra adorado,
y esta en mi pecho advertido

no del todo aborrecido,
pero del todo olvidado.

Que la muger ofendida
del todo desengañada,
ni es discreta, ni es honrada,
si no aborrece, ni olvida.

Mi padre vienè, despues
hablaremos; mas ¡hai Ciel!

ya me ha visto. *Arias.* A tu consuelo
aspira.

*Salen el Rey Don Fernando y Diego Lainex,
y los que le acompañan.*

Diego Lainex. Beso tus pies
por la merced que à Rodrigo
le has hecho: vendrà volando
à servirte. *Rey.* Ya esperando

lo estoy. *Dieg. Lain.* Mi suerte bendigo.

Rey

Rey. ¿Doña Urraca, donde vais?
esperad, hija, ¿qué haceis?
¿qué os aflige? ¿qué teneis?
¿habeis llorado? ¿llorais?
Triste estais. **Urr.** No lo estuviera,
si tu que me diste el ser,
eterno huvieras de ser,
ò mi hermano amable fuera.

Pero mi madre perdida,
y tú cerca de perderse,
dudosa queda mi suerte
de su rigor ofendida.
Es el Principe un leon
para mí. **Rey.** Infanta, callad,
la falta en la eternidad
suplirè en la prevencion.
Y pues tengo, gloria á Dios,
mas Reynos y mas estados
adquiridos, que heredados,
alguno havrà para vos.

Y alegraos, que aun vivo estoy,
y si no: **Urr.** Dame la mano.

Rey. Es Don Sancho buen hermano,
yo padre, y buen padre soy.

Id con Dios. **Urr.** Guardete el Cielo.

Rey. Tened de mí confianza.

Urr. Ya tu bendicion me alcanza. *Vase.*

Arias. Ya me alcanza tu consuelo.

Sale un criado.

Rey. Resuelto està el de Aragon,
pero ha de ver algun dia,
que es Calahorra tan mia
como Castilla y Leon.

Que pues letras y letrados
tan varios en esto estàn,
mejor lo averiguaràn
con las armas los soldados.

Remitir quiero à la espada
esta justicia que sigo,
y al mio Cid, al mi Rodrigo
encargalle esta jornada.

En mi palabra fiado
lo he llamado. **Arias.** ¿Y ha venido?

Dieg. Lain. Si tu carta ha recibido,
con tus alas ha volado.

Sale otro criado.

Criado. Ximena pide licencia
para besarte la mano.

Rey. Tiene del Conde Lozano

la arrogancia y la impaciencia:
siempre la tengo à mis pies
descompuesta y querellosa.

Dieg. Lain. Es honrada y es hermosa.

Rey. Importuna tambien es.

A disgusto me provoca
el ver entre sus enojos
lagrimas siempre en sus ojos,
justicia siempre en su boca.
Nunca imaginàra tal,
siempre sus querellas sigo.

Arias. Pues yo sè que ella y Rodrigo,
señor, no se quieren mal.

Pero asi de la malicia
defenderà la opinion;
ò quizà satisfaccion
pide, pidiendo justicia.
Y el tratar el casamiento
de Rodrigo con Ximena
serà alivio de su pena.

Rey. Yo estuve en tu pensamiento,
pero no lo osè intentar,
por no crecer su disgusto.

Dieg. Lain. Merced fuera, y fuera justo.

Rey. ¿Quierense bien? **Arias.** No hay dudar

Rey. ¿Tú lo sabes? **Arias.** Lo sospecho.

Rey. ¿Para intentallo qué harè?

¿de qué manera podrè
averiguallo en su pecho?

Arias. Dexandome el cargo à mí,
harè una prueba bastante.

Rey. Dile, que entre. **Arias.** Este diamante
he de probar. Oye. **Criado.** Dí.

*El primer criado habla al oido con Arias
Gonzalo, y el otro sale à avisar
à Ximena.*

Rey. En el alma gustaria
de gozar tan buen vasallo
libremente. **Dieg. Lain.** Imaginallo
hace inmensa mi alegria.

Sale Ximena Gomez.

Xim. Cada dia que amanece,
veo quien matò à mi padre
caballero en un caballo,
y en su mano un gavilan.
A mi casa de placer,
donde alivio mi pesar,
curioso, libre y ligero
mira, escucha, viene y và,

y por hacerme despecho,
dispara à mi palomar
flechas , que à los vientos tira,
y en el corazon me dãn.
Matame mis palomicas
criadas , y por crias;
la sangre que sale de ellas,
me ha salpicado el brial.
Embièselo à decir,
emiòme à amenazar,
con que ha de dexar sin vida
cuerpo que sin alma està.
Rey , que no hace justicia,
no debria de reynar,
ni pasear en caballo,
ni con la Reyna folgar.
Justicia , buen Rey , justicia.

Rey. Baste , Ximena , no mas.

Dieg. Lain. Perdonad , gentil señora,
y vos , buen Rey , perdonad;
que lo que agora dixiste
sospecho que lo soñais.
Pensando vuestras venganzas
si os desvanece el llorar,
lo havreis soñado esta noche,
y se os figura verdad;
que Rodrigo ha muchos dias,
señora, que ausente està,
porque es ido en romeria
à Santiago : ved , mirad,
¿còmo es posible ofenderos
en eso que le culpais?

Xim. Antes que se fuese ha sido.

¿Si podrè disimular?
ya en mi ofensa , que estoy loca
solo falta que digais.

Dentro el Port. ¿Què quereis?

Dentro el Criado. Hablar al Rey:
dexadme , dexadme entrar.

Sale el primer criado.

Rey. ¿Quièn mi palacio alborota?

Arias. ¿Que teneis? ¿ adònde vais?

Criado. Nuevas te traigo el buen Rey
de desdicha y de pesar:
el mejor de tus vasallos
perdiste , en el Cielo està.
El Santo Patron de España
venia de visitar,
y salieronle al camino

quinientos Moros , y aun mas;
y èl con veinte de los suyos,
que acompañandole vãn,
los acomete , enseñado
à no volver paso atras.
Catorce heridas le han dado,
que la menor fue mortal:
ya es muerto el Cid , ya Ximena
no tiene que se cansar,
Rey , en pedirte justicia.

Dieg. Lain. ¡Hay mi hijo ! ¿dònde estais?
que estas nuevas , aun oidas Ap.
burlando , me hacen llorar.

Xim. ¿Muerto es Rodrigo ? ¿Rodrigo
es muerto ? no puedo mas; Ap.
¡Jesus mil veces! Rey. ¡Ximena !
¿què teneis ? ¿què os desmayais?

Xim. Tengo un lazo en la garganta,
y en el alma muchos hay.

Rey. Vivo es Rodrigo , señora,
que yo he querido probar,
si es que dice vuestra boca
lo que en vuestro pecho està.
Ya os he visto el corazon,
reportalde , sosegar.

Xim. Si estoy turbada y corrida,
mal me puedo sosegar;
volverè por mi opinion:
ya sè el còmo , ¡estoy mortall
hai honor , ¡quànto me cuestas!
Si por agraviarme mas
te burlas de mi esperanza,
y pruebas mi libertad:
si miras que soy muger,
veràs que lo aciertas mal;
y si no ignoras , señor,
que con gusto , ò con piedad,
tanto atribula un placer,
como congoja un pesar:
veràs , que con nuevas tales
me pudo el pecho asaltar
el placer , no la congoja,
y en prueba de esta verdad
hagan pùblicos pregones
desde la mayor ciudad
hasta en la menor aldea,
en los campos y en el mar,
y en mi nombre , dando al tuyo
bastante seguridad,

que à quien me dè la cabeza
de Rodrigo de Bivar,
le darè con quanta hacienda
tiene la casa de Orgàz
mi persona, si la suya
me igualàre en calidad;
y si no es su sangre hidalga
de conocido solar,
lleve con mi gracia entera
de mi hacienda la mitad.
Y si esto no haces, Rey,
propios y estraños dirán,
que tras quitarme el honor,
no hay en ti para reynar
ni prudencia, ni razon,
ni justicia, ni piedad.

Rey. Fuerte cosa haveis pedido:
no mas llantè, bueno està.

Dieg. Lain. Y yo tambien, yo, señor,
suplico à tu Magestad,
que por dar gusto à Ximena
en un pregon general
asegures lo que ofrece
con tu palabra Real.

Que à mi no me dá cuidado,
que en Rodrigo de Bivar
muy alta està la cabeza,
y el que alcanzalla querrà
mas que gigante ha de ser,
y en el mundo pocos hay.

Rey. Pues las partes se conforman;
ea, Ximena, ordenad
à vuestro gusto el pregon.

Xim. Los pies te quiero besar.

Arias. Grande valor de muger.

Dieg. Lain. No tiene el mundo su igual.

Xim. La vida te doy, perdona,
honor, si te debo mas.

Vanse.

Salen el Cid Rodrigo, y dos Soldados suyos, y el Pastor en habito de lacayo, y una voz de un gafso dice de dentro, sacando las manos, y lo demàs del cuerpo muy llagado y asqueroso.

Gafso. ¿No hay un Christiano que acuda
à mi gran necesidad?

Rod. Esos caballos atad.

¿Fueron voces? 1. Son sin duda.

Rod. ¿Què puede ser? el cuidado
hace la piedad mayor.

¿Oyes algo? 2. No señor.

Rod. Pues nos hemos apeado,
escuchad. Pastor. No escucho cosa.

1. Yo tampoco. 2. Yo tampoco.

Rod. Tendamos la vista un poco
por esta campaña hermosa.
Que aqui esperaremos bien
los demàs: propio lugar
para poder descansar.

Pastor. Y para comer tambien:

1. ¿Trahes algo en el arzon?

2. Una pierna de carnero.

1. Y yo una bota. Past. Esa quiero;

1. Y casi entero un jamon.

Rod. Apenas salido el sol,
despues de haver almorzado,
¿quereis comer? Past. Un bocado;

Rod. A nuestro Santo Español
primero gracias le hagamos,
y despues podreis comer.

Past. Las gracias suelen hacer
despues de comer: comamos.

Rod. Dà à Dios el primer cuidado;
que aun no tarda la comida.

Past. Hombre no he visto en mi vida
tan devoto y tan soldado.

Rod. ¿Y es estorvo el ser devoto
al ser soldado? Past. Si es:
¿à que soldado no ves
desalmado, ò boquirroto?

Rod. Muchos hay, y ten en poco
siempre à qualquiera soldado
habrador y desalmado,
porque es gallina, ò es loco.
Y los que en su devocion,
à sus tiempos concertada,
le dan filos à la espada,
mejores soldados son.

Past. Con todo, en esta jornada,
dá risa tu devocion,
con dorada guarnicion,
y con espuela dorada,
con plumas en el sombrero,
à caballo, y en la mano
un rosario. Rod. El ser Christiano
no impide al ser caballero.
Para general consuelo
de todos, la mano diestra
de Dios mil caminos muestra;

y por todos se và al Cielo.
 Y asi, el que fuere guiado
 por el mundo peregrino,
 ha de buscar el camino
 que diga con el estado.
 Para el bien que se promete
 de un alma limpia y sencilla,
 lleve el Frayle su capilla,
 y el Clerigo su bonete;
 y su capote doblado
 lleve el tosco labrador,
 que quizà acierta mejor
 por el surco de su arado.
 Y el soldado y caballero,
 si lleva buena intencion,
 con dorada guarnicion,
 con plumas en el sombrero,
 à caballo, y con dorada
 espuela, galan divino,
 si no es que yerra el camino,
 hará bien esta jornada.
 Porque al Cielo caminando,
 ya llorando, ya riendo,
 vàn los unos padeciendo,
 y los otros peleando.

Gaf. ¿No hay un Christiano? un amigo
 de Dios? *Rod.* ¿Qué vuelvo à escuchar?

Gaf. No con solo pelear
 se gana el Cielo, Rodrigo.

Rod. Llegad, de aquel tremedal
 saliò la voz. *Gaf.* Un hermano
 en Christo deme la mano,
 saldrè de aqui. *Past.* No harè tal,
 que està gafa y asquerosa.

1. No me atrevo. *Gaf.* Oid un poco
 por Christo. 2. Ni yo tampoco.

Sacale de las manos.

Rod. Yo sì, que es obra piadosa,
 y aun te besarè la mano.

Gaf. Todo es menester, Rodrigo,
 matar allà al enemigo,
 y valer aqui al hermano.

Rod. Es para mí gran consuelo
 esta christiana piedad.

Gaf. Las obras de caridad,
 son escalones del Cielo.
 Y en un caballero son
 tan propias y tan lucidas,
 que deben ser admitidas

por precisa obligacion:

Por ellas un caballero
 subirà de grada en grada;
 cubierto en lanza y espada
 con oro el luciente azero.

Y con plumas, si es que acierta
 la ligereza del vuelo,
 no haya miedo que en el Cielo
 halle cerrada la puerta.

¡Ah buen Rodrigo! *Rod.* ¡Buen hombre!
 ¿què Angel (llega, tente, toca)
 habla por tu enferma boca?
 ¿cómo me sabes el nombre?

Gaf. Oite nombrar viniendo
 agora por el camino.

Rod. Algun misterio imagino
 en lo que te estoy oyendo.
 ¿Qué desdicha en tal lugar
 te puso? *Gaf.* Dicha seria:
 por el camino venia,
 desvième à descansar,
 y como casi mortal
 torcí el paso, errè el sendero,
 por aquel derrumbadero
 caí en aquel tremedal,
 donde ha dos dias cabales
 que no como. *Rod.* ¡Que estrañezal
 sabe Dios con que ternera
 contemplo aflicciones tales.
 ¿A mí què me debe Dios
 mas que à tí? y porque es servido,
 lo que es suyo ha repartido
 desigualmente en los dos.
 Pues no tengo mas virtud,
 tan de hueso y carne soy;
 y gracias al Cielo, estoy
 con hacienda y con salud.
 Con igualdad nos podia
 tratar: y asi es justo darte
 de lo que quitò en tu parte,
 para añadir en la mia.

Cubrele con un gavan.

Esas carnes laceradas
 cubrid con ese gavan.

¿Las acemilas vendrán
 tan presto? *Past.* Vienen pesadas.

Rod. Pues de eso podeis traer
 que à los arzones venia.

Past. Gana de comer tenia,

mas ya no podrè comer,
porque esa lepra de modo
me ha el estomago revuelto.

1. Yo tambien estoy resuelto
de no comer. 2. Y yo y todo.
Un plato viene no mas,
que por desdicha aqui està.

Rod. Ese solo bastarà.

2. Tù, señor, comer podràs
en el suelo. Rod. No, que à Dios
no le quiero ser ingrato.
Llegad, comed, que en un plato
hemos de comer los dos.

Sientanse los dos, y comen.

1. Asco tengo. 2. Vomitar
querria. Past. Vello podeis.

Rod. Ya entiendo el mal que teneis:
allà os podeis apartar.

Solos aqui nos dexad,
si es que el asco os alborota.

Past. El dexaros con la bota
me pesa mucho en verdad.

Vanse el Pastor y Soldados.

Gaf. Dios os lo pague. Rod. Comed.

Gaf. Bastantemente he comido,
gloria à Dios. Rod. Bien poco ha sido,
bebed hermano, bebed.

Descansa. Gaf. El divino dueño
de todo siempre pagó.

Rod. Dormid un poco, que yo
quiero guardaros el sueño.
Aqui estaré à vuestro lado;
pero yo me duermo; ¿hay tal?
No parece natural
este sueño que me ha dado,
à Dios me encomiendo, y sigo
en todo su voluntad. *Duermese.*

Gaf. ¡O gran valor! ¡gran bondad!
¡ò gran Cid! ¡ò gran Rodrigo!
ò gran Capitan Christiano,
dicha es tuya, y suerte es mia,
pues todo el Cielo te embia
la bendicion por mi mano;
y el mismo Espiritu Santo
este aliento por mi boca.

*El Gafó alientale por las espaldas, y desaparece;
y el Cid váyase desfertando à espacio,
porque tenga tiempo de vestirse el Gafó
de San Lazaro.*

Rod. ¿Quién me enciende? ¿quién me toca?

¡Jesus! Cielo, Cielo santo!

¿Qué es del pobre? ¿qué se ha hecho?

¿qué fuego lento me abrasa,
que como rayo me pasa
de las espaldas al pecho?

Quièn seria? El pensamiento
lo adivina, y Dios lo sabe.

¡Què olor tan dulce y suave
dexò su divino aliento!

Aqui se dexó el gavan:

seguirèle sus pisadas;

¡valgame Dios! señaladas
hasta en las peñas están.

Seguir quiero sin recelo
sus pasos::

*Sale arriba con una tunicela blanca el Gafó,
que es San Lazaro.*

Gaf. Vuelve, Rodrigo.

Rod. Que yo sé, que si los sigo,
me llevarán hasta el Cielo.

Agora siento que pasà
con mas fuerza y mas vigor
aquel bao, aquel calor
que me consuela y me abrasa.

Gaf. San Lazaro soy, Rodrigo,
yo fui el pobre à quien honraste;

y tanto à Dios agradaste
con lo que hiciste conmigo,
que seràs un imposible

en nuestros siglos famoso,
un Capitan milagroso,
un vencedor invencible;

y tanto, que solo à ti
los humanos te han de ver
despues de muerto vencer,

y en prueba de que es asi,
en sintiendo aquel vapor,
aquel soberano aliento,

que por la espalda violento
te pasa al pecho el calor,
emprende qualquier hazaña,

solicita qualquier gloria,
pues te ofrece la vitoria
el santo Patron de España.

Y vè, pues tan cerca estás,
que tu Rey te ha menester. *Desparecese.*

Rod. Alas quisiera tener,
y seguirte donde vas.

Mas pues el Cielo volando
entre sus nubes te encierra
lo que pisaste en la tierra,
irè siguiendo y besando.

Vase.

Salen el Rey Don Fernando, Diego Lainex,
Arias Gonzalo y Peranzules.

Rey. Tanto de vosotros fio,
parientes: Arias. Honrarnos quieros.

Rey. Que à vuestros tres pareceres
quiero remitir el mio.
Y asi dudoso y perplexo
la respuesta he dilatado
porque de un largo cuidado
nace un maduro consejo.

Proponeme el de Aragon,
que es un grande inconveniente
el juntarse tanta gente
por tan leve pretension;
y cosa por inhumana

que nuestras hazañas borra,

el comprar à Calahorra

con tanta sangre christiana.

Y que asi de esta jornada

la justicia y el derecho

se remita à solo un pecho,

una lanza y una espada.

Que pelearà por èl

contra el que fuere por mi,

para que se acabe asi

guerra, aunque justa, cruel,

y sea del vencedor

Calahorra; y todo en fin

lo remite à Don Martin

Gonzalez, su Embajador.

D. L. No hay negar, que es christiandad

bien fundada y bien medida

escusar con una vida

tantas muertes. Per. Es verdad,

mas tiene el Aragonès

al que ves su Embajador

por manos de su valor,

y por basa de sus pies.

Es Don Martin un gigante

en fuerza y en proporeion,

un Rodamonte, un Milon,

un Alcides, un Atlante.

Y asi apoya sus cuidados

en èl solo, haviendo sido

quizà no estar preverido

de dineros y soldados;

Y asi haràs mal, si aventuràs;

remitiendo esta jornada

à una lanza y à una espada,

lo que en tantas te aseguras.

Y viendo en brazo tan fiero

el acerada cuchilla.

Arias. ¿Y no hay espada en Castilla
que sea tambien de acero?

Dieg. Lain. ¿Faltarà acà un Castellano,

si hay allà un Aragonès,

para basa de tus pies,

para valor de tu mano?

¿Ha de faltar un Atlante

que apoye tu pretension,

un arbol à ese Milon,

y un David à ese gigante?

Rey. Dias ha que en mi corona

miran mi respuesta en duda,

y no hay un hombre que acuda

à ofrecirme su persona.

Per. Temen el valor profundo

de este hombre, y no es maravilla

que atemorize à Castilla

un hombre, que asombra el mundo.

Dieg. Lain. ¡Ah Castilla, à qué has llegado!

Arias. Con espadas y consejos

no han de faltarte los viejos;

pues los mozos te han faltado,

yo saldré, y, Rey, no te espante

el fiar de mi este hecho,

que qualquier honrado pecho

tiene el corazon gigante.

Rey. Arias Gonzalo: Arias. Señor,

de mi te sirve y confia,

que aun no es mi sangre tan fria

que no hierva en mi valor.

Rey. Yo estimo esa voluntad

al peso de mi corona;

pero alzad, vuestra persona

no ha de aventurarse, alzad,

no digo por una villa,

mas por todo el interès

del mundo. Arias. ¿Señor, no vés

que pierde opinion Castilla?

Rey. No pierde, que à cargo mio,

que le di tanta opinion,

queda su heroico blason,

que de mis gentes confio.

Y ganará el interés
no solo de Calahorra,
mas pienso hacello que corra
todo el Reyno Aragonès.
Haced, que entre Don Martin.

Vase un criado, y entra otro.

Criado. Rodrigo viene. *Rey.* A buena hora.
Entre. D. L. ¡Hai Cielos! *R.* En todo agora
espero dichoso fin.

Salen por una puerta Don Martin Gonzalez,
y por otra Rodrigo.

D. M. Rey poderoso en Castilla::

Rod. Rey en todo el mundo el Magno::

D. M. Guardete el Cielo. *Rod.* Tu mano
honre al que à tus pies se humilla.

Rey. Cubrios, Don Martin: mio Cid,
levantaos: Embaxador,
sentaos. *D. M.* Asi estoy mejor.

Rey. Asi os escucho, decid.

D. M. Solo suplicarte quiero::

Rod. Notable arrogancia es esta. *Ap.*

D. M. Que me des una respuesta,
que ha dos meses que la espero.
¿Tienes algun Castellano,
à quien tu justicia des,
que espere un Aragonès
cuerpo à cuerpo, y mano à mano?
Pronuncie una espada el fallo
de una vitoria: la ley:
gane Calahorra el Rey
que tenga mejor vasallo.
Dexe Aragon y Castilla
de verter sangre Española,
pues basta una gota sola
para el precio de una villa.

Rey. En Castilla hay tantos buenos,
que puedo en su confianza
mi justicia y mi esperanza
fiarle al que vale menos.
Y à qualquier señalaria
de todos, si no pensase
que si à uno señalase,
los demas ofenderia.
Y asi, para no escoger,
ofendiendo tanta gente,
mi justicia solamente
fiaré de mi poder.
Arbolaré mis vanderas
con divisas diferentes,

cubriré el Cielo de gentes
naturales y estrangeras.
Marcharán mis Capitanes
con ellas, verà Aragon
la fuerza de mi razon
escrita en mis tafetanes.
Esto haré, y lo que le toca
harà tu Rey contra mi.

D. M. Esa respuesta le di,
antes de oilla en tu boca.
Porque teniendo esta mano
por suya el Aragonès,
no era justo que à mis pies
se atreviera un Castellano.

Rod. ¡Rebiento! Con tu licencia
quiero responder, señor,
que ya es falta del valor
sobrar tanto la paciencia.
Don Martin, los Castellanos
con los pies, à vencer hechos,
suelen romper muchos pechos,
atropellar muchas manos,
y sujetar muchos cuellos;
y por mi su Magestad
te hará ver esta verdad
à favor de todos ellos.

D. M. El que està en aquella silla,
tiene prudencia y valor:
no querrà:: *Rod.* Vuelve, señor,
por la opinion de Castilla.
Esto el mundo ha de saber,
eso el Cielo ha de mirar:
sabes que se pelear,
y sabes que se vencer.
¿Pues cómo, Rey, es razon
que por no perder Castilla
el interés de una villa,
pierda un mundo de opinion?
¿Què diràn, Rey soberano,
el Aleman y el Francès,
que contra un Aragonès
no han tenido un Castellano?
Si es que dudas en el fin
de esta empresa, à que me obligo;
salga al campo Don Rodrigo,
aunque venza Don Martin.
Pues es tan cierto y sabido,
quanto peor viene à ser
el no salir à vencer,

que saliendo , el ser vencido.

Rey. Levanta , pues me levantas
el ànimo : en ti confio

Rodrigo : el imperio mio
es tuyo. *Rod.* Beso tus plantas.

Rey. Buen Cid : *Rod.* El Cielo te guarde.

Rey. Sal en mi nombre à esta lid.

D. M. ¿Tù eres à quien llama Cid
algun Morillo cobarde?

Rod. Delante mi Rey estoy ;
mas yo te darè en campaña
la respuesta. *D. M.* ¿Quièn te engaña?

¿Tù eres Rodrigo? *Rod.* Yo soy.

D. M. ¿Tù à campaña? *Rod.* ¿No soy hombre?

D. M. ¿Conmigo? *Rod.* Arrogante estàs,
sì , y alli conoceràs
mis obras , como mi nombre.

D. M. ¿Pues tù te atreves , Rodrigo,
no tan solo à no temblar
de mì , pero à pelear,
y quando menos conmigo?

¿Piensas mostrar tus poderes
no contra arneses y escudos,
si no entre pechos desnudos,
con hombres medio mugeres?

¿Con los Moros , en quien son
los alfanges de oropel,
las adargas de papel,
y los brazos de algodòn?

¿No adviertes que quedaràs
sin el alma que te ànima,
si dexo caerte encima
una manopla no mas?

Vè alla , y vence à tus Morillos,
y huye aquí de mis rigores.

Rod. Nunca perros ladradores
tienen valientes colmillos;
y asi , sin tanto ladrar,
solo quiero responder,
que animoso por vencer
saldrè al campo à pelear.

Y fundado en la razon
que tiene su Magestad,
pondrè yo la voluntad,
y el Cielo la permission.

D. M. Ea , pues quieres morir,
con matarte , pues es justo,
à dos cosas de mi gusto
con una quiero acudir.

¿Ai que diere la cabeza
de Rodrigo , la hermosura
de Ximena no asegura
en un pregon vuestra Alteza?

Rey. Si aseguro. *D. M.* Y yo soy quien
me ofrezco dicha tan buena,
por que por Dios que Ximena
me ha parecido muy bien.
Su cabeza , por los Cielos,
y à mi en sus manos veràs.

Rod. Agora me ofende mas,
por que me abrasa con zelos.

D. M. Es pues , Rey , la conclusion
en breve , por no cansarte,
que donde el termino parte
Castilla con Aragon
serà el campo , y señalados
Jiieces , los dos saldremos,
y por seguro traerèmos
cada quinientos soldados.

Asi quede. *Rey.* Quede asi.

Rod. Y alli veràs en tu mengua
quan diferente es la lengua
que la espada. *D. M.* Vè , que alli
darè yo (aunque te socorra
de tu arnes la mejor pieza)
à Ximena tu cabeza,
y à mi Rey à Calahorra.

Rod. Al momento determino
partir con tu bendicion.

D. M. Como si fuera un halcon
volare por el camino.

Rey. Vè à vencer. *D. L.* Dios soberano
te dè la vitoria y palma,
como te doy con el alma
la bendicion de la mano.

Arias. Gran Castellano tenemos
en ti. *D. M.* Yo voy. *Rod.* Yo te sigo.

D. M. Allà me veràs , Rodrigo.

Rod. Martin allà nos veremos. *Vanse.*

Salen Ximena y Elvira.

Ximena. Elvira , ya no hay consuelo
para mi pecho afligido.

Elv. ¿Pues tu misma lo has querido,
de quien te queexas? *Xim.* ¡Hai Cielos!

Elv. ¿Para cumplir con tu honor
por el decir de la gente,
no bastaba cueradamente
perseguir el matador

de tu padre y de tu gusto,
y no obligar con pregones
à tan fuertes ocasiones
de su muerte y tu disgusto?

Xim. ¿Qué pude hacer? ¡hai cuitada!
vime amante y ofendida,
delante del Rey corrida,
y de corrida turbada.
Y ofreciòme un pensamiento
para excusa de mi mengua:
dixe aquello con la lengua,
y con el alma lo siento;
y mas con esta esperanza
que este Aragonès previene.

Elv. Don Martin Gonzalez tiene
ya en sus manos tu venganza,
y en el alma tu belleza
con tan grande extremo arraiga,
que no dudes que te traiga
de Rodrigo la cabeza:
que es hombre que tiene en poco
todo un mundo, y no te asombres,
que es espanto de los hombres
y de los niños el coco.

Xim. Y es la muerte para mi:
no me le nombres, Elvira;
à mis desventuras mira:
en triste punto naci.
Consuelame. ¿No podria
vencer Rodrigo? ¿valor
no tiene? Mas es mayor
mi desdicha, porque es mia.
Y esta; ¡hai Cielos soberanos!

Elv. Tan afligida no estès.

Xim. Serà grillos de sus pies,
serà esposas de sus manos,
ella le atará en la lid,
donde le venza el contrario.

Elv. Si por fuerte y temerario
el mundo le llama el Cid,
quizà vencerà su dicha
à la desdicha mayor.

Xim. Gran prueba de su valor
serà el vencer mi desdicha.

Sale un Page.

Page. Esta carta te han trahido,
dicen que es de Don Martin
Gonzalez. *Xim.* Mi amargo fin
podrè yo decir que ha sido.

Vete: Elvira, llega, llega. *Vase el Page.*

Elv. La carta puedes leer.

Xim. Bien dices, si puedo ver,
que de turbada estoy ciega.

Lee la Carta.

El luto dexa, Ximena,
ponte vestidos de bodas;
si es que mi gloria acomodas
donde quitarè tu pena.
De Rodrigo la cabeza
te promete mi valor,
por ser esclavo y señor
de tu gusto y tu belleza.
Agora parto à vencer
vengando al Conde Lozano:
espera alegre una mano
que tan dichosa ha de ser.

Don Martin. ¡Hai Dios! ¿que siento?

Elv. ¿Dònde vàs? hablar no puedes.

Xim. A lastimar las paredes
de mi cerrado aposento,
à gemir, à suspirar.

Elv. ¡Jesus! *Xim.* Voy ciega, estoy muerta;
vèn, enseñame la puerta
por donde tengo de entrar.

Elv. ¿Dònde vàs? *Xim.* Sigo, y adoro
las sombras de mi enemigo;
soy desdichada; ¡hai Rodrigol
yo te mato, y yo te lloro.

Vanse.

*Salen el Rey Don Fernando, Arias Gonzalo,
Diego Lainex y Peranzules.*

Rey. De Don Sancho la braveza,
que, como sabeis, es tanta,
que casi, casi se atreve
al respeto de mis canas:
viendo que por puntos crecen
el desamor, la arrogancia,
el desprecio, la aspereza,
con que à sus hermanos trata:
como en fin padre, entre todos
me ha obligado à que reparta
mis Reynos y mis estados,
dando à pedazos el alma.
¿De està piedad què os parece,
decid, Diego? *D. L.* Que es estraña,
y à toda razon de estado
hace grande repugnancia.
Si bien lo adviertes, señor,
mal prevalece una casa,

cuyas fuerzas repartidas
es tan cierto el quedar flacas.
Y el Principe , mi señor,
si en lo que dices , le agravias,
pues le diò el Cielo braveza,
tendrâ razon de mostralla.

Per. Señor , Alonso y Garcia,
pues es una mesma estampa,
pues de una materia mesma
los formò quien los ampara.
¿Si su hermano los persigue,
si su hermano los maltrata,
què serâ , quando suceda
que à ser escuderos vayan
de otros Reyes à otros Reynos,
quedarâ Castilla honrada?

Arias. Señor , tambien son tus hijas
Doña Elvira y Doña Urraca,
y no prometen buen fin
mugeres desheredadas.

Dieg. Lain. ¿Y si el Principe Don Sancho,
cuyas bravezas espantan,
cuyos prodigios admiran,
advirtiese que le agravias?
¿què señala ? ¿què promete?
sino incendios en España.
Asi , que si bien lo miras,
la misma , la misma causa,
que à lo que dices te incita,
te obliga a que no lo hagas.

Arias. ¿Y es bien que su Magestad,
por temer esas desgracias,
pierda sus hijos , que son
pedazos de sus entrañas?

D. L. Siempre el provecho comun
de la Religion Christiana
importò mas que los hijos,
demas que serâ sin falta,
si mezclando disensiones
unos à otros se matan,
que los perderâ tambien.

Per. Entre dilaciones largas
eso es dudoso , esto cierto:

Rey. Podrà ser , si el brio amaynâ
Don Sancho con la igualdad,
que se humane. *D. L.* No se humana
su indomable corazon
ni aun à las estrellas altas.
Pero llamale , señor,

y tu intencion le declara;
y asi verâs si en la suya
tiene paso tu esperanza.

Rey. Bien dices. *D. L.* Ya viene allí:

Sale el Principe.

Pienso que mi sangre os llamas
llegad , hijo , sentaos , hijo.

D. S. Dame la mano. *Rey.* Tomalda:

Como el peso de los años
sobre la ligera carga
del cetro y de la corona
mas presto à los Reyes cansa;
para que se eche de ver
lo que vâ en la edad cansada
de los trabajos del cuerpo
à los cuidados del alma,
siendo la veloz carrera
de la fragil vida humana
un hoy en lo poseido,
y en lo esperado un mañana;
yo , hijo , que de mi vida
en la segunda jornada
triste el dia , y puesto el sol
con la noche me amenaza;
quiero , hijo , por salir
de un cuidado , cuyas ansias
à mi muerte precipitan,
quando mi vida se acaba,
que oyais de mi testamento
bien repartidas las mandas,
por saber si vuestro gusto
asegura mi esperanza.

D. S. ¿Testamento hacen los Reyes?

Rey. ¿Què con tiempo se declara?

No , hijo , de lo que heredan,
mas pueden de lo que ganan,
Vos heredais con Castilla,
la Estremadura y Navarra,
quanto hay de Pisuerga à Ebro.

D. S. Eso me sobra. *Rey.* En la cara
se le ha visto el sentimiento.

D. S. Fuego tengo en las entrañas.

Rey. De Don Alonso es Leon
y Asturias , con quanto abraza
tierra de Campos , y dexo
à Galicia y à Vizcaya
à Don Garcia ; à mis hijas
Doña Elvira y Doña Urraca ;
doy à Toro y à Zamora,

Ap.

Ap.

Ap.

y que igualmente se partan
el Infantado; y con esto,
si la del Cielo os alcanza,
con la bendición que os doy,
no podrán fuerzas humanas
en vuestras fuerzas unidas
atropellar vuestras armas:
que son muchas fuerzas juntas
como un manojo de varas,
que à rompellas no se atreve
mano que no las abarca;
mas de por sí cada una
qualquiera las despedaza.

D. S. ¿Si en ese exemplo te fundas,
señor, es cosa acertada
el dexallas divididas
tù que pudieras juntallas?
¿Por qué no juntas en mí
todas las fuerzas de España?
¿En quitarme lo que es mio
no ves, padre, que me agravia?

Rey. Don Sancho, Principe, hijo,
mira mejor que te engañas.
Yo solo heredè à Castilla:
de tu madre Doña Sancha
fue Leon; y lo demás
de mi mano y de mi espada.
¿Lo que yo ganè, no puedo
repartir con manos francas
entre mis hijos, en quien
tengo repartida el alma?

D. S. ¿Y à no ser Rey de Castilla
con qué gentes conquistaras
lo que repartes agora?
¿con qué haveres? ¿con qué armas?
¿Luego si Castilla es mia
por derecho, cosa es clara
que al caudal, y no à la mano
se atribuye la ganancia?
Tù, señor, mil años vivas;
pero si mueres, mi espada
juntará lo que me quitas,
y hará una fuerza de tantas.

Rey. Inobediente rapáz,
tu sobervia y tu arrogancia
castigarè en un castillo.

Per. ¡Notable altivèz! *Arias.* ¡Estraña!

D. S. Mientras vives, todo es tuyo,

Rey. Mis maldiciones te caigan,

si mis mandas no obedeces.

D. S. No siendo justas, no alcanzan.

Rey. Estoy: *D. L.* Mire vuestra Alteza
lo que dice, que mas calla
quien mas siente. *D. S.* Callo agora.

Dieg. Lain. En esta esperiencia clara
veràs mi razon, señor.

Rey. El corazon se me abrasa.

Dieg. Lain. ¿Qué novedades son estas?
¿Ximena con oro y galas?

Rey. ¿Còmo sin luto Ximena?
¿qué ha sucedido? ¿qué pasa?

Sale Ximena vestida de gala.

Xim. Muerto traigo el corazon.

¿Cielo, si podrè fingir?

Acabè de recibir

esta carta de Aragon;

y como me dà esperanza

de que tendrè buena suerte,

el luto que di à la muerte

me le quito à la venganza.

Dieg. Lain. ¿Luego Rodrigo es vencido?

Xim. Y muerto lo espero ya.

D. L. ¡Hai hijo! *Rey.* Presto vendrà
certeza de lo que ha sido.

Xim. Esa he querido saber,
y aqueste achaque he tomado.

Rey. Sosegaos. *D. L.* Soy desdichado:
cruel ères. *Xim.* Soy muger.

Dieg. Lain. Agora estaràs contenta,
si es que muriò mi Rodrigo.

Xim. Si yo la venganza sigo,
corre el alma la tormenta.

Sale un Criado.

Rey. ¿Qué nuevas hay? *Cr.* Que ha llegado
de Aragon un caballero.

D. L. ¿Venciò Don Martin? ¡Yo muero!

Cr. Debiò de ser. *D. L.* ¡Hai cuitado!

Cr. Que èste trahe la cabeza
de Rodrigo, y quiere dalla
à Ximena. *Xim.* De tomalla
me acabara la tristeza.

D. S. No quedarà en Aragon
una almena, vive el Cielo.

Xim. ¡Hai Rodrigo! este consuelo
me queda en esta afliccion.

Rey Fernando, caballeros,

oid mi desdicha inmensa,

pues no me queda en el alma

Ap.

Ap.

Ap.

Ap.

Ap.

mas sufrimiento y mas fuerza.
 A voces quiero decillo,
 que quiero que el mundo entienda
 quanto me cuesta el ser noble,
 y quanto el honor me cuesta.
 De Rodrigo de Bivar
 adorè siempre las prendas,
 y por cumplir con las leyes,
 que nunca el mundo tuviera,
 procurè la muerte suya
 tan à costa de mis penas,
 que agora la misma espada
 que ha cortado su cabeza,
 cortò el hilo de mi vida.

Sale Doña Urr. Como he sabido tu pena,
 he venido, y como mia *Ap.*
 hartas lagrimas me cuesta.

Xim. Mas pues soy tan desdichada,
 tu Magestad no consienta
 que ese Don Martin Gonzalez
 esa mano injusta y fiera
 quiera darmela de esposo,
 contentese con mi hacienda,
 que mi persona, señor,
 si no es que el Cielo la lleva,
 llevarèla à un Monasterio.

Rey. Consolaos, alzad, Ximena.
Sale Rodrigo.

D. L. ¡Hijo Rodrigo! *Xim.* ¡Hai de mil
 ¿si son soñadas quimeras?

D. S. ¿Rodrigo? *Rod.* Tu Magestad
 me dè los pies, y tu Alteza.

Urr. Vivo le quiero, aunque ingrato.

Rey. ¿De tan mentirosas nuevas
 dònde està quien fue el autor?

Rod. Antes fueron verdaderas:
 que si bien lo adviertes, yo
 no mandè decir en ellas

sino solo que venia
 à presentalle à Ximena
 la cabeza de Rodrigo
 en tu estrado, en tu persencia,
 de Aragon un caballero;
 y esto es, señor, cosa cierta,
 pues yo vengo de Aragon,
 y no vengo sin cabeza,
 y la de Martin Gonzalez
 està en mi lanza alli fueras:
 y esta le presento agora
 en sus manos à Ximena.
 Y pues ella en sus pregones
 no dixo viva, ni muerta,
 ni cortada; pues le doy
 de Rodrigo la cabeza,
 ya me debe el ser mi esposa;
 mas si su rigor me niega
 este premio, con mi espada
 puede cortalla ella mesma.

Rey. Rodrigo tiene razon,
 yo pronuncio la sentencia
 en su favor. *Xim.* ¡Hai de mil
 impideme la verguenza.

D. S. Ximena, haceldo por mí.
Arias. Esas dudas no os detengan:

Per. Muy bien os està, sobrina.

Xim. Harè lo que el Cielo ordena.

Rod. ¡Dicha grande! Soy tu esposo.

Xim. Y yo tuya. *D. L.* ¡Suerte inmensal!

Urr. Ya del corazon te arrojo,
 ingrato. *Rey.* Esta noche mesma
 vamos, y os desposará
 el Obispo de Placencia.

D. S. Y yo he de ser el padrino.

Rod. Y acaben de esta manera
 las mocedades del Cid,
 y las bodas de Ximena.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta, y Libreria de An-
 drés de Sotos, calle de Bordadores, frente de la Iglesia
 de San Ginés, donde se hallará,

COMEDIA FAMOSA:
 LAS MOCEDADES
 DEL CID.
 SEGUNDA PARTE,
 POR DON GUILLEM DE CASTRO.

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

El Rey Don Sancho.

Un Capitan suyo.

Rodrigo de Bivar, el Cid.

D. Diego Ordoñez de Lara.

Arias Gonzalo.

D. Gonzalo.

D. Diego.

D. Rodrigo.

D. Pedro.

*D. Arias, hijos todos cin-
co de Arias Gonzalo.*

El Rey Don Alonso.

Peranzules.

Doña Urraca.

Bellido de Olfos.

*Alimaymon, Rey de To-
ledo.*

Zayda Mora.

Soldados Christianos.

Soldados Moros.

Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

*Dicen dentro à voces, y salen el Rey Don
Sancho y un Capitan suyo.*

*Dentro. Santiago, [Santiago,
cierra España, cierra España.*

*D. S. Acometa mi esquadron;
¿ah vasallos, què os espanta?*

Cap. ¿A dònde vàs, Rey Don Sancho?

D. S. A morir. Cap. Espera, aguarda.

*Todo tocando al arma, y vanse el Rey y un
Capitan, y salen Rodrigo de Bivar
y Don Diego Ordoñez.*

*Rodrigo. Tarde llegamos, Don Diego;
Don Diego Ordoñez de Lara,
tan cruel como dudosa*

comenzòse la batalla.

*De nube le sirve al sol
el polvo que se levanta;
todo es ya confusas voces,
y todo atrevidas armas.*

*Santiago dicen todos,
y todos España, España:
todo es valor Español,
y todo sangre Christiana:*

*todo es sangre, todo es fuego;
aqui mueren, y alli matan;
el peso oprime à la tierra,
y al Cielo ofende la causa.*

D. Dieg. Acometamos. Rod. Espera.

A

D. Dieg.

D. Dieg. Muero por sacar la espada.

Rod. Reconozcamos primero,
y por la parte mas flaca
acometa nuestra gente;
mas de la hueste contraria
de gente un tropel confuso
se sale de la batalla.

¡Valgame Dios! preso llevan;
al Rey Don Sancho es sin falta.

*Sale el Rey Don Sancho entre muchos soldados,
como que le llevan preso, guardándole
el decoro de Rey.*

Sol. 1. Son sucesos de la guerra.

D. S. No es sino mengua de España.

D. Dieg. El es, ¿qué esperas, Rodrigo?

Rod. ¿Qué he de esperar? muere, ò mata.
Rey Don Sancho, aqui està el Cid.

D. Dieg. Y Diego Ordoñez de Lara.

Sol. 2. ¿El Cid es? *3.* ¿El Cid? huyamos.

Sol. 4. El nombre solo bastaba.

*Huyen los soldados dexando libre al Rey
Don Sancho.*

D. S. ¡Ah Don Rodrigo! ¡ah Don Diego!
aun es mayor mi desgracia:
mi gente vá de vencida.

Rod. Pues vuelve à vencer. ¿Qué aguardas?

D. Dieg. ¿No te basta, no te sobra
qualquier de estas dos espadas
para cobrar lo perdido?

D. S. Santiago, cierra España.

*Entranse, y tocan dentro al arma, y hacen
ruido de pelea, y salen el Rey Don Alonso
y un Capitan suyo.*

R. A. ¿Ah vasallos, ah Leoneses,
agora el animo os falta?

Cap. ¿Dònde vás, Rey Don Alonso?

R. A. A morir. *Cap.* Espera, aguarda.

R. A. ¿El Cid no es un hombre solo?
¿Mas su nombre os acobarda,
que mi desdicha os obliga?
Santiago, cierra España.

*Entranse, y tocan otra vez al arma, y dicen
dentro con Don Diego y el Cid, que
salen acuchillando sus contrarios.*

D. Dieg. Victoria España, vitoria
por Don Sancho. *Rod.* Bravas alas
tiene el miedo. *Sol. 1.* Y brava fuerza
el acero de tu espada.

Salen el Rey Don Alonso y Peranzules, que

*será el Capitan, que salió con él, retirándose
del Rey Don Sancho y los suyos.*

D. S. Prended, matad à mi hermano,
no se escape, no se vaya.

R. A. Don Rodrigo de Bivar,
Don Diego Ordoñez de Lara,
Don Fernando vuestro Rey
fue mi padre. *Rod.* Nuestras armas
no te ofenderàn, señor.

D. Dieg. Ponte en còbro, Dios te valga.

Per. Alli te espera un caballo.

R. A. ¡Ah vit fortuna voltaria!

*Vanse el Rey Don Alonso y Peranzules, y
sale el Rey Don Sancho con muchos
soldados de los suyos.*

D. S. ¿Por dònde fue? ¿qué se ha hecho?
Corred tràs él, que se escapa.

Rod. Si al enemigo que huye
le hacen puente de plata,
¿por qué à un hermano persigues?
Deteneos, gente arrojada:
tu Magestad se reporte,
porque no es malicia tanta
digna de un Christiano pecho.

D. S. ¡El corazon se me abrasa!
No me enojas, Don Rodrigo,
que como rêmora paras
mi furia. *Rod.* Señor, perdona;
no has de pasar de esta raya.
¿Tu misma sangre persigues?
¿tu misma sangre derramas?

Vuelve, y piadoso contempla
tu viejo padre en la cama,
de sus hijos rodeado,
y rindiendo al Cielo el alma;
y entrar entonces diciendo
la afligida Doña Urraca,
tendido al pecho el cabello,
bañada en llanto la cara:
¿Morir os quereis, mi padre?
San Miguel os haya el alma,
à San Miguel y Santiago
la tengais encomendada.

A Don Sancho dais Castilla,
la Estremadura y Navarra:
à Don Alonso à Leon,
y à Don Garcia à Vizcaya:
¿y à mi, porque soy muger,
me dexais desheredada,

siendo, padre, vuestra hija,
 siendo de Castilla Infanta,
 havrè de ir de tierra en tierra
 como una muger errada?
 Allí respondiera el Rey
 con ternisimas entrañas,
 dando aljofar de los ojos
 à la plata de las canas:
 callede, hija, callede,
 no digais tales palabras,
 que la muger que las dice
 merecia ser quemada:
 que allà en Castilla la vieja
 un rincon se me olvidaba,
 Zamora tiene por nombre,
 Zamora la bien cercada:
 quien os la quitare, hija,
 la mi maldicion le caiga,
 y al que de mi testamento
 no obedeciere las mandas.
 Todos dicen amen, amen;
 pero tù, Don Sancho, callas.
 Y apenas murió el buen Rey,
 quando la mano levantas,
 (sin mirar que desde el Cielo
 con la suya te amenaza)
 y à tu hermano Don Garcia
 desheredas y maltratas
 en el castillo de Luna,
 donde prisiones arrastra.
 Y agora de esta vitoria
 disminuyes la alabanza,
 persiguiendo à Don Alonso.
 Basta, Rey Don Sancho, basta
 que à tus hermanos les quites
 los Reynos, y la esperanza
 de cobrallos: de sus cuellos
 el rigido azero aparta.
 Acuerdate de que rompes

à tu padre la palabra,
 y teme el ser desdichado,
 si su maldicion te alcanza:
 que no con callar cumpliste,
 pues es cosa averiguada,
 que tacitamente otorga
 quien à lo propuesto calla.

D. S. Mucho me aprietas, Rodrigo,
 mas me ofenden tus palabras
 que tu opinion me acredita,
 y me asegura tu espada.
 Si à mis hermanos persigo,
 bastante ha sido la causa:
 mis enemigos son todos,
 beberè su sangre ingrata,
 y no han de tener mas tierra,
 que quando encima les caiga,
 solamente siete pies.

A mi hermana Doña Urraca
 he de quitalle à Zamora,
 y no tardarè en cercalla:
 mas de quauto marche agora
 mi gente, y à esta jornada
 has de acompañarme, Cid.

Rod. Con mi lealtad ordinaria
 à defender tu persona
 siguiendo irè tus pisadas;
 pero vame juramento,
 y no saldrà de mi vaina
 mi espada contra Zamora.

D. S. No imagino que harà falta.

Rod. Bien poco havrà que la hizo.

D. S. Ya me enojo, si no callas:
 toca, toca à recoger,
 y al momento marcha, marcha
 contra Zamora: à Zamora
 vamos, pase la palabra.

Rod. O Rey mal aconsejado!
 ¡oh infelice Doña Urraca!

Vanse, y salen la Infanta Doña Urraca y Arias Gonzalo.

Urraca. Arias Gonzalo, si al consuelo mio
 no acude tu valor y tu consejo,
 fuerte es la pena, mugeril el brio.

Arias. Con el alma te sirvo y te aconsejo:
 suspende el llanto, y sirva tu querella,
 pues es tan clara, à tu razon de espejo.

Urraca. Mi desventura todo lo atropella;
 y asi parece que en la suerte mia
 son rayos los efectos de mi estrella.

Las mocedades del Cid.

Si es que Don Sancho , (cuya mano impia
Doña Elvira dexò desheredada,
y preso tiene en Luna à Don Garcia)
en el trance feroz de esta jornada
venciese à Don Alonso , justamente
podrè temer los filos de su espada.

Y asi mi corazon eternamente
triste y sobresaltado , al mismo peso
la nueva espera , y la desdicha siente.

Arias. ¿Hijos ? No puedo responderte à eso
sin estas lenguas , que seràn , señora,
fieles anuncios de tu buen suceso.

*Salen Don Gonzalo , Don Diego , Don Rodrigo , Don Pedro,
y Don Arias , todos hijos de Arias Gonzalo.*

Defenderànte el muro de Zamora
estos cinco renuevos arrancados
de este arbol verde , aunque marchito agora;
De apoyos serviran à mis cuidados,
que son tuyos , señora , si es que llevo
à servir de caudillo à tus soldados.

Don Gonzalo , llegad ; llegad , Don Diego ;
Don Rodrigo y Don Pedro , ya con brio
para ceñirse espada , haràlo luego
el menor que es Don Arias , ya le crio,
y tal , que en el discurso de la guerra,
del que muriere ocuparà el vacio.

D. Gónz. Suspende el llanto , y el temor destierra ;

D. Dieg. Que antes que ver tu tierra destruida,

D. Rod. Veràs temblar y estremecer la tierra.

D. Ped. Pondréme espada , y perderè la vida

en tu servicio. *D. Arias.* Y yo. *Arias.* Dale las manos ;

D. Arias. Animo tengo , aunque mi edad lo impida ;

Urr. Con tierno amor y pensamientos llanos
los brazos les darè. *Arias.* Besad sus huellas.

Urr. Vos sois mi padre y ellos mis hermanos.

D. Ped. Bellido de Olfos viene. *Urr.* ¡Hai luces bellas!
malas nuevas seràn. *Arias.* Si , no lo dudes,
pues èl tan presto se obligò à trahellas.

Sale Bellido de Olfos.

Bellido. Perdona , Infanta , aunque el semblante mudes,
si aplicando à mi voz atento oido,
los males sabes , y al remedio acudes.

Urr. ¿Venció Don Sancho ? *Bell.* Sobre ser vencido,
ya le llevaban preso entre la gente
del esquadron mas fuerte y mas lucido ;
quando Rodrigo de Bivar valiente,
ese à quien llaman Cid , ese enemigo,
que vence con el nombre solamente,
diò libertad al Rey. *Urr.* ¡O vil Rodrigo ;

ingrato eternamente à mi memoria!

¿Venció Don Sancho, di? *Bell.* Que venció, digo,
con el mayor aplauso y mayor gloria
que se ha visto jamás. *Urr.* ¡Qué oílo puedo!

Bell. Con sangre dexa escrita su vitoria.

Urr. ¿Y murió Don Alonso? *Bell.* Huyò à Toledo,
à lo que se sospecha. *Urr.* ¿Qué harè agora?

Bell. Con mas causas daràs al alma el miedo,
quando sepas que el muro de Zamora
viene ya amenazando. *Urr.* ¡Hai desdichada!

Arias. ¿Por qué pierdes el animo, señora?

¿no ves que està Zamora bien cercada?

¿de tu justicia en la divina mano

no ves lucir la no torcida espada?

Junta consejo, diles de tu hermano

el injusto rigor, el mal intento;

que yo aseguro que le salga vano.

Dentro. Viva Zamora. *Arias.* Ya à tus puertas siento

el pueblo junto, que la nueva sabe,

y con voces te anima: cobra aliento.

Terrible es la ocasion, la causa es grave;

pero atropellaranse inconvenientes,

pues todo el Cielo en tu justicia cabe.

Traiga tu hermano innumerables gentes,

llegue à Zamora, dele la batalla,

que le defenderàn brazos valientes.

Y en haviendo un portillo en la muralla;

mis hijos pondrè en èl despues del pecho:

veremos quien se atreve à derriballa.

Urr. Mucho me animas, el temor dèsecho.

Dentro. Viva la Infanta. *Arias.* Y la arrogancia altiva

de estas voces me dexa satisfecho.

Urr. Vamos, y la defensa se aperciba.

Arias. Ea, amigos, decid (la pena aplaca)

Muramos todos, Doña Urraca viva.

Todos. Muramos todos, viva Doña Urraca.

Salen el Rey Don Alonso de Leon, y Alimaymon Rey de Toledo.

Alim. Alonso, tuya es Toledo,

de mis poderes dispon

y de mi. *R. A.* Obligado quedo

con el alma, Alimaymon,

à servirte. *Alim.* Pierde el miedo.

R. A. Nunca le supe tener,

solo desdicha he tenido,

pues quando pensè vencer,

entonces quedè vencido.

Alim. Es la fortuna muger

en las mudanzas y el nombre:

R. A. Soy desdichado, y mi hermano,

para que el mundo se asombre,

es hombre; que con ser hombre

tiene su rueda en la mano.

Alim. Ayudale en popa el viento;

mas no siempre ha de durar,

que no dura lo violento.

¿Vienes cansado? *R. A.* No siento

sino en el alma el pesar:

y como en su centro estaba,

los del cuerpo divertia,

y así, Rey, mas me cansaba,

que el caballo que corria,

el discurso que volaba.

Alim. Con mas animo mejor
mostraràs el que has tenido;
que mas muestra su valor
en la desdicha el vencido,
que en el triunfo el vencedor.

R. A. Aunque me vès descontento,
que tengo no has de creer
sin valor el sentimiento.

Alim. Solo tû puedes tener
por vitoria el vencimiento;
pues causaron los despojos
de tu valor sin segundo
generales los enojos,
y es tu desdicha en el mundo
llorada con tantos ojos,
tanto, que en Toledo agora
si llora el niño en la cuna,
sus padres piensan que llora
tambien tu mala fortuna.

El mundo entero te adora.
*Sale un Moro, y habla al oido de
Alimaymon.*

De Zayda las luces bellas
quieren verte, porque dice,
que movida à tus querellas
lloran tu estrella infelice
sus ojos, que son estrellas.

R. A. ¿Zayda, la que es maravilla
del mundo? *Alim.* La rica hermosa,
hija del Rey de Sevilla,
apiadada de piadosa
viene à verte. *R. A.* Irè à servilla.

Alim. Agora en Consuegra està,
que es suya. *R. A.* Justo seria
recebilla. *Alim.* Viene ya;
que como es sobrina mía,
à Toledo viene y và.

*Sale Zayda Mora con todos los Moros que
pudieren acompañarla.*

Alim. ¿Zayda? *Zayd.* ¿Alonso, Alimaymon?

R. A. Ya mis penas glorias son.

Zayd. ¡Bello galan!

Ap.

R. A. ¡Bella dama!

Ap.

Poco debes à tu fama.

Zayd. Corta anduvo tu opinion.

R. A. Mil años te guarde el Cielo.

Alim. Voyme, Alonso, y quando estès
con mas falta de consuelo,

volverè. *R. A.* Beso tus pies.

Alim. Pierde el pesar. *R. A.* Perderèlo.
*Vase Alimaymon, y sientanse Zayda y Don
Alonso, con otros que los
acompañan.*

Zayd. Alonso, tanto volò
tu nombre siempre alabado
por el mundo, que llegò
mil veces donde tratado
hemos del tu fama y yo.
Inclinème à tu valor,
siendo casta mi esperanza,
y como siempre el amor,
que fue grande en la alabanza,
en la làstima es mayor;
apenas tuve creído
tu vencimiento en tu suerte,
quando, por verte, he venido,
templando el gusto de verte,
señor, el verte vencido.

Y no solo à verte vengo,
con ser èste el mayor bien
que para el alma prevengo;
sino à ofrecerte tambien
quanto valgo y quanto tengo.
Cuenca, Consuegra y Ocaña,
y otras mis villas tendràs,
cuya riqueza es estraña;
y ojala, por darte mas,
fuera mia toda España,
y quantas Provincias son
desde Levante à Ponientes;
pero con esta intencion
en mis joyas solamente
puedo ofrecerte un millon.
Empeña, ò vende mis villas,
sino basta mi tesoro,
y estima con mi decoro
estas entrañas sencillas
con mas quilates que el oro.

R. A. Señora, pues causa ha sido
el no haver vencido, al ser
de ti tan favorecido,
desdicha fuera el vencer,
como es dicha el ser vencido:
Y asi tres venturas son
las que el Cielo me asegura
tras la pasada ocasion;
pues me venció tu hermosura,

y luego tu obligacion.
 Con el honor que me ha dado
 tu boca, te certifico,
 que no sè si me has dexado
 mas obligado que rico,
 ò mas rico que obligado.
 No tiene el suelo Español
 la riqueza, en que me fundo,
 pues miro entre tu arrebol
 en ti, aunque pequeño, un mundo
 donde nunca falta el sol:
 para ver que no me engañas,
 quando de decirme trates,
 que engendran glorias estrañas
 oro de muchos quilates
 las venas de tus entrañas.
 Mas si ofende tu valor
 mi alabanza, vé culpando
 mi agradecido temor,
 aunque mis ojos callando
 te lo dixeran mejor.
 Mas si con ellos te obligo,
 quando tu alabanza sigo,
 de mi puedes admitir
 lo que te quiero decir,
 pero no lo que te digo.

*Suena ruido, y dicen dentro à voces lo que se sigue,
 y salen Arias Gonzalo, y sus hijos arriba
 en la muralla.*

Dentro. España, Santiago, tierra, cierra,
 arrima esas escalas, apercibe
 instrumentos y maquinas de guerra.
 Viva el Rey, viva el Rey. *Arias.* El Cielo vive,
 defensor de esta causa y de esta tierra:
 gigantes pare quien razon concibe.

Dent. Zamora. *Orror.* España. *Arias.* ¡Fuerte es la batalla!
 Hijos, corred volando la muralla.
 Allí arriman escalas, allí han hecho
 un portillo: acudid, mostrad el brio
 donde os parezca ser de mas provecho.

Vanse los hijos, y él prosigue diciendo:

Zamora insigne, à tu defensa envío
 à pedazos el alma, quando el pecho
 ocupa en tu muralla este vacío;
 y ojalà que, aunque à costa de mi pena,
 te diera un hijo para cada almena.

*Tocan al arma, y salen el Rey Don Sancho y D. Diego,
 y quantos soldados puedan.*

D. Sancho. Ea, valientes Godos no vencidos,

Y lo que pisando vàs
 por idolo he de tener:
 no puedo ofrecerte mas,
 pues ni aun à ti he de ofrecer
 las glorias que tù me dàs.

Zayd. Levanta, ¡notable exceso!

R. A. ¡Zayda bella! *Zayd.* Rey Christiano,
 de tu Magestad el peso
 hace que tiemble la mano.

R. A. Como Reyna te la beso.

Zayd. No señor, ¿què Rey la besa
 à Reyna, sin ser su esposa?

R. A. Atrevida fue la empresa.

Zayd. ¡Gran Alonso! *R. A.* ¡Zayda hermosa!
Sale Peranzules.

Per. El Rey te espera en la mesa.

Zayd. Hoy à mi lado sentado
 comeràs. *R. A.* ¡Dulce comida!

Zayd. ¿Què dices? *R. A.* Solo un bocado
 podrá el comelle à tu lado
 hacer eterna una vida;
 y mas si potable el oro
 de tus entrañas comiera.

Zayd. Yo te estimo. *R. A.* Yo te adoro.

Zayd. ¡Hai Cielo! Si fuera Morol

R. A. ¡Hai Dios! si Christiana fuera! *Vase.*

y vencedores siempre, nuevos Martes;
 pues que nos sobra gente, repartidos
 à Zamora asaltad por varias partes:
 que tanto se os defienda, de corridos
 à puñadas batid sus baluartes,
 à puntapies sus torres hacéd piezas,
 sus murallas romped con las cabezas.
 Por aqui miro su mayor flaqueza:
 llegad, llegad, venced, venced agora;

Arias. Está en mi defension su fortaleza.

D. S. Arias Gonzalo, rindeme à Zamora;
 contempla el oro en mi Real cabeza,
 y el acero en mi mano vencedora.

Si soy tu Rey, buen viejo: *Arias.* Cosa es llana:

D. S. No seas de este muro barba cana.

Arias. Tambien lo fue tu padre, en quien de estrellas
 contemplo circuida el alma santa,
 y heredero tambien de sus querellas,
 me encargò la tutela de la Infanta;
 leyes tuyas defiende, que atropellas
 con tanta fuerza y con injuria tanta,
 y los Reyes, que son Christianos Reyes;
 no rompen fueros, ni derogan leyes.

D. S. Eres traidor. *Arias.* No soy, y el mismo Cielo
 defiende mi justicia averiguada.

D. S. Escalas, ea, escalas, y de un vuelo
 sube, Don Diego. *D. Dieg.* El pomo de mi espada
 media Zamora te pondrà en el suelo:
 sangre de Lara soy. *D. S.* Esta jornada
 quiero vencer yo solo, poner quiero
 en Zamora mis armas yo el primero.

Mi fè me anima, y mi valor me abona;
 de esta manera la vitoria allano:
 à qué mano ha de atreverse à mi persona?

Arias. Nadie te ha de ofender, Rey soberano.

D. S. ¿Pues qué harás? *Arias.* Respetando tu corona,
 si subes solo, besarè tu mano;
 pero el que te acompañe, por mis brazos
 al suelo ha de volver hecho pedazos.

D. S. ¡Ah villano! ya estoy de enojo ciego.
 Hoy mi valor, que en mi venganza apoya,
 Scipion Cartaginès, Aquiles Griego
 será sobre Cartago y sobre Troya:
 guerra, guerra, Zamora à sangre y fuego.

Arias. No hareis, que es el honor preciosa joya,
 y puras fuerzas de flaqueza saca.

D. Dieg. Viva Don Sancho. *Arias.* Viva Doña Urraca.
 No puedo mas, ¡ah Cielo! ¡ah Zamorano
 valor, dònde te escondes? ¿qué te has hecho?

Esto ultimo se dice dando el asalto à la muralla, y sale à ella Doña Urraca con los cabellos descompuestos.

Urraca. Ah nobles de Castilla, injusto hermano,
sediento de mi sangre, de mi pecho
la saca agora, que se opone en vano
à tu rigor, del mio satisfecho,
llega, y para que el Cielo te destruya,
bèbe mi sangre, que tambien es tuya.

Teme à mi padre, en quien venganza espero
de tu injusticia. *D. S.* ¡O vil quièn te respetal
Subid soldados: venga un balletero,
pàsele el corazon una saeta.

Urr. Padre, vuelve por mì en trance tan fiero.

D. S. ¡Què eso te anima, y eso me inquietal
¿tu padre llamas? para hacerme guerra
baxe del Cielo, ó salga de la tierra.

Salte de la Tierra el Rey Don Fernando con un venablo en la mano sangriento: vision.

Rey Fernando. Detèn, Sancho, la mano, que violenta
es injusta. *D. S.* ¿Què miro? ¿què receio?
¿què me aflige, me asombra y me amedrenta?

Rey Fer. Quien no obedece al padre, ofende al Cielo,
y nunca tierra firme le sustenta:
tu muerte, Rey Don Sancho, te revelo,
cuyo instrumento el Cielo soberano
puso à tus ojos, y dexò en mi mano.

Vuelvese el Rey Don Fernando à entrar debaxo la tierra, desapareciendose.

D. S. ¡Valame Dios! ¿soldados, haveis visto?

¿haveis visto, vasallos? *D. Dieg.* ¿Rey, què es esto?

D. S. Toquen à recoger, que no resisto
esta sombra, este asombro. *D. Dieg.* ¿Descompuesto
tu Magestad? *D. S.* En lo que estoy no asisto:
à recoger, soldados; pase presto

la palabra. *D. Dieg.* ¿Què viste? *D. S.* Al gran Fernando,
mi vida con mi muerte amanzando.

Arias. ¿Què suspension, señora, havrà podido
la furia detener del Rey tu hermano?

Tocan dentro las cajas à recoger.

Ya toca à recoger. *D. S.* Ingrato he sido

à mi padre y à Dios. **Urr.** Quando su mano
nos pudiera vencer, ¿còmo vencido

se và? ¿què puede ser? *D. Dieg.* ¿Rey soberano,
què tienes? **Arias.** Con què priesa se retiras
el mismo Cielo por tus cosas mira.

Vante:

Salte Bellido de Ulfos solo.

Bellido. ¡Hai Zamora desdichada!
hai patria amada y querida,
injustamente perdida,

y dignamente adorada!
Estraña resolucion
encamina mi esperanza;
si es venganza, no hay venganza

sin asomos de traicion.

Aunque tenga el fin funesto
la intencion que traigo agora,
la libertad de Zamora
gallardamente he dispuesto.
Mas toda el alma se admira
del valor que en mi no afloxa:
¿quien me anima? ¿quien me arroja?
¿quien me tienta? ¿ò quien me inspira?

En todas mis esperanzas,
en todas mis intenciones,
con recelos y trayciones
asegure mis venganzas.

Y hoy ni medroso me espanto,
ni cobarde me retiro;
con saber, que à tanto aspiro,
y ver que aventuro tanto.

Algun impulso divino
dà fuego à mi pensamiento;
del Cielo soy instrumento,
aunque malo, peregrino.

Aquí esperarè à la Infanta;
mas ya viene, loco estoy
de ver que cobarde soy,
y la muerte no me espanta.

*Sale Doña Urraca, y algunos vasallos
que la acompañan.*

Urraca. El no perderse Zamora
milagro del Cielo ha sido:
à mi hermano vi vencido,
y à su gente vencedora.

Vas. ¿Cansada debes de estar,
señora? *Urr.* Como muger
cansada estoy de temer,
y muerta estoy de llorar.
¿Bellido de Olfos? *Bell.* Si gustas,
hablarte à solas querria.

Urr. Dexadnos.

Vanse todos, dexando solos à los dos.

Bell. Señora mia,
el ver tus lagrimas justas
me ha movido y me ha obligado;
ya sabes que te he servido,
y que nunca de ti he sido
con una merced premiado;
con todo por verte agora
como estás, tu bien procuro.
¿Què me daràs, si aseguro
la libertad de Zamora?

Urr. Bellido, en el alma precio
esa oferta, y si has oido,
que quien compra del perdido,
à su gusto pone precio:
consulta en tu voluntad
lo que quieres, con saber
que diera el alma por ver
en Zamora libertad.

Bell. Dame la mano, y confia
de mi industria y de mi suerte,
el darte con una muerte
Zamora libre en un dia.

Escucha señora. *Urr.* Calla,
si es traicion y en mi querella,
escusarà el no sabella
la culpa del no escusalla.

Bell. Ya te entiendo: à quien le pesa
de mis trazas, viene aqui:
hoy el mundo verà en mi
la mas atrevida empresa.
¿Lloras, señora? No llores;
hoy serè terror de España;

Ap.

Salen Arias Gonzalo y sus hijos.

Arias Gonzalo te engaña,
y todos te son traydores.
Dà Zamora al Rey tu hermano,
pues defendella no puedes,
y espera despues mercedes
de su justa heroyca mano:
que importa en esta jornada
defendella un mundo entero,
y por la una parte Duero,
por la otra peña rajada.

Si faltan mantenimientos,
rico, pobre, bueno, ò malo;
¿comeràn de Arias Gonzalo
los honrados pensamientos?

Mira que estás engañada
de quien te incita y provoca;
quien no dà pan à la boca
mal darà fuerza à la espada.

A Zamora rinde. *Arias.* Infame;
bajo, vil, de humilde pecho,
mi respeto justo ha hecho
que tu sangre no derrame.

R. A. Villano. Arias. Espera, Rodrigo.

Hijos. D. A. ¿Desvergüenza tanta!

G. A. ¡Vive Dios! *Bell.* Matanme, Infanta,
porque las verdades digo.

Pues

Pues por hacerse señor
de Zamora, te ha engañado
Arias Gonzalo. *Arias.* ¡O malvado!
tú mientes como traydor.

Urr. Matalde. *R. A.* Villano. *D. A.* Espera.

G. A. Traydor. *Arias.* En esto, señora,
vã mi honor. *Bell.* ¡Ah, quien agora
alas en los pies tuviera! *Vase.*

Arias. Ah hijos, ah Zamoranos,
muera, muera el Magancès:
ligeros tiene los pies,
no se os vaya de las manos.

Dent. Aqui, aqui. *Urr.* ¡Terrible estruendol
como si un alma he quedado:
¿què intencion le havrà obligado *Ap.*
à Bellido? no la entiendo.

Y este impensado rigor
me atemoriza, ¡hai cuitadal
pues yo soy tan desdichada,
como Bellido es traydor. *Vanse.*

*Salen el Rey Don Sancho y Don Diego
Ordoñez de Lara.*

D. Dieg. Ya te miro; (gloria al Cielo)
con menos pena, señor.

D. S. A faltarme tu valor,
y à no tener tu consuelo,
sin duda hubiera acabado
la vida. *D. Dieg.* El pesar destierra.

D. S. Vi que temblando la tierra
abria el Cielo enojado.

Vi de mi padre al abrilla
el aspecto soberano,
y de un venablo en su mano
vi la sangrienta cuchilla.

Pareceme que à la vista
le tengo, y trãs esto veo
abrazarse mi deseo
por hacer esta conquista.

Pienso que pierdo opinion,
si malogro esta esperanza.

Tù, pues eres mi privanza,
tù, pues sabes mi razon,
dame consejos agora.

No reposo, no sosiego:
¿què dices? ¿què harè, Don Diego?
¿quitarè el cerco à Zamora?

D. Dieg. Si es que el cerco se levanta,
porque pesa en tu conciencia
la justisima obediencia

de tu padre, cosa es santa.
Mas si es por esta vision
fantastica, ciega y vana,
à tu valor, cosa es ilana,
que ofendes. ¿No vès que son
quimeras que se levantan,
y las presenta el sentido?
¿ò es que en Zamora temido
con embelecocos te espantan?
que no falta una hechicera,
que entre sombras finge y miente.

Si es que por hijo obediente
lo dexaras, justo fuera;
mas si no, poco te estimas,
si es que por eso lo dexas.

D. S. Como discreto aconsejas,
y como valiente animas.

Mia Zamora ha de ser,
aunque para hacerme guerra
brote gigantes la tierra.

Vive Dios que he de poner
en ella mis estandartes,
armas de seda y de acero,
sino es que allano primero
sus torres y baluartes.

Todo mi valor lo abrasa,
à todo mi fuerza obligo;
y si la estrella que sigo,
con venablos me amenaza,
para poderme igualar
en las armas al contrario,
en la mano de ordinario
un venablo he de llevar.

Iguales armas tenemos
la fortuna y yo, ¿has oido?

Dent. Afuera, aparta *D. Dieg.* Un ruido,
cuyas voces son extremos.

Descon puesto un caballero
huye, pica, corre, vuela.

D. S. Como es de miedo la espuela,
hace el caballo ligero.

Los que le siguen diràn,
si es ligero su caballo.

D. Dieg. Rebientan por alcanzallo;
mas pienso que no podrán.

La gente de tu real
le ha recogido y le ampara:
¿què à espacío vuelven la cara
al peligro, aunque es mortal,

los contrarios! *D. S.* Hay valor en ellos. *D. D.* ¡Con qué congoja de su caballo se arrojó!

Dent. ¿Ah Rey Don Sancho? ¿ah señor?

D. Dieg. Pon ti pregunta. *D. S.* ¿Por mi? tocaránme sus cuidados.

D. Dieg. Ya una tropa de soldados le traen caminando aquí.

D. S. Algunas causas mayores le obligan à extremos tales.

Salen Bellido de Olfos y soldados que le traben.

Bellido. Rey, ampara los leales, y castiga los traydores.

D. S. Alza, ¿quién eres? *Bell.* Bellido de Olfos soy, con boca y manos à los Reyes Castellanos he adorado y he servido.

Y Arias Gonzalo, señor, con audacia y con malicia, porque esforzè tu justicia, y contradixè à su error:

porque dixè que à Zamora, como era razon, te diese, fundado en el interese

de su intencion, que es traydora,

con sus hijos me acometes

entero el pueblo amotina

contra mi, que à la malina ocasion asiò el copete.

Pero la inocencia mia,

porque quiere castigallo,

todo el Cielo en un caballo

que apercebido tenia,

me ha valido, y me ha escapado

de aquel indomable viejo,

por aquel postigo viejo,

que nunca fuera cerrado.

Por èl huyendo salí,

que es mi amigo el capitan

de los que en su guarda estàn,

y el Cielo me traxo aquí

por milagro; y, Rey, querria

hablarte à solas. *D. S.* Idos fuera!

D. Dieg. Este es traydor.

Vanse todos, dexandolos solos.

Bell. ¿Quién pudiera

tanto sin la industria mia?

Yo he procurado, señor,

que pongan los Zamoranos

à su justicia en tus manos,

y à Zamora en tu valor;

no bastó en mi diligencia

la fuerza de mi verdad,

y acudiendo à mi lealtad,

he venido à tu obediencia.

¿No me admities por vasallo?

D. S. Sì, pues la mano te doy.

Bell. Pues agora que lo soy,

en obligacion me hallo

de darte à Zamora: agora,

Rey justo, Rey soberano,

pues Zamora està en mi mano,

cuenta por tuya à Zamora.

D. S. Bellido de Olfos, si eso

tu espada y credito abona,

seràs segunda persona

en mis Reynos. *Bell.* Tus pies beso:

Solo tù, Rey, has de ser

deposito del secreto;

oye, escucha. *D. S.* Eso prometo

y aseguro. *Bell.* Has de saber::

Dice dentro Arias Gonzalo.

Arias. ¿Ah Rey Don Sancho? ¿ah señor?

Salen el Cid Rodrigo, y Don Diego Ordo-

ñez y los soldados.

Rod. Al Rey avisemos presto:

llega, Don Diego. *D. S.* ¿Qué es esto?

Bell. Temblando estoy de temor.

Rod. Muy grandes voces se oyeron:

en el real de Don Sancho,

que las daba un caballero

de Zamora en el andamio.

Sale arriba Arias Gonzalo.

Arias. ¿Ah Rey? ¿ah señor? *Rod.* Escucha:

desde aquí le divisamos.

Arias. De un traydor te guarda: *D. D.* Entera

llega su voz. *D. S.* ¡Cielo santo!

Arias. Que de Zamora ha salido,

Bellido de Olfos llamado,

traydor, hijo de traydores:

el hechizo de sus labios

no te engañe, que à su padre

y à su misma sangre ingrato,

le matò, y echò en un rio:

testigo bien declarado

de quien es. Matarte quiere,

toma mi consejo llano:

Ap.

no digas que no te aviso,
no acuerdestarde, Don Sancho.

Protesto, que si sucede
lo que digo en mi descargo,
que no puede dar el mundo
de tan desastrado caso
ni à tu descuido disculpa,
ni culpa à los Zamoranos.

D. S. ¿Qué es esto, Bellido? Bell. ¡Hai Cielos!
de congoxa estoy temblando. Ap.

Rod. Rey, yo conozco à Bellido,
manda prendello, ò matallo.

Bell. Rey, escucha. D. S. Cid, espera.
Confuso me tiene el caso. Ap.

Bell. Señor, el que dà las voces
debe ser Arias Gonzalo,
porque sabe que la fuerza
de Zamora està en mi mano.
Estratagemas son tuyas,
no lealtades, sino engaños
con que defiende à Zamora
à costa de mis agravios.

¿Quiéreslo ver? A tus pies
còmo un humilde gusano
se atreverà à tu persona,
Rey poderoso, Rey magno!

D. S. Del todo estoy persuadido
que es traydor Arias Gonzalo.

Rod. Arias Gonzalo procede
como caballero honrado,
y hay en su pecho lealtad
como valor en sus brazos;
y quanto dixo de ti,
es cierto y averiguado;

que lo sabe el mundo, y yo
lo defenderé en el campo,
y no à un traydor solamente.

D. S. Ah Rodrigo. Rod. Señor, calle
obligado à tu respeto.

Bell. Por lo mismo estoy callando,
mas no lo que à tu corona
sè yo que le importa tanto.
Si Arias Gonzalo y Rodrigo
son parientes tan cercanos,
no es mucho le corresponda,
aunque contra ti. Rod. Villano.

D. S. Rodrigo. Rod. ¡O santa obediencia,
lazo agora de mis manos!

Bell. Sì, el favorecer al Cid

tu hermana Urraca, Don Sancho,
los caducos lo entendieron,
y los niños lo cantaron:
y el amor entre los dos
reciproco, aunque pasado,
tiene fuerza en sus reliquias
mayor que en los muros altos
de Zamora. Rod. Eres traydor,
y mientes, infame baxo.

D. S. ¿En mi presencia? Bell. Tù eres
participe de mi agravio.

D. S. Tocaràme la venganza:
vete, vete desterrado
por un año de esta tierra.

Rod. Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
tù me destierras por uno,
yo me destierro por quatro.

Y no pienso que en el mundo
dexará de ser honrado
sin besar mano de Rey
quien tiene Reyes vasallos.
Y guardate de traydores,
porque à los Reyes ingratos
suele castigar el Cielo:
èl te guarde muchos años.

D. S. Vete. Rod. Y al Cielo, señor;
de la falta que te hago

me protesto. D. S. Vete. Rod. Voyme!

D. Dieg. Y todos te acompañamos.

Rod. ¡Ah mal regido mancebo!

Vanse todos, dexando solos à Bellido de
Olfos y al Rey.

D. S. Por dar credito à tus labios,
le niego à todos, Bellido:

mira: Bell. Si te trato engaños,
manda cortar mi cabeza.

Que nunca ha sido cerrado
hay un postigo en Zamora,
que llaman de los Cambranos
de la Reyna, y por èl quiero
(pues sè los ocultos pasos)

darte à Zamora: y ya tengo
el Capitan cohechado
de los que guardan su fuerza;
pero como importe tanto
el secreto, tù y yo solos
importarà que salgamos
à reconocer el puesto.

D. S. ¿Contigo solo en el campo

sola mi Real persona?

Bell. ¿No ira segura en mis manos?
Pues que de mi no te fias,
con tu licencia me parto
donde Moros me acrediten,
pues me ofende un Rey Christiano.

D. S. Espera, Bellido, espera.
Sale Don Diego Ordoñez.

D. Dieg. ¿Señor, el Cid desterrado
de tu tierra, que en tus tierras
es la fuerza de tus brazos?
¿Qué dirá el mundo de ti,
Rey? *D. S.* ¿Fuese? *D. Dieg.* Puesto à caballo
le dexè, que se partia
entre todos sus soldados,
y gran parte de los tuyos,
aunque rehusa el llevarlos.

D. S. Mucho emprenndo. *D. D.* ¿No respondes?

D. S. Vè, y dile que yo le llamo:
Bellido, yo estoy resuelto:
vè, Don Diego. *D. D.* Irè volando. *Vase.*

D. S. A mi persona aventuro
en tu confianza: vamos,
vè diciendo. *Bell.* Lo que pisas
irè barriendo y besando.

D. S. Tù mi privanza has de ser.

Bell. Tù has de morir à mis manos. *Ap.*



JORNADA SEGUNDA.

*Salen Rodrigo de Bivar y Don Diego
Ordoñez de Lara.*

Rod. Yo volverè à su presencia,
que es mi natural señor;
y en el vasallo es honor
acudir à la obediencia.

D. Dieg. Es tu proceder tan justo,
como discreto y valiente.

Rod. Aqui esperemos mi gente,
que vuelve con poco gusto
de ver su esperanza vana,
pues yendo resuelta agora
de agotar la sangre Mora,
vuelve à verte la Christiana.

D. Dieg. De ofenderte arrepentido
està el Rey. *Rod.* A Dios pluguiera,
Don Diego, que lo estuviera

de haver al Cielo ofendido;
que qualquiera ofensa mia
le hubiera yo perdonado.

Sale el Conde de Cabra, y algunos soldados acompañandole.

Conde. Muerto me lleva el cuidado.

D. Dieg. ¿No es el Conde Don Garcia?

Rod. ¿Conde de Cabra? *Cond.* ¿Gran Cid?

Rod. ¿Qué hay? ¿qué teneis? *Cond.* Buena ley
y buen celo. Falta el Rey
de su tienda. *D. Dieg.* ¿Cómo? *Cond.* Oid:
con Bellido solo es ido.

Rod. ¿De Bellido se ha fiado?

Cond. Con estar tan avisado
de que es un traydor Bellido.

Rod. Es Rey mancebo en efeto,
y atropella su corona.

Cond. La falta de su persona
ocultè con mi secreto.

No he querido publicalla
à su gente, viendo en ella
que diera al descomponella
principio el alborotalla.

Y con la de mas valor
le busco por estos prados.

*Salen el Rey Don Sancho y Bellido al as
lado del tablado.*

D. S. ¿Bellido, dexaste atados
los caballos? *Bell.* Sí, señor;
pero allá gente diviso.

D. S. ¿Quièn sera? *Bell.* Desdicha es mia: *Ap.*
à este lado te desvia: 100

tiembla la tierra que piso. *Ap.*

Rod. Pareceme, que os partais
repartidos cueradamente
buscando al Rey, y à mi gente
esperarè mientras vais,
adonde qualquiera voz
vuestra, que venga por mi,
pueda llevarme tras si,
mas que los vientos veloz.

Cond. Pues yo voy por este lado.

D. Dieg. Yo por este irè perdido.

¡O mancebo mal regido!

Rod. ¡O Rey mal aconsejado!

*Vanse todos, dexando al Rey y à
Bellido solos.*

Bell. Ya he visto desaparecer
la gente que divisaba,

señor. *D. S.* Tan lexos estaba,
que apenas la pude ver.
No tiene lugar el suelo
qual Zamora. *Bell.* No hay dudar:
ya, Rey, la puedes mirar
como tuya. *D. S.* ¡Plegue al Cielol
Es su sitio milagroso.

Bell. A gran cosa me aventuro:
por allí está flaco el muro,
y poco fondable el foso.

Y hay tras aquel torreón
un portillo en la muralla:
¿darèle? *D. S.* Yo he de ganalla.

Bell. ¿Saltais, temeis, corazón?
*Hase de advertir, que à todo esto el Rey està
mirando hacia Zamora, y Bellido està à sus
espaldas como que le amaga con la daga, y
duda; y quando se vuelve el Rey se compo-
ne Bellido, y disimula.*

D. S. Pareceme à maravilla.

Bell. Buena ocasion tengo agora. *Ap.*

D. S. Tierra del Cielo es Zamora.

Bell. Es lo mejor de Castilla.

D. S. Justamente es pretendida:
estimola con razon.

Bell. Es de tanta estimacion
que ha de costarte la vida. *Ap.*
Mas allà hacia el otro lado,
donde luce un chapitel,
està aquel postigo, aquel
que nunca fuera cerrado.

Lllamanle de los Cambranos
de la Reyna, y si me dàs
cien hombres: *D. S.* ¿Ciento no mas?

Bell. Pondrè à Zamora en tus manos.

Entrarè por el: *D. S.* Espera,
¿còmo? *Bell.* De noche, y, señor,
tù por la puerta mayor,
que te abrirè. *D. S.* ¿Què te altera?

Bell. Ya me parece que entrando

hiriendo y matando voy,
y así alborotado estoy,
como quien sueña velando.

D. S. Segura esperanza llevo
de que has de darme à Zamora.

Bell. Cobarde soy; ¿què harè agora? *Ap.*

D. S. Bellido, mucho te debo.
Seràs mi segunda parte,
seràs mano de mi espada.

Bell. Serè tu esclavo. Y soy nada,
pues no me atrevo à matarte.

D. S. Seràs piedra en mi corona.

Bell. ¿Què mira tu Magestad?

D. S. A cierta necesidad,
que à los Reyes no perdona,

me desvio. *Bell.* Por aqui,

si gustas, puedes baxar,

porque en este valladar

te cubra esta peña. *D. S.* Sì.

Bell. Y porque es seguro el puesto,

y secreto. *D. S.* Dices bien.

Bell. Pues dame la mano. *D. S.* Tèn.

Bell. Baxa espacio, à morir presto. *Ap.*

Tu suerte el vivir te acorta.

Entrase el Rey, y Bellido le dà la mano,

come que le ayuda à baxar.

D. S. ¡Jesus! baxando he caido,

y entre esas matas asido

perdi el venablo. *Bell.* No importa.

Escapasele al Rey el venablo de las ma-

nos, y Bellido le toma.

Yo lo guardo. *D. S.* Bien està.

Esto dicen de dentro.

Bell. De animoso estoy resuelto;

¿mas què yelo en sangre envuelto

por mis venas viene y và?

Ciega el alma, ¿con què espanto?

¿en què inconvenientes piensa?

¿si es un hombre sin defensa,

còmo el ser Rey puede tanto?

Pero ya cobro valor,

ya el yelo en mis venas arde,

Matarèle; que el cobarde

de lexos mata mejor.

¿Pero què miedo, què lazo

me detiene? ¿En què despecho

se acobarda siempre el pecho,

y se encoge siempre el brazo?

¡Cielo, Cielo soberano

valèdme en esta ocasion!

Esforzad mi corazón;

pues castigais con mi mano.

Entrase Bellido, como que tira el venablo, y

vuelve à salir buyendo, en baviendo dicho el

Rey D. Sancho los dos versos siguientes.

D. S. ¡Jesus mil veces: señor,

valèdme! ¿traydor, què has hecho?

Bell. De las espaldas al pecho

- queda pasado. *D. S.* ¡Ah traydor!
Mas es tan justo el castigo,
como tu mano traydora.
- Bell.* Como yo llegue a Zamora,
abierto tengo el postigo.
*Vase buyendo Bellido, y Rodrigo dice à
voces de dentro.*
- Rod.* ¿Qué has hecho, traydor? Espera:
algo hiciste, que huyes tanto.
Vuelve à salir Bellido corriendo.
- Bell.* Solo puede el Cielo santo
parar mi veloz carrera.
No he podido desatar
el caballo, y à pie quedo;
mas con las alas del miedo
podré correr y volar.
- Vase.* *Sale Rod.* Enfrena, dame el caballo;
quisiera, aunque imita al viento,
como de pena rebiento,
reventar por alcanzallo.
*Vase Rodrigo, y sale Don Diego Ordoñez,
y el Rey habla de dentro.*
- D. S.* ¡Jesus, Jesus, Cielo, Cielol
padre! *D. Dieg.* ¿Qué lamentos sigo?
- D. S.* Pues es tan tuyo el castigo,
sea mas tuyo el consuelo.
Pon limites: *D. Dieg.* ¡El alma espantant!
- D. S.* Al rigor con que me dexas.
- D. Dieg.* Largos ayes, tristes queexas
el cabello me levantan. *(do)*
- D. S.* ¡Hai, hai! *D. D.* ¿Qué escucho? ¿yo pue-
temer? *D. S.* ¡Hai! *D. D.* Soy yo por dicha?
mas el miedo à una desdicha
nunca fue afrentoso miedo.
- D. S.* ¡Hai padre! *D. D.* ¡Hai trance ferozl!
- D. S.* Mis inobediencias miro.
- D. Dieg.* Yo conozco este suspiro.
¿Por dõnde salió esta voz?
¿quièn se quexa? *D. S.* Un desdichado.
- D. Dieg.* ¡Hai Cielo! estoy sin sentido.
¿Quièn es? *D. S.* ¡Un hombre que ha sido:
yo muero: llega; ¿ah soldado?
- D. Dieg.* ¿Qué es esto? temblando llego.
Aqui està. *D. S.* Si eres leal,
llega. ¡Hai Dios! *D. D.* ¡Pena mortal!
*Hace como que se asoma à la puerta del
vestuario Don Diego.*
- ¿es el Rey? *D. S.* ¿Eres Don Diego?
Llega. *D. Dieg.* ¡Terribles asombros!
- D. S.* Baxa, dame tus abrazos.
- D. Dieg.* Arrojarè me en tus brazos,
y llevarè te en mis hombros.
*Entrase Don Diego, y salen arriba al muro
de Zamora Doña Urraca y
Arias Gonzalo.*
- Urr.* ¿Qué has oido en el real
de D. Sancho? *Arias.* Grande estruendos;
y un hombre viene huyendo.
- Urr.* Y volando viene; ¿hay tal?
- Arias.* El que le sigue a caballo,
si es que alcanzallo desea,
¿cõmo se apea? *Urr.* ¿Se apea?
- Arias.* Y à pie procura alcanzallo.
Bellido es el que huye alli.
- Urr.* Y el que le sigue es Rodrigo.
- Arias.* Ya se encamina al postigo
nunca cerrado. *Urr.* ¡Hai de mi!
¿qué havrà hecho? ¿estoy perdida!
*Salen por el palenque, que se ha de hacer,
para que pase un caballo hasta el ta-
blado, Bellido, y tras el Rodrigo,
los dos à pie.*
- Bell.* Como el viento soy ligero.
- Rod.* ¡O mal haya el caballero
que las espuelas se olvidal
Por alcanzarte mejor,
me apeè, y al viento igualas:
espera. *Bell.* Notables alas
son las del miedo. *Rod.* ¡Ah traydor!
- Urr.* Ah del postigo, amparad
à Bellido. *Arias.* Oye, señora.
Vase Arias Gonzalo.
- Bell.* Dale sagrado, Zamora,
à quien te diò libertad.
Entrase Bellido.
- Rod.* Ah villano, no estaràs
dentro en Zamora seguro,
que dembarè este muro
à pantapiés. *Urr.* ¿Dõnde vást?
A fuera, à fuera Rodrigo,
el sobervio Castellano,
acordarse te debiera
de aquel buen tiempo pasado,
que te armaron caballero
en el altar de Santiago:
mi padre te diò las armas,
mi madre te diò el caballo,
yo te calzè espuela de oro,

porque fueras mas honrado,
pensando casar contigo;
no lo quisieron mis hados.
Casastete con Ximena,
hija del Conde Lozano:
con ella huviste dineros,
conmigo fueras honrado.
Muy bien casaste, Rodrigo,
mejor huvieras casado;
dexaste hija de un Rey
por tomar la de un vasallo.
Vete, Cid; Rodrigo, vete,
pues te muestras tan ingrato,
que no solo no te acuerdas
de lo que estás obligado;
pero loco y atrevido,
sobervio, arrogante y vano
à mi decoro te atreves
con la lengua y con las manos;
Pagaste amor con desdén,
y lealtades con engaños;
con males pagas los bienes,
los favores con agravios.

od. Señora, corrido estoy
de ver que me ofendas tanto;
que me culpes de atrevido,
y que me arguyas de ingrato.
Si tu padre me ciñò
la espada que traigo al lado,
por eso contra Zamora
de la vayna no la saco,
cumpliendo asi el juramento
que me tomò agonizando
en presencia de sus hijos
sobre sus reales manos.
Si tu madre, y Reyna mia,
me honrò con darme el caballo,
y tû con la espuela de oro
me dexaste mas honrado;
por eso el caballo agora
detuvo el curso gallardo
con que volaba otras veces,
tu disgusto adevinando.
Y las espuelas tambien
con que pudiera picallo,
se escondieron al buscallas,

Dando voces en Zamora y el real del Rey, se van Doña Urraca y Rodrigo, y sale D. Diego con el Rey Don Sancho en los brazos pasado con el venablo el pecho.

D. Dieg. Animate. D. S. No puedo. D. Dieg. ¡Triste calma!

y al querellas me faltaron.
Pues si en mi, que te respeto,
y hasta tu sombra idolatro,
lo irracional, lo insensible
muestra sentimiento humano;
¿por què dices que te enojo?
¿por qué piensas que te agravio?
¿què disgusto te procuro?
¿què decoro no te guardo?
Si no me casè contigo,
fue, señora, imaginando
que aun con tus alas no fuera
posible volar tan alto.
Si vengo sirviendo al Rey,
solamente le acompaño,
ni en tu daño le aconsejo,
ni contra ti salgo al campo.
Si agora un traydor persigo
con muchas causas lo hago;
pues esta mañana solo
saliò con el Rey tu hermano;
y vi que pasaba huyendo,
rezelè el notable daño
de que avisaron al Rey
las voces de Arias Gonzalo;
Y con venir arrogante,
temeroso y temerario,
advierte, si te respeto,
y si decoro te guardo;
pues à tu voz me detuve,
y á tu enojo estoy temblando.

Urr. Ya es menos, Rodrigo, escucha.

Dentro arias Gonzalo, y algunos soldados dicen à voces.

Arias. Muera Bellido, mataldo.

Dentro dando voces. Muera, muera.

Urr. Voces sientto.

Dan voces dentro, como que las dan en Zamora y en el real de D. Sancho.

Dent. ¡O infelice Rey Don Sancho!

Rod. ¿Què escucho? *Dent.* Los de Zamora son traydores declarados.

Urr. Rodrigo, à Dios; mi presencia importará. *Rod.* ¿Cielo santo, què puede haver sucedido? todo el Cielo viene abaxo.

peso es del alma el que en los hombros llevo.

D. S. Don Diego, espera, que me sale el alma.

D. Dieg. A sacarte el venablo no me atrevo.

D. S. Detiènela en la boca de la herida.

D. Dieg. Voces darè al real. *D. S.* La muerte pruebo.

D. Dieg. Dierate el alma para darte vida,
si esta imposible hazaña à los humanos
les fuera de los Cielos permitida.

¿Ah del real? valientes Castellanos,
volved agora à la piedad el pecho,
y à la venganza prevenid las manos.

Valed à vuestro Rey; pero sospecho
que entre sus confusiones y mi llanto
no son mis roncadas voces de provecho.

Ayudadme à llevarle. *D. S.* Al Cielo santo
le pide ayuda, porque tenga agora
consuelo un hombre, que le ofende tanto.

Muero, Don Diego. *D. Dieg.* Muera quien te llora,
¡ah injustos hados! ¡ah traydor Bellido!

Sin duda sabe en tu traycion Zamora.

Venganza espero, si justicia pido.

¡Cielo! Zamora es causa. *D. S.* No, Don Diego,
causa es de causas quien la causa ha sido.

Fui hijo inobediente, estuve ciego,
y el Cielo me castiga, à quien le pido
que entre agua y sangre me perdone el fuego.

Solo instrumento à su justicia he sido,
que de matar à un Rey atrevimiento
no tuviera Zamora, ni Bellido.

D. Dieg. Iguale à la desdicha el sentimiento,
y si al agravio la venganza igualo,
volaràn sus cenizas por el viento.

Abrasarè à Zamora, pagaràlo;
que no porque el castigo es justo, es bueno,
dexa de ser el instrumento malo.

Alboròtese el mundo, quede lleno
de horror, de asombro, de dolor, de espanto,
que yo he de ser el rayo de este trueno.

D. S. ¡Ah D. Diego! *D. D.* ¡Ah señor! *D. S.* No llores tanto
mi muerte, mira muda esà esperanza
de quien quiza se ofende el Cielo santo.

D. Dieg. Fundada està en justicia esta venganza.

Salen el Conde Don Garcia y los Soldados que fueron con el.

Aqui està el Rey. *D. S.* ¡O Conde Don Garcia!

Cond. Y el que mas parte de tu pena alcanza.

D. S. Mis vasallos. *Tod.* Señor. *D. S.* La culpa es mia,
y de Dios la justicia.

Sale Rodrigo de Bivar.

Rod. ¡O injusta mano!

tu atrevimiento entonces no sabias,
que hiciera mi dolor el paso liano
derribando murallas, y vengàra,
si es que se venga un Rey en un villano.

D. Dieg. Llega, famoso Cid. *Rod.* ¡O fuerte Liral
¿Qué es esto, Rey, señor? *D. S.* Flor de Castilla,
no hay segura corona, ni tiara.

Pasòme de un venablo la cuchilla,
que sagrado, ò real qualquiera pecho
es de barro tambien. *Cond.* ¡O gran mancillat

Rod. Yo he de quedar en lagrimas deshecho.

D. S. Mis leales vasallos, una cosa
haced para que muera satisfecho.

La maldicion de un padre rigurosa
en la tierra me alcanza, volvé al Cielo,
contemplalde en su esfera luminosa,
pedilde tiernamente algun consuelo
à esta pena mortal, si es que le obligo
con sangre suya, que colora el suelo.

Y tù, Cid, de quien fue tan grande amigo,
ruegale que à los Cielos soberanos
pida el perdon, pues obligò al castigo.

¡Jesus! muero: decid à mis hermanos
que me perdonen, como yo al que puso
en el pecho de un Rey traydoras manos.

Cond. Gran gente viene, y con tropel confuso
llegan. *Rod.* En esta tienda que han armado,
lo entremos. *D. S.* Pues el Cielo lo dispuso,
en su misericordia confiado
muero contento, y el villano yerro
perdono, y perdon pido.

Vanle entrando, quando vá diciendo esto el Rey, y cubriéndole con la cortina dice Don Diego que ya ha espirado, quedandose todos en el tablado.

D. Dieg. Ya ha espirado.

¿Ah Zamora cruel, cómo no cierro
con tus murallas? hecho mas honroso
es hacer su venganza, que su entierro.

Ah Castellanos, ah Bivar famoso,
Conde Don Nuño, Conde Don Garcia,
rete à Zamora un hombre valeroso,
y despues de probar su alevosia
en el campo, abrasada en nuestro fuego
demos al viento su ceniza fria.

Cond. Dice Don Diego bien. *C. N.* Tiene Don Diego
sangre del gran Mudarra. *Rod.* Hirviendo agora
dà lugar al enojo, y no al sosiego.
Mas para averiguar, si es que Zamora
cupò en esta traycion, hagase el reto.

D. Dieg. ¿Quièn pone duda en eso? *Rod.* Quien lo ignora.

D. Dieg. Que tuvo valedores os prometo,
que no pudiera hacer, siendo Bellido
causa tan leve, tan notable efeto.
Y aunque no fuera asi, traycion ha sido,
siendo de este delito sabidores,
haver al delincente recogido.

¿Pues quièn duda, si fueron valedores
de un acto tan atroz, tan torpe y feo,
que todos en Zamora son traydores?

Rod. Que lo fue Arias Gonzalo no lo creo,
pues aun lleva su voz el ayre vano,
con que quiso estorvar tan mal desco.
Pero vaya à retalle un Castellano,
que èl volverà por sî, que aun tiene acero
en la espada, en el pecho y en la mano.

¿A mi me mirais todos? *C. G.* El primero
eres siempre en Castilla. *Rod.* Mi cuidado
os darà de mi sangre un caballero;

pues yo, como sabeis, tengo jurado
de no ir contra Zamora. *D. Dieg.* No à escusarte
bastara el juramento; mas no has dado
en que el volvernos todos à mirarte
fue que tu edad y tu opinion honrada
obliga à preferirte y respetarte:
y no porque esa mano y esa espada
haga falta en Castilla, aunque ella fuera
con mayor opinion acreditada.

Y ya sabemos, que si el Cid quisiera
alcanzar à Bellido, le alcanzara,
porque con mas cuidado le siguiera.
Llegara à tiempo, y en Zamora entrara;
pero entre las almenas de Zamora
oyò una voz y venerò una cara.

Rod. Aunque en Bellido la intencion traydora
me obligaba à cuidados vigilantes,
no supe entonces lo que lloro agora.

Tarde lo supe, que à sabello antes,
por vengar à mi Rey con pies valientes
derribara murallas de diamantes;

sin podello estorvar inconvenientes
de respetos humanos, en el mundo
fuera mi espada asombro de las gentes.

Y si de esta verdad, en que me fundo,
dudare alguno, le dire:: *D. Dieg.* Rodrigo,
bien la acredita tu valor profundo.

Solo vuelvo à deciros, que me obligo
al reto de Zamora. *C. N.* Seguiria

yo esta opinion. *C. G.* Yo y todo. *Rod.* Y yo la sigo.

Y si antes dixes que de sangre mia
daria un caballero valeroso,
por tí, Don Diego Ordoñez, lo decia.

D. Dieg. Todos me honrais, y tú, gran Cid famoso;
con tan grande favor me infundes brio
à emprender esta hazaña poderoso.

Rod. Vamos à prevenir el desafio.

D. Dieg. Pagando en sangre à mi lealtad tributo,
con las nubes, que engendra el llanto mio,
hasta el sol en su esfera pondrà luto.

Vanse:

Sale Doña Urraca sola.

Urr. ¡Valgame Dios! ¿si es verdad
que se engañan mis sentidos?
¿en el real alaridos,
y voces en la ciudad?
¿Si fue algun atrevimiento
de Bellido?

Sale Don Rodrigo Arias.

D. A. Di traycion.

Urr. ¿Qué ha sido? *D. A.* Desdichas son.

Urr. Dilas tú, pues yo las siento.

D. A. La triste voz ha llegado
de que al Rey Don Sancho ha muerto.

Urr. ¡Jesus! *D. A.* De tal desconcierto
con razon alborotado
le persigue el pueblo entero,
cuyas voces has oído.

Urr. ¡Hai hermano! Sin sentido
he quedado: ¿què harè? Muero.

*Sale Bellido buyendo, y ponese à los pies de
Doña Urraca, y tras él vienen Arias Gonzalo
y los otros hijos con las espadas tiradas
para matarle, y la Infanta
le guarda.*

Todos. Muera el traydor homicida.

Bell. Ah Zamoranos, piedad.

¿A quièn os diò libertad
quereis quitalle la vida?

Señora, si à tus pies puesto
no me defienden tus manos,
muerto soy.

Urr. Ah Zamoranos;

¿Arias Gonzalo, què es esto?

¿Por què seguís à Bellido?

¿què ha hecho? *Arias.* Dexa, señora,
verter la sangre traydora

del que la tuya ha vertido.

¿Quàndo la tierra estremece,
quando los Cielos espanta,

quando tus leyes quebranta,

quando tu fama enmudece,
quando pierde tu opinion,
quando al Rey tu hermano ha muerto,
tú le defiendes? *Urr.* ¿Es cierto?

Arias. Malas nuevas ciertas son.

Por los ayres han venido
de que el Rey, nuestro señor,
muriò à manos de un traydor,
¿quièn serà sino Bellido?

Urr. ¿Quièn serà sino mi suerte
causadora de estas penas?

Prendeldo, echaldo en cadenas;
pero no le deis la muerte.

Quitale la espada Urraca.

Arias. ¿Còmo en delito tan grave?
pues dirá quien de ello trata,
que quien su muerte dilata
algo en sus trayciones sabe.

Urr. Y no serà lo mas cierto;
pues la ocasion los obliga
decir, que porque no diga
los complices, lo hemos muerto;
y resultar del suceso
otra mayor desventura.

En una carcel segura
le tened seguro y preso.

Y si es que los Castellanos
dicen que culpa tenemos,
la disculpa les pondremos
y el delinque, oñan las manos.

Arias. Son tus razones, señora,
de tu discrecion tributo.

Urr. Cubran de funesto luto
las murallas de Zamora.
Y vean el sentimiento
con que esta desdicha pago,
mi inocencia en lo que hago,
y mi pena en lo que siento.
Arias Gonzalo, conmigo

te ven, que aun hay mas que hacer.

Arias. Tu discreto parecer,
como tus pisadas sigo.

Llebad preso ese traydor.

Vanse Arias Gonzalo y Doña Urraca,
quedando los demas.

Bell. ¿Traycion es poner la mano
en un Rey que fue tyrano?

1. Nunca es tyrano el señor.

Bell. ¡Ah Zamora, como en mi
tu noble opinion estragas,
pues con prisiones me pagas
la libertad que te di!

Por hecho tan valeroso
atais tan valientes manos;
mas ya, indignos Zamoranos
del nombre antiguo y famoso,
ya entiendo vuestra intencion,
aunque no me la digais;
pues al traydor castigais
para lograr la traycion.

Mano fui con que tirastes
la piedra. 2. Calla, villano.

Bell. Y agora escondeis la mano.

2. Tú mientes. *Bell.* Bien me pagastes,
Zamora, pues me condenas.

1. Matarete, si no callas.

Bell. Veas tener tus murallas
por cimientos tus almenas.

Vanse llevandole preso, y sale arriba Doña Urraca y Arias Gonzalo, y tocan trompas roncacas y tambores destemplados, y va saliendo el entierro del Rey, y pasando y entrandose.

Urr. ¿Qué trompas roncacas son estas,
y tambores destemplados?

Arias. Todo por los ayres dice
la muerte del Rey Don Sancho.

Su entierro debe de ser;
ò quizá, si no me engaño,
es publicar el delito
para vengar el agravio.

Mira en orden las hileras
que vienen de quatro en quatro,
asi à Zamora se acercan
cubiertos de lutos largos.

Los mejores de Castilla
llevan las andas en alto,
donde viene muerto el Rey.

¡Triste y lamentable caso!
Mira à sus pies su corona,
su cuerpo en sangre bañado,
y por el heroyco pecho
mira el agudo venablo.

y con funesto silencio
los leales Castellanos,
que hasta el sol visten de luto
con el polvo que arrastrando
levantan tantas vanderas;
y mira, ¡prodigio extraño!
que solo muestran desnudas
las espadas en las manos.
¡Como afligen! como lloran
à venganza amenazando!

¡ò quanto callan sintiendolo!
¡ò quanto dicen callandolo!

Urr. ¡Hai infeliz suerte mia!
Yo me voy, Arias Gonzalo;
que el pecho de una muger
no es posible sufrir tanto.

Vase Doña Urraca, y suena una trompeta, y descubre en un caballo à D. Diego Ordoñez de Lara, que viene armado, cubierto de luto, y con una mortaja al hombro y un Crucifixo en la mano derecha.

Arias. ¿Mas que bastarda trompeta
suena por este otro lado,
y haciendo en los montes ecos
pide silencio à los campos?

Alli viene un caballero,
ya con la vista le alcanzo,
ya le conozco en el brio,
y es sin duda, no me engaño,
Don Diego Ordoñez de Lara,
que tiene por nombre el bravo,
todo cubierto de luto
hasta los pies del caballo:
debajo del luto lleva
un arnés muy bien trazado,
una mortaja en el hombro,
y un Crucifixo en la mano.
Hacia el Crucifixo mira,
y con él viene hablando;
aqui llega, y hablar quiere,
atento quiero escuchallo.

D. Dieg. Ah Zamoranos cobardes,
desleales, fementidos,
oidme, testigo el Cielo

de las verdades que os digo.
 Consejo fue de Zamora,
 deslealtad, traycion ha sido
 el matar al Rey Don Sancho
 por las manos de Bellido.
 Y así reto de traydores,
 primero al consejo mismo,
 à los chicos, à los grandes,
 à los viejos, à los niños;
 hasta las mugeres reto,
 à los muertos, à los vivos,
 y reto à los por nacer,
 pues sois pocos los nacidos:
 y reto en vuestra Zamora
 plazas, calles, y à quien hizo
 de la mas humilde casa
 al mas sobervio edificio:
 reto el pan, reto la carne,
 reto el agua, reto el vino,
 à las aves de los vientos,
 à los peces de los rios:
 à quanto os sustenta reto,
 y en el campo desafio
 al que à defender se atreva,
 que Zamora no ha sabido
 en tan villana traycion
 y en tan infame delito.

Arias. Don Diego Ordoñez de Lara,
 en lo que agora haveis dicho
 hablastes como valiente,
 pero no como entendido.
 ¿En lo que hicieron los grandes
 que culpa tienen los chicos?
 ¿y que merecen los muertos
 en lo que hicieron los vivos?
 ¿y que han culpado en Zamora
 calles, plazas, edificios?
 ¿que saben de sentimientos
 los que no tienen sentidos?
 ¿sabéis como està ordenado,
 y por ley establecido,
 que el que retare à consejo
 ha de matarse con cinco?

Dieg. Ya lo sé, y con cinco mil
 à matarme me apercibo;
 mañana en saliendo el sol
 sustentaré lo que he dicho
 en el campo, si es que salen
 esos cinco. *Arias.* Yo y mis hijos

moriremos por Zamora.

D. Dieg. Bien decis, pues yo me obligo
 à mataros. *Arias.* Dios lo sabe,
 y el responder à esos brios
 para mañana dilato.

D. Dieg. A mi espada lo remito;
 y à vos, por quien pienso ser
 instrumento del castigo.

*Los dos versos postreros los dice Don Diego mi-
 rando al Crucifijo, y vase, y Arias Gonzalo
 entrase de la muralla, y salen el Rey*

D. Alonso y Zayda Mora.

Zayda. ¿Alonso, que te parecen
 los jardines de Toledo?

R. A. Que envidia tenelles puedo
 de que tus plantas merecen.

Zayd. ¿Que trascendentes olores,
 que cristalinas corrientes
 no regalan estas fuentes?
 ¿no consuelan estas flores?
 ¿no divierte esta verdura?

R. A. Todo àiegra el corazon,
 y mas las fuentes que son
 espejos de tu hermosura.

Zayd. Bien tu amor me lisongea.

R. A. ¿Pues, señora, has de pensar
 que à mi me puede alegrar
 cosa que tuya no sea?
 Este agrado universal
 de darnos Flora en su falda
 à pedazos la esmeralda,
 y desatado el cristal:
 estos arboles con brios,
 estas flores à manojos,
 todo ha de verse en tus ojos
 para lucir en los míos.
 Tú fuiste despues del Cielo
 en este destierro mio
 gobierno de mi alvedrio,
 de mis trabajos consuelo.
 Y fue tantos intereses
 del alma tu rostro bello,
 que fuiste en fin todo aquello
 que me importaba que fueses.

Zayd. Al menos puedes creer
 que para verte servido,
 ya que todo no lo he sido,
 todo lo quisiera ser.

R. A. Eres toda mi alegría

nunca à mis ojos ausente;
una cosa solamente
te falta para ser mia,
que es tener Christiano el sér.

Zayd. Solo no puedo por tí
ser Christiana. R. A. ¿Còmo así?

Zayd. Porque por mí lo he de sér.
Conoci la ceguedad
de mi ley, y la he mudado;
y así aunque por tí he llegado
à conocer la verdad:
pues se ha fraguado en mi pecho
acto tan libre, no es justo
decir que fue por tu gusto
lo que ha sido en mi provecho.

R. A. ¡Què influencia, què ventura
causò tan dichoso efeto,
como ver en un sugeto
tu discrecion y hermosura!
Solo en tí sola conviene
hermosura y discrecion.

Zayd. ¡Hai Alfonso! Alimaymon
con sus Morabitos viene.
Y como sospecha en fin,
que llegamos à querernos,
parecelle ha mal el vernos
en lo oculto del jardin:
para escusar en mi daño
la pena del que diràn,
la sombra deste arrayan
lo ha de ser de nuestro engaño.
Aqui te finge dormido,
por escusar el calor
de la siesta. R. A. En nuestro amor
esto solo havrà fingido.

*Entrase en un arrayan, que ha de haver, y
ponese fingiendo estar dormido, y salen el
Rey Moro, y dos Morabitos
viejos.*

Alim. Bella es Toledo. M. 1. Es famosa.

M. 2. A tener tan buena estrella
como es fuerte y como es bella,
no estuviera peligrosa.

Alim. ¿Peligrosa? Algun recelo
me das. M. 2. Bien puedes temer.

Alim. ¿Toledo se ha de perder?

M. 2. Así està escrito en el Cielo.
Mas tu cuidado y prudencia
vencerà à la Astrologia;

porque es la sabiduria
mas fuerte que la influencia.

Alim. ¿No està Toledo fundada
en lugar tan eminente?

¿No hacen su muro y su gente
inexpugnable su entrada?

¿No es fuerte la menor torre
de su alcazar? M. 2. Pues conviene,
oye la falta que tiene,
mira el peligro que corre.

R. A. Esta plastica en que asisto,
podrà importarme despues.

Zayd. Casi, casi entre los pies
le tienen, y no le han visto.

Alim. Adviertes notablemente.

M. 2. Aunque es Toledo invencible,
tiene el socorro imposible
de bastimento y de gente.
Y así à la larga cercada,
por hambre se ha de perder;
que mas cruel suele ser
que la lanza y que la espada.

Alim. Habla bajo, porque el viento
tiene voz y tiene oido.

R. A. No es malo estar advertido.

Alim. En mi cerrado aposento
de cosas tan importantes
fuera bien que me tratàras.

M. 2. Bien adviertes, bien reparas,
y si me advirtieras antes,
yo tuviera::

Vanse entrando, y vén à Alfonso dormido:

Alim. ¿Es el Christiano

Alfonso? M. 2. La lengua muda.

M. 1. Con lo que ha oido, no hay duda
que està Toledo en su mano,
si te quiere ser traydor.

Alim. Prenderèlo. M. 1. Bien haràs.

M. 2. Por asegurarte mas,
matalle sera mejor.

R. A. ¡Hai de mí! yo soy perdido.

Zayd. ¡Hai, mi Alfonso! R. A. ¿Què harè pues?
¿hablarèles? Mejor es
el fingir que estoy dormido.

Alim. Irè contra el juramento
y palabra que le di,

si es que le mato. Zayd. ¡Hai de mí!
Matàrame el sentimiento.

Alim. ¿Si duerme? Zayd. Yo estoy muriendo.

en viendo azero desnudo,
serè de su pecho escudo.
Alim. No lo havrà oido durmiendo.
Tengole mucha aficion,
y no le podrè matar.
M. 2. ¿Y es razon aventurar
tu Reyno? *Alim.* Tienes razon.
Llegad , matalde. *Zayd.* ¡O Alà!
Alim. Espera. *Zayd.* ¡Yo soy perdidal
R. A. Peligro corre mi vida.
Alim. Durmiendo , durmiendo está.
Dexaldo : si no durmiera,
temiendo su muerte clara,
sin duda se levantára,
sin duda se defendiera.
A lastima me provoca:
quierole bien. *M. 1.* Haz mirar,
si está mojado el lugar
adonde tiene la boca;
que es evidente señal
de que el sueño es muy pesado.
R. A. Yo harè que le hallen mojado.
Zayd. ¡Hai cuitadal
R. A. ¡Estoy mortall
M. 2. Mojado está , llega à vello.
Alim. No hay que temer.
Miranlo todos.
M. 2. Mas , señor,
advierte:: *R. A.* Con el temor
se me levanta el cabello.
Tocandole el cabello uno de los Morabitos , se le levanta.
M. 2. Que el çabello que levanta
en su cabeza , es corona,
y no sè como perdona
tu cuchillo à su garganta.
Que ha de ser Rey de Toledo
me dice à voces la ciencia;
llega , haràs una experiencia.
R. A. ¡Muerto soy! *Zayd.* ¡Muriendo quedol
M. 2. Haz à tu mano humillarse
su cabello levantado.
*Pasandole el Rey la mano por encima el ca-
bello , le baxa , y luego vuelvesele
à levantar.*
¿Ves que apenas le has baxado,
quando vuelve à levantarse?
¿pues en què reparas ya?
si no le mandas matar,

en Toledo ha de reynar
Alfonso. *Alim.* ¡Valame Alà!
Con este azero probar
como con la mano quiero,
si baxa el pelo.
*Sale Zayda , y pñese delante el Rey , que
havia echado mano à su aifange para Alfon-
so , que estaba aun durmiendo , sin mos-
trar que sentia lo que pasaba.*
Zayda. Primero
por mi pecho ha de pasar.
Alim. ¿Què os va à vos , sobrina mia,
en esto? *Zayd.* Vame , señor,
el estimar tu valor,
que es tan mio. *R. A.* ¡Hai , mi a legrial
Zayd. ¿Si està Alfonso en confianza
de tu palabra en tu tierra,
es fundarse en buena guerra
tu justicia y tu venganza,
el matalle asi à traycion?
¿Y yo , tio , he de tener
por justo el verte perder
la alabanza y la opinion?
Primero quiero morir
à tus manos. *Alim.* No hay dudar;
mas que no quise matar
al Christiano , has de advertir.
Pues solo quise , admirado
de tan notable estrañeza,
probar yo , si en su cabeza
el cabello levantado,
que no se humillò à mi mano;
se domeñaba à mi azero;
pero ya ni aun eso quiero,
pues quiero tanto al Christiano,
que es su vida propria mia.
Despues quiero aprisionallo. *Ap.*
M. 2. Si haces yerro en no matallo,
verà Toledo algun dia.
*Vase el Rey y los Morabitos , quedando
Zayda y Alfonso solos.*
Zayd. Gracias Alà , que mi bien
de tan gran peligro sale.
R. A. Por muchos amigos vale
la muger que quiere bien.
Zayd. Levanta , mi Alfonso amado,
y del peligro te aleja.
R. A. Mi querida Zayda , dexa
que bese lo que has pisado:

que mas meritos arguyo
de tu caliad inmensa.

Zayd. ¿Qué hice por tu defensa
en dar un pecho que es tuyo?

R. A. Tu eres mi seguro puerto.

Zayd. No sé agora si lo está.

*Sale Peranzules con unas Cartas, y
daselas á Alfonso.*

R. A. ¿Peranzules? *Per.* Señor, ya
nuestro Rey Don Sancho es muerto.

R. A. ¡Valame Dios! ¿qué he perdido
mi hermano? el alma lo siente.

Per. Por estas mas largamente
puedes saber cómo ha sido.

Pero con mas brevedad
le importará á tu persona
el partir por la corona

que heredaste. *Zayd.* Asi es verdad.

R. A. ¿Y cómo en tal confusion
podré escaparme de aqui?

Per. Fiando, Alfonso, de mi
la industria y la prevencion.

R. A. ¿Mas he de ser te cruel?
¿qué dices, mi sol divino?

Zayd. Que te haré llano el camino,
como te siga por él.

R. A. Adoro tal pensamiento.

Zayd. Emprendo tan grande hazaña.

R. A. Tú seras Reyna de España.

Zayd. Con ser tuya me contento.



JORNADA TERCERA.

*Salen Arias Gonzalo y sus quatro hijos Pedro,
Arias, Diego Arias, Rodrigo Arias, Gon-
zalo Arias, armados todos cinco.*

Arias. Ya, Pedro, sois Caballero.

P. A. Tu bendicion á tus pies
me ánima, imitarte espero;
pues tengo como el arnés,
el pecho tambien de azero.

Arias. De mi mano estais armados
los quatro. *R. A.* Danos, señor,
la bendicion. *Arias.* Sed honrados
para que imiteis mejor
el valor de mis pasados.

A morir, si no á vencer,

hoy los cinco havemos de ir,
y yo el primero he de ser:
seré el primero al morir,
pues fui el primero al nacer.

D. A. Eso, mi padre, seria
mengua nuestra. *G. A.* Y por tu cuenta
nuestra afrenta correria.

R. A. Mira, señor, que es afrenta
de mis hermanos y mia.

P. A. ¿Tan poca seguridad
tienes de nuestro valor?

R. A. ¿Y tan poca autoridad
tiene mi opinion, señor?

Arias. No me repliqueis, callad.

¿Soy muerto yo? ¡Cielo santo!

¡oh lo que tarda en salir

el sol! pero no me espanto:

teme que lo han de partir,

y por eso tarda tanto.

Sol hermoso, alegra el dia,

y contrapuesto al ocaso

logra la esperanza mia.

¿Lo que te detiene el paso
es pereza, ó covardia?

¿Hay cosa que te acovarde?

¿Por qué me consuelas tarde?

De ti me quiero quejar.

¿Quando salgo á pelear

es razon que estés covarde?

R. A. Mucho, padre, has madrugado.

D. A. Sospecho que no has dormido.

Arias. Hijos míos, el honrado

mientras se siente ofendido,

ha de vivir desvelado.

Ponerme las armas quiero.

G. A. Aqui están. *Arias.* Y podrá ser

que salga el sol mas ligero,

con la vanidad del ver

sus reflexos en mi azero.

Sale Doña Urraca.

Urr. ¿Arias Gonzalo? *Arias.* ¿Señora?

Urr. Padre, señor. *Arias.* A vencer,

ó morir me parto agora;

yo el primero he de volver

por tu honor y por Zamora.

Urr. ¿Y eso es justo en ocasion
que están tus hijos delante?

Arias. Mientras vivo, no es razon
que dexé de ser Atlante.

yo mismo de mi opinion.
 Dadme esas armas. *Urr.* Dexad
 de hacer tan notable exceso:
 sustenta mi autoridad,
 padre del alma, que es peso
 mas conveniente à tu edad.

Y perdona, si te doy
 pena en esto. *Arias.* De que asi
 me trates, corrido estoy;
 pues si no soy lo que fui,
 aun es algo lo que soy.

La lanza puedo empuñar,
 y ha bien poco te prometo
 que saliendo à pelear,
 despues de pasado el peto,
 la rompì en el espaldar.

Manos tengo, y si me hallo
 con la gota, esto no es
 ocasion para escusallo;
 pues à falta de dos pies
 quatro me darà un caballo.

Demàs de que no pudiera
 escusarme, cosa es clara,
 aunque tan sin sèr me viera,
 que de morir acabàra,
 ò por nacer estuviera;

pues que con tanta osadia
 Don Diego à los por nacer
 y à los muertos desafia.

Urr. Padre, pues cinco han de ser,
 sè el postrero. *Arias.* No, hija mia.

No, señora. *Urr.* ¿Còmo no?

Arias. Supuesto que me habilito
 para salir: *Urr.* ¿Quièn tal vio?

Arias. Mi opinion desacredito,
 no siendo el primero yo.

Si mis hijos donde quiera
 me dàn el primer lugar,
 que yo el postrero escogiera,
 quando salgo à pelear,
 covardia pareciera.

Dame el peto y espaldar,
 que ya mi sangre alterada
 hierbe en mi pecho. *Urr.* ¿Dexas

me quereis desamparada,
 quando me acaba el pesar?

¿Quando en tanta confusion
 recelo tanto los tiros

de esta sangrienta ocasion,

que hasta mis propios suspiros
 pienso que gigantes son:
 quanto mas he menester
 tu favor, sola me dexas?

Vuelve, y echaràs de ver
 mis lagrimas y mis queexas,
 que à un monte pueden mover.

Acuerdate que Fernando,
 mi padre y tu Rey, muriendo
 te llamò, y agonizando
 dixo: A Urraca te encomiendo,
 y respondiste llorando:

Yo te prometo, señor,
 de nunca desamparalla.

En cumplir esto mejor
 que en salir à la batalla
 acudiràs à tu honor.

Arias. Infanta, à morir provoca
 tu quexa y tu sentimiento;
 y ya advierto que en tu boca
 es tu ruego mandamiento,
 y obedecello me toca.

Mas oye, escucha y repara
 en lo que decirte quiero:

à mis hijos enviàra,
 mas es bravo caballero.

Don Diego Ordoñez de Lara.

Y aunque fuertes caballeros
 son mis hijos, ¡hai de mi!

temo mucho sus aceros,

y asi los golpes primeros

quiero que execute en mi.

Que aunque mis intentos buenos

no saquen de esta jornada

otra cosa, por lo menos

embotando en mi su espada

cortarà en mis hijos menos.

Recelo el vello morir

à sus manos. *Urr.* ¿Què pesar!

Arias. Salir quiero à combatir,

pues me promete el quedar

mayor pena que el salir.

¡Hai mis hijos! *Urr.* ¿Y no son

tan de hija estos abrazos?

Arias. Lastimanme el corazon.

Urr. No saldàs de entre mis brazos,

Atlante de mi opinion.

Arias. No tengo que responder,

porque à tan fuerte mandar

es mengua no obedecer.

Urr. Tus manos quiero besar.

Arias. Hijos, morir, ò vencer.

G. A. Por la edad me toca à mi ser primero. *R. A.* Yo saldrè, que tantas veces salì vencedor. *D. A.* Si merecì ser dichoso, yo serè.

P. A. De hoy armado caballero con mas ocasion te obligo.

Arias. ¿Què de cosas considero! El mas valiente es Rodrigo, mas es el que yo mas quiero; y querriale escusar, hasta que à mas no poder le tenga de aventurar.

El mayor havia de ser el primero en pelear;

pero, pues se ha derogado en mi esa ley, los menores iràn primero. *P. A.* Hasme dado mil glorias. *Arias.* Y mil temores en el alma me han quedado.

R. A. Notablemente me aflixo, señor, de tus estrañezas.

Arias. Callad, pues à Pedro elijo; con notable hazaña empezas à ser caballero, hijo.

Por tu patria y tu honor vas al campo, no hay que temer, que sin duda venceràs: piensa que vas à vencer, pero no discurras mas.

Porque resuelto à salir no tienes mas que pensar, que es dañoso el discurrir, pues nunca acierta à matar quien teme que ha de morir.

Urr. Tan gran valor no se halla en la tierra. *R. A.* Todo es fuego: ¡O lo que siente quien calla!

Tocan dentro una trompeta.

Arias. Ea, hijos, ya Don Diego hace señal de batalla.

Una y dos veces replica la trompeta. ¡Ah quien pudiera salir! Mis males publica, sobradamente me altera, ¡què daños me pronostical

Vèn, pondrète la celada.

¿Tiemblas, hijo? Espera, tente.

P. A. No es covardia. *Arias.* No es nada, que siempre tiembla el valiente antes de sacar la espada.

P. A. Padre, confianza tèn de mi fuerza y de mi brio.

Arias. Llegate, llegate bien, llevate este aliento mio y esta bendicion tambien.

Urr. Tengo el alma enternecida.

Ap. Arias. Por ti quedo sin juicio.

Urr. A tus brazos irè asida.

Arias. Este es el mayor servicio, que pude hacerte en mi vida. *Vanse.*

Salen dos Soldados.

S. 1. No puedo dexar de ver la batalla, aunque la siento.

S. 2. Hasta el sol està sangriento, sangriento el dia ha de ser.

S. 1. El mirar la empalizada la sangre al pecho retira.

S. 2. ¡Y què de gente la mira atonita y admirada!

Hombres y piedras se imitan en el callar. *S. 1.* ¿Quièn viò tal? A silencio general unos à otros se incitan.

Salen los Condes Nuño y Garcia, y sientanse en las sillas.

C. 1. No vi tan gran suspension.

C. 2. Ni temì tan triste dia.

S. 2. Los Condes Nuño y Garcia se sientan: ¡Júces son.

S. 1. ¿Còmo ese cargo no han dado al gran señor de Bivar?

Tocan atabalillos.

S. 2. No lo ha querido aceptar por no serlo apasionado.

Pero alli està, ¿no le vès? armando una tienda està.

S. 1. Para Don Diego serà.

Es fiel del campo. *S. 2.* Así es.

Salen en el andamio de Zamora Doña Urraca y Arias Gonzalo.

Arias. Darès animo, señora, à mis hijos desde aqui.

Urr. Contra mi gusto salì.

S. 1. Al andamio de Zamora

llena de luto funesto
 sale la Infanta. *S. 2.* Honraràlo
 al buen viejo Arias Gonzalo,
 que à sus espaldas se ha puesto.
 Hàcia alli suena ruido.

S. 1. Don Diego debe de entrar.
S. 2. No nos faltará lugar,
 aunque tarde hemos venido. *Vanse.*

C. 1. Con bravo denuedo ha entrado
 Don Diego Ordoñez de Lara.
C. 2. Escrito tiene en la cara
 el valor que Dios le ha dado.

Urr. Con notable gallardia
 entra Don Diego. *Arias.* Es muy fuerte;
 es la imagen de la muerte: *Ap.*
 ¡hai hijos del alma mial
 Es gallardo, es bravo y fiero.

Urr. Espanto pone el mirallo.
 ¡Què bien se pone à caballo!
Arias. Es famoso caballero.
 Es un fuerte Castellano,
 ¡ah señora, que tû has hecho;
 tan à costa de mi pecho,
 que no me oponga à su mano!
 ¡Quànto diera por ser yo
 el primero que saliera,
 à donde mi muerte viera
 y la de mis hijos nol

Urr. De que se apeè, me espanto;
 Don Diego. *Arias.* ¡Infelice soy!
 y yo rebentando estoy
 de que Pedro, tarde tanto.
Salen Rodrigo y Don Diego.

Rod. A mì me ha tocado el ser
 fiel del campo. *D. Dieg.* A mì en rigor
 me toca el ser vencedor.
 Mi justicia ha de vencer,
 y con esta confianza
 salgo al campo à pelear.

Rod. Mucho aprovecha el fundar
 en justicia la venganza.

D. Dieg. Pues cinco contrarios son
 los que yo à vencer me obligo,
 plantar por cada enemigo
 quiero en la tierra un baston.

Rod. ¿Don Diego, estallos plantando
 què mysterio representa?

D. Dieg. Para no perder la cuenta
 de los que fuere matando.

Y asi quiero à cada vida
 que quite, al ayre arrojar
 un baston. *Rod.* Baste tocar
 la vara que està tendida
 en el campo, si salieres
 vencedor, y vè à vencer.

D. Dieg. Las dos cosas pienso hacer;
Rod. Eso serà, si vencieres.

D. Dieg. Justicia definiendo agora,
 y harà mi vida inmortal.
Hacen señal dentro.

Urr. ¡Què temerosa señal
Arias. Este es mi hijo, señora.
 Bien se pone, brio tiene,
 ¡hai hijo! vuelve à mirallo.

Rod. Ven à ponerte à caballo,
 que ya tu contrario viene.

D. Dieg. Con valor y sin recelo
 irè à quitalle la vida;
 pues que la sangre vertida
 de mi Rey clama en el Cielo.
Vanse Rodrigo y Don Diego.

Arias. Ya saludando à tu Alteza
 aprieta el peto al arzon.

Urr. Dale tû la bendicion
 mientras baja la cabeza.

Arias. Ya lo hago, y tû le haz
 merced que le infunda brio.

Urr. Fuego del alma le envio,
Arias. Denuedo tiene el rapaz.
 ¿Quièn esperiencia le diese
 para engaste del valor?

Urr. Tû le veràs vencedor.

Arias. ¡Ah señora, si venciesel

C. 1. Igualmente han parecido
 en lo galàn. *C. 2.* Y en lo fuerte
 lo son: con cuidado advierte
 que ya el sol les han partido.

Arias. Ya les dàn lanzas; holgàra
 que el padrino le advirtiera,
 de que una lanza escogiera
 que como un roble pesàra;
 porque quanto mas pesada,
 và en el ristre mas segura.

Urr. El Cielo le dè ventura.

Arias. Ya le calan la celada.
 Dios te guiè. *Urr.* De mirallo (*Asomase ma-*
 me desmayo, ¡triste calma! (*cho Arias.*
 ¿Dònde vàs? *Arias.* Llevanme el alma
 en-

entre los pies del caballo.

Donde la guia el cuidado,
el descuido me abalanza.

¡O qué bien rompiò la lanzal

Urr. Terrible encuentro se han dado.

C. 2. Las lanzas hechas hastillas
verà la esfera abrasadas.

C. 1. Ya sacaron las espadas.

Arias. Hara Pedro maravillas.

Urr. Dios te guarde. *C. 2.* Què reñida

es la lid. *Arias.* ¡Ah quièn pudiera

ser su impulso! yo le diera
mas à tiempo aquella herida.

Con mayor brio desea
Pedro volver por Zamora;
pero Don Diego, señora,
con mas acuerdo pelea.

Urr. ¿Y eso es ventaja? *Arias.* En rigor,

de no poca diferencia;
que en las armas la experiencia
es mas fuerte que el valor.

Muerto es Pedro. *Urr.* ¡Hai desdichadal
causòlo mi poca dicha.

Arias. ¡Valame Dios! mi desdicha
lleva Don Diego en la espada.

C. 2. Venciò el de Lara. *C. 1.* Es muy fuerte,
diòle dos golpes estraños
al pobre joven. *C. 2.* Sus años
se llevò en agraz la muerte.

Urr. Mi malograda esperanza
sangre por mis ojos llora.

Arias. Mira que impides, señora,
con el llanto la venganza.

Demàs, qué no hay que llorar

à quien muere honradamente;

la pena que el alma siente
me importa disimular:

no digan, pues soy honrado,
que como muger me atlixo.

*Salen Don Diego Ordoñez de Lara, y Rodri-
go de Bivar: saca Don Diego un bas-*

ton del suelo, y dice.

D. Dieg. Don Arias, envia otro hijo,
que este ya tiene recado.

Arias. Ya te le estoy previniendo.

D. Dieg. Y yo lo estoy esperando.

Arias. Don Diego, vence matando,
pero no afixas diciendo.

Urr. Mas valiente que piadoso

y cortès eres, Don Diego.

D. Dieg. Vengo à mi Rey, estoy ciego
de colera, estoy furioso.

Rod. Si, mas en esta jornada
advierte, por vida mia,
que nunca la cortesia
quitò la fuerza à la espada.

D. Dieg. Rigor haya solo en quien
sigue venganza tan fiera.

Rod. Ven, descansa. *D. Dieg.* Si estuviera
cansado, dixeras bien.

Rod. Pues ven, y espera à caballo
al enemigo segundo.

D. Dieg. En eso solo me fundo:
ola, denme otro caballo.

*Vanse Rodrigo y D. Diego, y sale Diego Arias
y se arrodilla à los pies de su padre
pidiendole la mano.*

Arias. Diego Arias, mi bendicion
recibe. *D. A.* Dame la mano.

Arias. Con la muerte de tu hermano
das mas fuerza à tu razon.

Como caballero honrado

hizo eterna su alabanza,

vè à pagalle en la venganza

el exemplo que te ha dado.

Sosiega la fortaleza,

pues te enseño à costa mia,

que venciò la valentia

Don Diego con la destreza.

Vé, hijo, y para imitallo

en el valor y en la suerte,

quando peles, advierte,

que el que pelea à caballo

no basta que en la estacada,

sin ser diestro, fuerte sea;

pues con las riendas pelea,

con la espuela y con la espada.

Y como en sabello hacer

consista el ser vencedor,

mas acuerdo que valor

le importa para vencer.

Tù, hijo, acordadamente

emplea manos y pies,

con la colera no des

las heridas ciegamente.

No tires golpe jamás,

aunque te cieguen las iras,

sin mirar à donde tiras,

y saber à donde dàs.
 Busca à la espada caminos
 que mas vale en la ocasion
 un golpe con intencion,
 que muchos con desatino.
 Y vè , que por mi has tardado,
 pero disculpado estoy,
 pues muerto Pedro , te doy
 consejos de escarmentado.

D. A. Y tù , señora: *Urr.* Yo , **Diego**,
 mal llorando te hablarè:
 vè con animo. *D. A.* Yo irè
 lleno de llanto y de fuego.

Vase.

C. 1. Es unica maravilla
 el Lara. *C. 2.* Tienes razon:
 apenas tocò el arzon,
 quando se puso en la silla.

C. 1. ¡Què bien se pone à caballo!

C. 2. ¡Què gallardo es el overo
 que mudò! *C. 1.* Tal caballero
 merece tan buen caballo.

C. 2. Debe de ser una pluma,
 si la espuela le provoca.

C. 1. Por los ojos y la boca
 arroja fuego y espuma.

C. 2. Gallardamente procura
 sèr simbolo de la guerra;
 parece que abre la tierra,
 quando asienta la herradura.

C. 1. El segundo combatiente
 viene ya. *Arias.* Ya viene **Diego**.

C. 2. Con brio sobre sosiego
 parece bien. *C. 1.* Es valiente.

Urr. Aprovechè la licion,
 reportado muestra el brio,
 yo le animo. *Arias.* Y yo le envio,
 las alas del corazon.
 ¡Hai mis hijos! pues no hay dolo
 en mi razon , gran consuelo
 serà contentarse el Cielo
 de cinco con uno solo.

Tocan una trompeta.

Dios te guarde. *Urr.* ¡Què estrañezal!
 ¡qué horror! estoy sin sentido.

Arias. Con el encuentro ha perdido
 del arnès la mejor pieza.
 Gallardamente acomete
 con la espada , pero està
 desarmado ; segun vè,

desastrado fin promete.
 Guarte , guarte , ¡hai hijo! muero:
 que Don Diego , sin tirarte,
 te vè buscando la parte
 donde te falta el acero.
 ¡Hai fortuna! ya le ha hallado,
 ya dos hijos he perdido,
 el uno por no advertido,
 y el otro por desdichado.

Urr. ¡Jesus! terrible rigor
 de mi desdichada suerte.

Arias. Pero ya el alma convierte
 esta lastima en furor.

C. 1. Aun no muestra estar cansado
 Don Diego. *C. 2.* Es hombre de acero.
Salen Don Diego y el Cid.

D. Dieg. Don **Arias**, envia el tercero,
 que el segundo ha despachado.

Sale arriba Rodrigo Arias , y dice.

R. A. Ya vè , Don Diego , ya vè.

D. Dieg. Ya te aguardo , ya te aguardo.

Rod. El valiente , aunque gallardo,
 habla menos. *D. Dieg.* Bien està,

R. A. Padre , ya tengo abrasada
 toda el alma por salir.

D. Dieg. Vèn , y acaba de tefir
 la guarnicion de mi espada.

Rod. ¡No adviertes què contradice
 al mucho hacer , mucho hablar!

D. Dieg. Bien le pueden perdonar
 al que hace lo que dice:
 ola , otro caballo.

Vanse el Cid y Don Diego.

Arias. No
 hay mas paciencia , Rodrigo:
 yo quiero salir contigo
 à sèr tu padrino yo.

Y asi en el trance feroz
 mas cercano , mas violento,
 alcanzaràte mi aliento,
 y animaràte mi voz.

Dame licenèia , señora,
 para esto. *Urr.* Justo es;
 que ya , Gonzalo , no es
 tiempo de terneza agora.

Tan grande rigor me alcanza,
 que enjugò con estrañezza
 el agua de la terneza
 al fuego de la venganza.

Ya no con tiernos enojos
puedo llorar, y sospecho
que me ha endurecido el pecho
tu sangre, que está en mis ojos;
tanto que aunque soy muger,
si mi honor no lo impidiera,
yo por vengarte saliera
á pelear y á vencer.

Arias. Señora, dame las manos
por merced tan singular.

Urr. Ea, Rodrigo, vé á vengar
con tu padre á tus hermanos.

R. A. A eso voy, y tèn por cierto
que no temo al enemigo.

Arias. Y para vengar, Rodrigo,
los hermanos que te han muerto,
en la espada y en la mano
de tu contrario valiente
mira la sangre inocente
de un hermano y otro hermano.
El alma pon en tu honor,
en la furia tus enojos:
abre al peligro los ojos,
y cierra el pecho al temor.
Ponte seguro á caballo,
á Dios primero te humilla,
y afirmandote en la silla,
á tiempo pica el caballo.
Lleva la lanza segura,
esgrime diestro la espada,
aunque todo importa nada,
si es que te falta ventura.

R. A. Ya eso parece dudar
en lo que tengo de hacer.
¿No sabes que se vencer?
¿no sabes que se matar?
¿Fuerte el mundo no me llama
á costa de tantas vidas?
Si de lo que soy te olvidas,
preguntaselo á mi fama.
Vamos, que corrido estoy
de que en mi valor dudaste:
tù, padre, que me engendraste,
sabes menos lo que soy.
Confiate de mis manos,
en mi tu venganza espera;
y ojalá que yo saliera
primero que mis hermanos.

Arias. Mi eleccion sin duda errò,

pues tú mejor peleáras.

R. A. Y dos hijos te escusáras,
á ser el primero yo.

Arias. Ea, hijo, á Dios, señora. *Vanse.*

Urr. Sin corazon me han dexado,
¡qué de sangre me has costado!
¡hai infelice Zamoral!

C. 1. Que apenas descansa, advierte,
Don Diego Ordoñez de Lara.

C. 2. Aunque un monte lo engendrara,
no pudiera ser mas fuerte.

C. 1. A Rodrigo Arias le toca
esta tanda. *C. 2.* Asi es verdad;
tiene grande autoridad
su opinion. *C. 1.* Con todo es poca,
para lo que es de valiente
con la lanza y con la espada.

C. 2. Ya se previene su entrada,
pues se alborota la gente.

C. 1. Su padre le padrina,
y el fuego en su honor atiza.

Urr. ¡Qué bien Gonzalo autoriza
el oficio en que se emplea!
¡Hai Jesus! ¿Podrèlo ver?
Bravo encuentro: el horizonte
atronò, como si un monte
acabara de caer.

Horror es vellos y oillos
herirse con las espadas,
ayunques son las celadas,
y las espadas martillos.
Iguales son en valor.

C. 1. No vi batalla en mi vida
mas igual y mas reñida.

Urr. ¡Qué recelo, qué dolor!

C. 2. ¡Qué bien combaten! *Urr.* ¡Qué pena!

C. 2. Ninguno en la fuerza afloxa.

Urr. Ya los dos con sangre roxa
tínen la menuda arena.
Si con mi llanto te obligo,
Cielo, templa mi cuidado:
terrible golpe le ha dado
el de Lara á mi Rodrigo.
Derríbòle la celada,
y haciendo dos de una pieza,
le dexó cara y cabeza
toda en su sangre bañada.

¡Con qué desesperacion
quiere vengarse! De un tajo.

le partiò de arriba abaxo
 cabeza , riendas y arzon
 al caballo de Don Diego;
 huyendo à los vientos sigue,
 y Rodrigo le persigue
 sangriento , turbado y ciego.
 C. 1. De la estacada ha salido.
 C. 2. El caballo le sacò.
 C. 1. Y Rodrigo Arias cayò
 del suyo. *Arias.* Desdicha ha sido.

*Sale Rodrigo Arias mortalmente berido , y
 tras él Arias Gonzalo.*

R. A. ¿He salido vencedor,
 padre? *Arias.* A costa de mis penas.
 ¡ah Cielo y por quantas venas
 ofrezco sangre à mi honor!

Urr. A pie està Don Diego Ordoñez
 fuera de la empalizada,
 que en saltando del caballo
 le pasò de una estocada.
 Para volver à la lid
 el un pie tiene en la raya.

Dentro. Ya es vencido , ya es vencido.

Dentro. Vuelva , vuelva la batalla.

R. A. Vuelva , y aunque estoy sin vida,
 pelearè con el alma.

Urr. Unos le tiran à dentro,
 y otros le estorvan la entrada.

Sale Don Diego.

D. Dieg. La culpa de mi caballo
 no se atribuya à mis armas;
 yo he vencido , pues matè
 mi contrario. *R. A.* Tente , Lara.

Arias. Mi hijo solo ha vencido,
 que ha quedado en la estacada,
 y el que otra cosa dixere,
 miente por medio la barba.

R. A. Padre , muera quien lo dice:
 el animo no me falta
 aunque muero. *D. D.* El mundo es poco
 para el rigor de la espada.

Rod. Detente , Don Diego Ordoñez,
 espera , valiente Lara;
 pues el fiel del campo soy,
 yo defenderè tu causa.

C. 1. Tente, Don Diego. *C. 2.* D. Diego,
 oye. *R. A.* ¿Padre? *Arias.* ¿Hijo del alma?

R. A. ¿He vencido? *Arias.* Sì has vencido.

R. A. Muera yo , viva mi fama.

Urr. Ah jueces Castellanos,
 con reèctitud esta causa
 segun fueros de Castilla
 juzgad. *C. 1.* Sì haremos , Infanta,
 y para hacello , à Don Diego
 le mandamos que se vaya.

Urr. Arias Gonzalo , Rodrigo,
 no me cabe en las entrañas
 esa desdicha que miro;
 voy à llorar mis desgracias. *Vase.*

D. Dieg. Es justo. *Rod.* Vete , Don Diego,
 que segun los fueros mandan,
 con mas acuerdo es razon
 dar al vencedor la palma.

D. Dieg. ¡Hai infelice Don Diego,
 que he sido afrenta de Español
 y estas riendas me han quedado
 para lazo en mi garganta. *Vase.*

R. A. ¿Padre , he vencido? ¿he vencido?

Arias. Famoso honrador de España,
 venciste con el valor,
 y mueres con la desgracia.
 Lastima das con terneza,
 y envidia con alabanza.
 Solo un muerto vencedor
 heroicamente juntara
 la lastima con la envidia
 enemigas declaradas.

Yo tus hazañas envidio,
 y tu muerte no llorara;
 pero esta sangre , que es mia,
 tierno iman de mis entrañas,
 llamando fuego à mis ojos,
 derrite en nieve mis canas.

R. A. Yo muero : ¿padre , he vencido?
 ¿Don Diego Ordoñez de Lara,
 espera? *Arias.* A Dios te encomienda,
 hijo , hijo. *Rod.* Ya no habla
 el padre con el dolor,
 y el hijo: *R. A.* ¡Jesus! *Rod.* Acaba
 de espirar en este punto.

C. 1. Ayudemosle à la carga,
 si no del pesar , del cuerpo
 que tiene en el Cielo el alma.

Rod. ¿Honrado pariente mio,
 no te consuelas , no hablas?
 pero como hablar no puedes,
 para responder , me abrazas.

*Sale D. Diego Ordoñez arrojando
las armas, con dos criados.*

D. Dieg. ¡Hai Cielo! ¡ah fortuna ayralal
¿si tú contra mí te armas,
para qué lucidas armas?
¿para qué valiente espada?

Criad. 1. Todas las armas arroja.

2. Y la tierra hace temblar.

D. Dieg. Acabaràme el pesar,
pues le ayuda la congoxa.

1. Señor, que curar no mandes
tus heridas, no es razon.

D. Dieg. Dexaldas, pequeñas son,
como mis desdichas grandes.

Dexadme solo, cerrad

la tienda, y no las heridas:

solo estas riendas partidas

en la mano me dexad. *Vanse los criados.*

Pondrèlas à mi dolor,

para que imite al caballo,

pues que no pude parallo,

tan à costa de mi honor.

Con causa podràn culpar

mi desacordado ser;

pues no me dexè caer,

ni le acabè de matar.

Con riendas el hombre sabio

suele enfrenar su passion;

pero en mí estas riendas son

como espuelas de mi agravio.

Mal parece mi pesar

en mis vitorias perdidas;

pero son riendas partidas,

Sale Rodrigo de Bivar.

Rodrigo. ¿Dònde te quiere llevar
tu resolucion estraña?

D. Dieg. A llorar mis afrentas, Cid famoso.

Rod. ¿Tú afrentado, Don Diego, habiendo sido
honra de España? La sentencia han dado.

D. Dieg. ¿De qué suerte? **Rod.** A Zamora dan por libre;

y à tí por vencedor. **D. Dieg.** ¿Y quedo honrado

de esa suerte, Rodrigo? **Rod.** Esos escrúpulos

son muy propios, Don Diego, en los que pesan

su honor con peso de oro: honrado quedas;

y con tantas ventajas, que yo envidio

hazañas tan famosas. **D. Dieg.** Dios te guarde;

¿y qué se ha hecho del traydor Bellido?

Rod. Condenadle al castigo merecido.

Atan à quatro colas de caballos

y no le pueden parar.

Que diràn de mí, que he sido

tan incapaz de valor,

que saliendo vencedor

iba huyendo del vencido.

Si en mi disculpa despues

no dicen los Castellanos

que vencì con proprias manos,

y hui con agenos pies.

Dexadme (pues haveis sido

validas del tiempo ingrato)

à mis ojos un retrato

donde està mi honor perdido.

*Sale un criado, y hacen dentro ruido, dando
voces en señal de alegria.*

Criad. ¿Señor? **D. D.** ¿Qué dices? ¿qué sientos?

Criad. En Zamora: **D. D.** ¡Hai suerte mia!

Criad. Con señales de alegria

esparcen voces al viento.

D. Dieg. ¿Qué será? Cai en la cuenta;

sin duda se declarò

que Rodrigo Arias vencì,

y se alegran con mi afrenta.

Rodrigo, dichoso fuiste,

como desdichado fui;

pues matando no vencì,

y muriendo me venciste.

Poca fue la suerte mia,

pues con mi valor no alcanza

de un muerto Rey la venganza,

que por mi cuenta corria.

¿Yo he sido afrenta de España?

irème à desesperar.

los quatro quartos de su cuerpo infame,
para que divididos y furiosos
le hagan quatro piezas, dando exemplo
à los demas vasallos. *D. Dieg.* Justamente
merece tal castigo tal delito.

¿Y de eso se alegran en Zamora?

Rod. Mayor causa tuvieron, que ha llegado
nuestro Rey Don Alonso de Toledo.

D. Dieg. ¿Y cómo se escapò? *Rod.* Notable industria:
huyo con Peranzules, ayudado
de la famosa Zayda; y ella viene
con el gran Don Alonso à ser Christiana,
y aun pienso que su esposa. *D. Dieg.* Dicha grande
tenemos todos con tan buena nueva:
es Alonso gran Rey. *Rod.* Ya van viniendo
todos los Ricos-omes de sus Reynos
à dalle la corona. *D. Dieg.* Por derecho
le toca à Don Alonso. *Rod.* Pues es justo,
vamos allà los dos. *D. Dieg.* Y no tardemos,
pues de ir volando obligacion tenemos. *Vanse.*

*Salen Don Alonso y Zayda, Doña Urraca,
Arias Gonzalo y Peranzules.*

R. A. Dicha fue grande. *Urr.* Y al Cielo
gracias le podemos dar,
pues apenas diò el pesar,
quando previno el consuelo.

R. A. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme à mi,
que es mi Zayda. *Urr.* ¡Gran valor!
¡gran belleza! *Zayd.* Yo, señor,
lo que era tuyo te di.

R. A. Yo soy tan tuyo, y estoy
con tal agradecimiento,
que no quedarè contento,
si mis Reynos no te doy.

Urr. Y yo agora mis abrazos,
y despues le besarè
la mano. *Zayd.* Tente, y pondrè
à tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida;
¿las que debo del honor,
còmo pagallas podrè
à mi padre Arias Gonzalo?

R. A. Un Rey, hermana, no es malo

por fiador, yo lo serè;
por tí pagarè, y por mí
nunca le podrè pagar.

Arias. Los pies te quiero besar;
¿quàndo, señor, mereci
esta merced? *R. A.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traydora
libre à mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

R. A. Yo quedo muy obligado
à estimarte y à valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado,
A morir podrè enviallos
por tí, pues conforme à ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

R. A. Eres exemplo de honrados;

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondrè silencio à mi mal
à pesar de mis cuidados. *Ap.*

R. A. Regala à mi Zayda hermosa.

Urr. Tengola ya por hermana.

R. A. Y despues de ser Christiana,
serà mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-omes por verte.

R. A. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Si harè. *R. A.* Tù seràs despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

R. A. A Dios, Cielo de estos ojos.

Vanse las dos, y sientanse, Alonso en su silla, y salen todos, y pasan haciendole acatamiento, y vanse sentando en bancos.

Arias. Este es Don Diego de Lara,
jò infelice Arias Gonzalo,
pues del que matò à mis hijos
veo la espada y la mano!
No porque à venganza obligue,
que el matillos en el campo
fue desdicha, y las desdichas
si afligieron, no afrentaron.
Y asi la tierna memoria
de mis hijos me ha obligado
à lagrimas de dolor,
y no à venganzas de agravio.

R. A. Pues el Cielo ha permitido
que mi hermano el Rey Don Sancho
fuese à pisar sus estrellas,
y yo soy del gran Fernando,
vuestro Rey, hijo segundos;
poco tengo que exhortaros
que me presteis la obediencia,
y comienze Arias Gonzalo.

Arias. ¿Españoles valerosos,
Leoneses y Castellanos,
Gallegos y Vizcainos,
Montañeses y Asturianos,
jurais à Alonso por Rey?

Tod. Sì juramos, sì juramos.

R. A. ¿Don Rodrigo de Bivar,
còmo tù solo has callado?

Rod. Oye el por què no te juro,
pues no te ofendo, aunque callo:
señor, el vulgo atrevido
locamente ha murmurado
que fuì complice por ti
en la muerte de tu hermano.
Y para que bien se entienda
con la vérdad lo contrario,
serà bien satisfacelle.

R. A. ¿Còmo? *Rod.* Poniendo la mano
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo,
y encima de la ballesta

un Christo crucificado.

Sacan el cerrojo y la ballesta:

R. A. Yo prestarè el juramento:
¿quien se atreverà à tomallo?

Rod. Yo que no conozco al miedo.

D. Dieg. Por la vista arroja rayos.

Rod. Villanos te maten, Alonso,
villanos que non fidalgos
de las Asturias de Oviedo,
que no sean Castellanos:
con cuchillos montañeses,
no con puñales dorados,
abarcas traygan calzadas,
y no zapatos de lazo:
capas traygan aguaderas,
no de contray delicado;
y saquente el corazon
por el siniestro costado:
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.

¿Jurarlo asi? *R. A.* Asi lo juro:
es testigo el Cielo santo.

Rod. Mueras de su misma muerte,
de otro Bellido pasado
de las espaldas al pecho
con un agudo venablo,
si mandaste, si supiste
en la muerte de Don Sancho;
y di amen. *R. A.* Amen digo.

Rod. Pon en la espada la mano.
Jura à fè de caballero,
que no has hecho, ni crdenado,
ni aun con solo el pensamiento
la muerte, que lloran tantos.
¿Jurarlo asi? *R. A.* Asi lo juro;
y, Cid, de un Rey à un vasallo
ya es ese poco respeto,
y ya es este mucho enfado.
Mucho me aprietas, Rodrigo.
¿Es bien que te atrevas tanto
à quien despues de rodillas
has de besalle la mano?

Rod. Eso serà, si me quedo
à ser tu vasallo. *R. A.* ¿Y quàndo
no lo seas, què me importa?
y no me respondas. *Rod.* Callo,
y voyme. *R. A.* Vete, ¿què esperas?

Rod. Donde el valor de mis brazos
venza Reyes, gane Reynos.

D. Dieg.

D. Dieg. El Cid se parte enojado.

Arias. Colerico el Rey le mira.

*Salen Doña Urraca y Zayda vestida
como Christiana.*

Urr. ¿Dónde vas, Cid Castellano?

¿dónde vas, Rodrigo fuerte,
tan compuesto y tan airado?

Rod. Voy, Infanta, voy, señora,
à dexar de ser vasallo

de un Rey que me estima poco.

Urr. Debes de haver te engañado,
vuelve, acompáñame à mi.

Rod. Pues lo mandas, ya lo hago.

Arias. Mira, señor, que te importa
agora desenojallo, *Al oido.*

hasta tener la corona.

R. A. En viendo à mis ojos claros

se me ha quitado el enojo:
vuelve, Cid, que de tu mano
quiero la corona yo.

Rod. Ya de servirte me encargo.

¿Jurais al famoso Alonso
por vuestro Rey? *Tod.* Si juramos.

Rod. Yo le obedezco el primero.

R. A. Y yo te doy mis abrazos.

Urr. Y nosotras à tus pies
mil parabienes te damos.

Zayd. Ya de Zayda soy Maria.

R. A. Y ya te estaba esperando
la mitad de mi corona:

toma de esposo la mano.

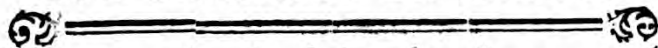
Zayd. Tu dichosa esposa soy.

Urr. Guardeos el Cielo mil años.

Rod. Y aqui pidiendo perdon
fin à la Comedia damos.

F I N.

CON LICENCIA : EN MADRID:



En la Imprenta de Andrés de Sotos. Año 1780.

*Se hallará con otras diferentes en su Libreria, calle de Bordadores,
frente de San Ginés.*





